Experiencias de Movilidad Internacional

ugr Universidad de Granada

Vicerrectorado de Relaciones Internacionales y Cooperación al Desarrollo
Universidad de Granada
Complejo Administrativo Triunfo
Avenida del Hospicio s/n
18071 Granada

Presentación

Este cuaderno de relatos que tienes en tus manos recoge treinta memorias escritas por estudiantes de la Universidad de Granada que han disfrutado de una experiencia internacional durante sus estudios gracias a alguno de los programas de movilidad internacional de la Universidad de Granada (PAP/Erasmus, Programa Propio, Erasmus-Mundus, ...). Algunas de estas memorias corresponden a estudiantes que han recibido el premio, o mención, de excelencia en la movilidad internacional que convoca la Universidad de Granada desde en 2013 y 2014.

Ellos y ellas han querido compartir contigo sus vivencias, sus experiencias, sus emociones, sus reflexiones, ... y todo lo que han ganado gracias a esa movilidad internacional que les he cambiado la vida, como confiesan en sus memorias.

Todos los estudiantes que realizan una movilidad internacional viven una experiencia profundamente transformadora, tanto en lo académico como en lo personal. La experiencia facilita el aprendizaje de otras lenguas, el conocimiento de otras culturas, el conocimiento de otras perspectivas académicas, la apertura de nuevas puertas profesionales, el desarrollo de la autonomía, la adaptabilidad y la iniciativa personal. Todo ello aumenta las oportunidades de inserción laboral, pero, sobre todo, educa y forma a ciudadanos y ciudadanas del futuro con mentes abiertas y capacidad para comprender y respetar al otro desde una mejor comprensión de su propia cultura. No hay duda pues de los efectos positivos en las personas que se han beneficiado de una movilidad internacional.

Otro impacto positivo, quizás más profundo, de los programas de movilidad internacional es la transformación que ha impulsado en las propias instituciones de educación superior: cambiando de manera radical a los campus y las aulas de nuestras universidades, convirtiéndolas en lugares multilingües, multinacionales, multiculturales, y de fértil intercambio para toda la comunidad universitaria, incluidos aquellos que no se pueden desplazar a otro país.

Si tienes todavía alguna duda sobre si solicitar una plaza de movilidad internacional durante tus estudios (grado, máster, doctorado) o de prácticas, creo que este libro de relatos acabará por convencerte. Cada año más de 3000 estudiantes de la Universidad de Granada realizan una movilidad internacional. No debes dejar pasar esta oportunidad.

Dorothy Kelly
Vicerrectora de Relaciones Internacionales y Cooperación al Desarrollo
Universidad de Granada

10 Razones
para estudiar en el extranjero

1. Porque puedo avanzar en el estudio de mi especialidad y comprobar distintos métodos de enseñanza.

2. Porque puedo ampliar mis horizontes laborales mejorand mi currículum.

3. Porque mis estudios en el extranjero se van a reconocer en la Universidad de Granada.

4. Porque en la Universidad de Granada puedo elegir entre una amplia gama de destinos.

5. Porque puedo aprender idiomas, o mejorar mis conocimientos lingüísticos.

6. Porque puedo conocer otras culturas, conocer gente y nuevos amigos de otros países.

7. Porque puedo disfrutar de una experiencia personal única que me ayudará a madurar.

8. Porque va a favorecer mi formación personal y mis capacidades sociales.

9. Porque así demuestro flexibilidad e iniciativa.

10. Porque estudiar en el extranjero va a cambiar mi vida ¡a mejor!

Laura García Rubio

Institución de acogida: University of Edinburg (Reino Unido)

Titulación: Filosofía y Letras

Año académico de la movilidad: 2011/2012 (9 meses)

Premio a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes 2013 - Área de Artes y Humanidades

Entre mis recuerdos

"Dicen que el futuro es un misterio, el presente es un regalo y el pasado ya es historia"- pensé al entregarle las llaves a la asistente responsable del número 3 de Hermit´s Croft, nombre por el que era conocido mi bloque de pisos durante mi estancia en Edimburgo. Al cruzar aquella puerta, ya por última vez, miré hacia atrás y supe que a partir de entonces habría un antes y un después, que llegaba ya el final de una de las experiencias que, en efecto, pueden cambiarte la vida. Así que amarré con fuerza mis dos maletas y me alejé de allí acompañada del "run-run" de unas desgastadas ruedas de plástico rodando sobre la acera.

Justo entonces comenzó a llover, como si el cielo quisiera despedirse también a su modo, regalando finas gotas de lluvia como casi todos los días. Durante aquel tiempo, aprendí que, al menos en aquel rincón de Escocia, el mejor aliado contra la lluvia no era un simple paraguas. Sus gentes caminaban sin protegerse, los obreros continuaban su trabajo sin aturdirse y sólo los más precavidos llevaban su chubasquero y sus botas de agua. Llegué a la conclusión de que llevar paraguas se traduciría casi como un insulto, porque cada vez que lo sacaba, el viento se volvía furioso y huracanado para dejarme sólo con un manojo de varillas dislocadas.

Así, seguí mi camino permitiendo que aquel olor a tierra mojada se impregnara sobre mí como recuerdo. Esperé a que uno de los semáforos cambiara a verde para cruzar. Aquélla era la calle en la que una noche Amanda se había resbalado por culpa de una inoportuna cáscara de naranja. Sonreí al recordarla allí tumbada, casi muerta de la risa y con la cara sonrojada, mientras yo aplaudía y reía en medio de aquel espectáculo. Amanda Thorman había sido una de mis compañeras de piso y venía de Connecticut (EE.UU). Fue la persona que hizo que se desvaneciera todo el miedo y la incertidumbre que llevaba conmigo cuando entré por primera vez al que fue mi hogar durante 9 meses. Ella también acababa de llegar, me ayudó con todo lo que traía y empezó a hablarme como si nos conociéramos de toda la vida. Eso sí, sin nunca borrar la sonrisa de su rostro. Ahora sé que tengo a una gran amiga al otro lado del charco, para cualquier cosa en cualquier momento.

El semáforo había cambiado a verde. Al torcer la esquina, el estruendo de un disparo se adueñó de la ciudad por un instante. "Es la una", pensé. Y es que cada día, excepto los domingos, se disparaba un cañón desde el castillo para perpetuar una vieja tradición que indicaba la hora a los marineros y a la gente del pueblo. Edimburgo estaba colmada de

leyendas y tradiciones que la convierten, sin lugar a dudas, en una ciudad mágica. Tanto es así, que fue esta ciudad la que vio nacer las aventuras de Sherlock Holmes o donde J.K. Rowling se inspiró para crear a Harry Potter. Cada rincón tiene una historia y un significado. Sólo hay que perderse por la Royal Mile o Princess Street, subir a Arthur´s Seat o vislumbrar el mar desde Calton Hill.

Alcé la vista y las últimas plantas de David Hume Tower se dejaban ver por entre los puntiagudos tejados de las casas de Edimburgo, vestidas de piedra de un color negruzco por el paso de los años. David Hume Tower y todos los demás edificios que formaban el campus de George Square habían sido mi lugar de trabajo, donde diariamente pasaba mis horas. Clases, conferencias, tutorías. Entrega de ensayos, proyectos de fonética, búsqueda desesperada de libros en la biblioteca. Cada día aprendía algo nuevo y sorprendente. Los profesores se convirtieron en casi unos ídolos a los que leía en decenas de artículos y libros especializados de Lingüística o Lengua Inglesa. Sin embargo, nada fue fácil. Pronto comprobé que tener la suerte de estudiar en una de las mejores universidades de Europa requería dedicación y esfuerzo. El mismo esfuerzo que requiere todo aquello que vale la pena.

Continué caminando y, de pronto, escuché el sonido de un repiqueteo de zapatos que se aproximaban por la acera de enfrente. Distinguí a tres hombres ataviados con la prenda más típica de Escocia: el kilt. Aquella imagen me transportó a noches en las que bailaba al son de violines y acordeones, dejándome llevar por los pasos del ceilidh, una famosa danza escocesa en la que el folclore, la simpatía y la diversión formaban una combinación extraordinaria. Sería imposible olvidar aquel constante taconeo sobre el parqué, las faldas de tartán bailoteando entre la multitud y los músicos ofreciendo nuevas canciones, una tras otra...

"¡Taxi!" –grité. El vehículo color negro, con volante en el lado derecho, paró tras avistar a una joven que ni era rubia, ni pelirroja, ni tenía pecas ni ojos azules. Tan sólo arrastraba los últimos vestigios de una aventura que dejaba atrás en dos grandes maletas. "Hi, going back home?"- me preguntó el taxista mientras me echaba una mano a subirlo todo. "Definitely!"-respondí. Me encantaba la espontaneidad y el agrado con el que siempre fui recibida en todas partes, desde la propia universidad al pequeño supermercado de la esquina. Recordé a Fiona, tan bonachona y servicial, la mujer que cada martes y jueves se pasaba por el piso a dejarlo todo impecablemente limpio. Siempre coincidíamos en la cocina y, mientras yo me preparaba la comida y ella pasaba la aspiradora, me contaba cómo había sido su vida cuando aún su marido vivía, los lugares que había visitado y lo latosa que era su nuera en algunas ocasiones. Aprecié el hecho de haber formado una gran familia en Edimburgo compuesta por decenas de personas de aquí y de allá, todas con un mismo punto en común: Edimburgo, la ciudad donde habíamos elegido estar en aquella precisa etapa de nuestras vidas.

Me marchaba con nostalgia, dejando atrás muchas vivencias y recuerdos, pero al mismo tiempo, sentía una alegría inmensa por volver a reencontrarme con los míos, con mi auténtica familia. Mirando por el cristal de una de las ventanillas del taxi, se me vino a la cabeza la cantidad de tardes que había pasado frente al ordenador hablando con mi madre, mis sobrinos o mis amigas. Separarme de todos ellos fue una decisión que me costó mucho tomar. Igualmente, la famosa fórmula de "novio+Erasmus = fracaso" quedaría clasificada en el cajón de los "falsos mitos" y aprendí que las personas que te quieren de verdad estarán ahí siempre a pesar de la distancia o de cualquier trampa y obstáculo con el que la vida quiera retarte.Vislumbré la torre de control del aeropuerto. "Almost there". Mis pensamientos resona-

ban en mi cabeza en otro idioma, algo sorprendente cuando te sucede. Volvía a casa con otro reto con seguido: haber consolidado un segundo idioma tan importante en el mundo actual como el inglés. Ya no ponía caras raras ni se me aceleraba el pulso cuando alguien me hablaba en aquel idioma, ahora me comunicaba con total facilidad y sin miedos.

Le di las gracias al taxista y me adentré en la terminal. Los paneles aún no indicaban en qué mostrador debía facturar mi equipaje, así que decidí tomar asiento. Personas de todas las nacionalidades iban de acá para allá. Unos irían de vacaciones, otros viajarían por asuntos de trabajo y otros cuantos llegarían por primera vez a este lugar. Yo volvía a casa. Atrás quedarían los "haggis", un plato tan sólo típico de Escocia. Atrás quedarían los gaiteros, quienes alegraban con su música las calles incluso hasta en los días más grises. Atrás quedaron los viajes a lugares increíbles, momentos en los que conocí otra manera de mirar la vida, vivir otras experiencias acompañada de otra gente, en otro lugar. Entonces, supe que era el momento de abrir una pequeña caja en la que guardaría todos esos recuerdos, ordenados uno a uno, y así acudir a ellos cuando me apeteciese, sin importar los años que pasaran.

Ya en el avión, me acomodé al lado de la ventanilla. A mi lado, se sentó una chica de Antequera que también volvía a su tierra tras pasar en Edimburgo un tiempo cuidando de unos niños. Pasamos todo el viaje charlando. Entretanto, el avión volaba hacia el sur, en busca del sol de Málaga. Aterrizaje, encuentro con mi familia que me esperaba con los brazos abiertos y llegada al pueblo. Cuando atravesé la puerta de mi casa, me di cuenta de que todo permanecía con el mismo olor de siempre, todas las figuras colocadas en su misma posición y los mismos jarrones adornando los mismos rincones. Aquel era el escenario habitual en el que mi vida había transcurrido durante años. Un escenario al que volvía con nuevas dotes, con una mente llena de nuevas ideas y habilidades.

Me miré al espejo y supe, desde el primer momento, que ya no era la misma de antes, aquella que un día de septiembre salió de casa temblando por lo que podría encontrarse a miles de kilómetros de allí. Había cambiado, y mucho. ¡Pero a mejor! Aquel año me ayudó a convertir lo que creía imposible en realidad, a estar siempre segura de mí misma y a confiar plenamente en mí y en lo que era capaz de conseguir, a desenvolverme en cualquier tipo de situación por mí sola. A nivel académico, comprobé que me había enriquecido inmensamente de conocimientos que, sin duda, me serán de gran utilidad, siempre con la ayuda de muchos profesionales, a los que siempre estaré agradecida. Estudié contenidos nuevos y únicos que sólo se ofrecían allí y formé parte de una comunidad de jóvenes estudiantes que se preocupaba verdaderamente por sus estudios y su futuro.

Ahora me quedaba un regalo: el presente, que se escribía día a día en las nuevas páginas de mi historia con una gran ventaja, pues mi nuevo presente había nacido de un pasado del que me sentía muy orgullosa. Tan sólo restaba esperar para darle la bienvenida a un futuro que, misterioso, aún se reservaba para más tarde sus nuevas sorpresas.

Juan Manuel Monteagudo Ruiz

Institución de acogida: Georg-August-Universität Göttingen (Alemania)

Área de estudios: Medicina

Año académico de la movilidad: 2011/20012(10 meses)

Premio a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes 2013 - Área de Ciencias de la Salud

Aventura de una historia

Esta es una historia que comienza en el mismo momento en que se empieza a considerar participar en el programa Erasmus y el significado del Erasmus es diferente para cada persona, pero en todas y cada una de las personas que han participado y con las que he tenido la suerte de cruzarme, ha significado un punto de inflexión en su vida. En mi caso, el Erasmus se presentaba como una oportunidad para abrir puertas de futuro. No hay muchas opciones que permitan a un estudiante un aprendizaje de idiomas de tal magnitud y una experiencia internacional controlada como los que puede proporcionar un programa Erasmus bien planificado.

Sin embargo, no son menos las razones que llevan a los estudiantes a no considerarlo. En mi Facultad son un número importante las plazas que quedan sin cubrir. Al indagar sobre ello, el principal motivo esgrimido fue el miedo a dañar el expediente académico. Este argumento lo veía venir, así que no puedo decir que me extrañara. Fue el siguiente motivo la causa de mi estupefacción. Se puede resumir en que muchos consideraban que había que ser muy valiente para estudiar un año en otro país. Aquí es donde conviene decir que hasta entonces yo siempre había vivido con mis padres y que no soy ni mucho menos el más extrovertido de la manada, más bien lo contrario. De ahí mi sorpresa, cuando compañeros que son independientes desde que empezaron la universidad y que además son bastante más expansivos que este servidor, consideraban ésta, una hazaña demasiado atrevida. Espero que si alguien en esa situación lee este relato, reconsidere su opinión. Por último, los motivos económicos y lingüísticos pueden ser insalvables en algunos casos, pero en otros, la planificación a la que hacía referencia antes puede hacerles frente. Además, hay que considerar que en algunos de los posibles destinos, los precios son bastante inferiores que en España y entre ellos se incluyen algunas regiones de Alemania.

Una vez que se empieza a considerar seriamente la posibilidad de dar este paso, lo natural es preguntar por las experiencias de aquellos que lo dieron antes que nosotros. La impresión que yo recogí en esta recolección de experiencias es que si bien merece la pena, los primeros meses son arduos. Ante esta realidad, decidí tomar precauciones y ahora puedo decir que las claves para tener una transición suave son dos: el idioma y el alojamiento.

Respecto al idioma del país de destino, he visto de todo, desde quien se va sin saber nada hasta quien es bilingüe. Hay ciertas situaciones que independientemente del destino van a tener lugar en los primeros meses: firmar un contrato de arrendamiento, abrir una cuenta en el banco, comprar una tarjeta SIM para el móvil, reunirse con el coordinador Erasmus de la universidad de destino, comprar comida e ir a la peluquería. Si confías lo suficiente en tus habilidades lingüísticas como para hacer esto último sin miedo a tener que llevar un gorro las próximas semanas, has superado la verdadera prueba de fuego, que a pesar de la creencia popular, no son los títulos de idiomas.

Mi consejo es tener esto en cuenta e intentar adquirir la destreza en el idioma suficiente para estos menesteres. Si es posible conseguirlo antes de solicitar el Erasmus mejor, si no lo es, desde la solicitud hasta el momento de partida hay que aprovechar el tiempo. Por último, en países como Alemania, el inglés puede ser una herramienta útil, así que yo recomendaría no descuidarlo.

En cuanto al alojamiento creo que hay una anécdota real que es muy ejemplificadora. Trata sobre una estudiante que decidió embarcar hacia Italia sin saber italiano –*pues como todo el mundo sabe es muy parecido al español y se entiende*– y sin tener alojamiento –*pues era más fácil alojarse en un hotel primero y buscar alojamiento desde allí*–. Pasó su primer día llorando bajo la lluvia al lado de una farola…. Con esta historia no pretendo desanimar a nadie, esta estudiante siempre dice que aunque fue el peor día de su vida, siempre lo recordará con cariño porque dio paso a la mejor época que ha vivido. De hecho, dos años después, todavía sigue en Italia. En Alemania podía haber sido peor. Allí para ser admitido en un piso la norma es pasar un "casting", un proceso que puede llevar meses y que no tiene nada que envidiarle a ciertos programas televisivos. Eso sumado a que la mayoría están sin amueblar, puede ser la receta perfecta para un desastre.

Mi consejo es pensar en el alojamiento con antelación. En países como Alemania las Universidades suelen gestionar la búsqueda de alojamiento, por lo que es una buena idea ponerse en contacto con ellas. En todo caso, siempre pueden dar sugerencias sobre cómo encontrarlo. Además el tipo de alojamiento puede tener una gran influencia en tu estancia. Compartir piso con otros estudiantes Erasmus en tu misma situación puede darte compañeros de aventura. Este fue mi caso. En mi piso convivimos seis nacionalidades diferentes. Tener compañeros autóctonos puede ayudarte con el idioma y con la integración.

Con el idioma en una mano y el alojamiento en la otra, el camino aparece mucho más llano. Otro elemento que da mucha tranquilidad es hacer un contrato de estudios que no haya que modificar. Eso no es tan fácil como parece, porque en muchas universidades las asignaturas o sus horarios cambian de un año para otro o no son lo que parecen desde aquí. En esto puede ayudar mucho hablar con compañeros de carrera que han estado antes en el mismo destino.

Poco más se puede hacer antes de partir, salvo que alguien comparta mi –inexistente– sentido de la orientación, en cuyo caso instalar todos los mapas posibles en el GPS del móvil puede salvar vidas. Si no fuera por eso, yo estaría todavía vagando por recónditos lugares de Europa.

Después de tanta anticipación llega la hora de partir. Yo decidí partir un mes antes de que comenzaran las clases y creo que fue una buena decisión. Aproveché ese mes para hacer un curso intensivo de alemán con énfasis en la terminología médica. No puedo decir que el curso en sí hiciera maravillas con mi nivel de alemán. Sin embargo, este mes extra me dio la oportunidad de familiarizarme con la ciudad y con mis compañeros de piso, así como de conocer a muchas de las personas con las que iba a compartir mi tiempo en Göttingen. Una vez que empieza la universidad, hay menos tiempo para echar raíces, por lo que mi consejo es que todo el que tenga la oportunidad, llegue al destino con al menos un mes de antelación y si puede hacer un curso de idiomas, mejor.

Antes de asentarme, mi primera impresión fue que, salvo por el idioma, parecía que no había salido de Granada. En un mundo globalizado y estando en el mismo continente, las semejanzas saturan las diferencias. Es cuanto pasa el tiempo y prestamos atención a los detalles, cuando empezamos a percibir esas diferencias: nadie habla en el autobús, los celadores van en bicicleta dentro del hospital, cuando sale el sol la gente se desnuda…. En mi opinión estos pequeños detalles son una de las riquezas de la

experiencia Erasmus. A mí me dio la posibilidad de familiarizarme con la cultura alemana y eso es fundamental para integrarse, además de ser una ayuda inestimable con la lengua.

Sin embargo, eso es solo el principio. El programa Erasmus es único en el sentido de que no solo te pone en contacto directo con la cultura del país de destino, sino con un auténtico mosaico de culturas. Ya he dicho con anterioridad que en mi piso convivíamos seis nacionalidades: china, coreana, francesa, irlandesa, italiana y española (una pequeña sede de la ONU). En mi clase también había estudiantes de México, Eslovenia, Hungría, Turquía, Pakistán, Irán… La convivencia es cuanto menos interesante. Respecto a la comunicación, yo hablaba con la mitad de mis compañeros de piso en alemán y con la otra en inglés y en general, este esquema se mantenía en los entornos en los que me movía.

En el ambiente académico lo que más me llamó la atención fue la activa participación de los alemanes que se traducía en clases y seminarios llenos de debates y así más amenos e interactivos de lo que estaba acostumbrado. En general se le da a la enseñanza una orientación mucho más práctica y por conversaciones con amigos de otras titulaciones no ocurre solo en mi carrera. Ahora, a las puertas de terminar, puedo decir que este complemento práctico unido a los sólidos contenidos teóricos que se imparten en casa ha resultado en una formación mucho más completa. Esta orientación práctica, se traduce en una relación mucho más cercana con los profesores. Todavía me sorprendo cuando recuerdo como después de las sesiones clínicas los profesores se venían con nosotros a comer.

Llegados a este punto me gustaría dar algunos consejos. Mi primer consejo sería aprovechar las posibilidades que ofrecen las universidades. Por ejemplo, la universidad que me acogió ofrecía cursos de idiomas gratuitos durante el periodo académico. Había más de diez idiomas a elegir en todos los niveles. La oferta deportiva era amplísima. Además había teatro universitario, sesiones de cine, exposiciones, excursiones guiadas a diferentes ciudades y regiones…. Más interesante eran los programas de doctorado: aproximadamente la mitad de los estudiantes de medicina formaba parte de un programa de investigación y durante sus estudios elaboran una tesis que les permite adquirir el título de "Doctor en Medicina" prácticamente a la vez que obtienen el grado.

Mi segundo y último consejo, es que antes de volver, se haga un examen oficial del idioma nativo y del inglés. Usar estas lenguas día a día da una fluidez que se empieza a perder en el momento en que se coge el avión de regreso.

Para despedirme y un poco a modo de idea final, solo me queda decir que la persona que vuelve de una experiencia como una estancia Erasmus no es la misma que la que se fue. Al regresar el mundo es un poco más pequeño y las fronteras están más difuminadas. Al igual que al comienzo cada persona es un mundo en este sentido. Varios amigos que conocí allí han decidido quedarse, otros han vuelto a casa con la idea de regresar algún día. En mi caso me ha animado a emprender una idea latente que no terminaba de cuajar y he empezado los trámites para continuar mi formación al otro lado del atlántico.

Soledad Berbel Román

Institución de acogida: Florida International University (Estados Unidos)

Titulación: Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos

Año académico de la movilidad: 2011/2012 (10 meses)

Premio a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias Experimentales

Miro el reloj de la puerta de embarque, 6:45 am. Mi vuelo sale en 45 minutos. Pero ya no tengo ese miedo a lo desconocido porque es la segunda vez que cruzo el Atlántico para ir a Miami. La primera vez fue el año pasado cuando la Universidad de Granada me dio la oportunidad de realizar mi estancia de intercambio en Florida International University y gracias a esa oportunidad hoy realizo esta travesía de nuevo. El motivo, lo desvelaré en las siguientes líneas.

Motivación

Desde muy joven, casi desde el momento en el que aprendí a leer, tuve claro que en un futuro me gustaría trabajar en el extranjero, viajar y conocer nuevos lugares y culturas. Siempre me he sentido como caperucita en Manhattan, pero viviendo en un pequeño pueblo de la provincia de Granada. De ahí mis ganas por explorar otros continentes y saciar mi espíritu aventurero. Al empezar mi carrea en Ingeniería de Caminos mi sueño era trabajar construyendo los estadios olímpicos de Londres 2012. He llegado tarde, pero mi siguiente objetivo es Río 2016. Con estas ideas revoloteando y con el deseo de darle el empujón definitivo a mi inglés solicité la beca de intercambio.

A la hora de elegir destino mis únicos requisitos eran que se hablara inglés y que estuviese lejos de España. Adoro Granada, mi familia y mis amigos, pero la desesperanza y pesimismo que envuelven el país estaban minando mis sueños y mi ánimo. Así que de entre todas las universidades que solicité, se me adjudicó Florida International University en Miami, mi número uno.

Me sentí muy afortunada, porque realmente, era el mejor destino posible para mí. Por un lado la cultura latina de Miami me hizo sentir
casi en casa y por otro, el clima inmejorable y la mezcla de culturas que convivían en el campus fue un soplo de aire fresco para mi vida.

Finalmente, una vez aceptado el destino, los siguientes pasos fueron buscar alojamiento, comprar los billetes de avión, realizar el acuerdo de estudios con mi facultad y continuar con más entusiasmo si cabe mis clases de inglés. La mejor experiencia de mi vida estaba cada vez más cerca.

En tierra americana

Desde que puse el primer pie en USA, tuve claro que los 10 meses que tenía por delante tenía que aprovecharlos al máximo. Quizás nunca más tendría la posibilidad de vivir en ese país durante tanto tiempo, así que tenía que sacar el máximo partido posible de esa oportunidad. Con este pensamiento y entusiasmo comenzó mi aventura americana, país en el que según cuentan, todo es posible.

Los primeros días no fueron fáciles, pero las ganas de empezar esta nueva aventura superaron cualquier miedo. Nada más llegar se celebraron las jornadas de bienvenida para los estudiantes internacionales y fue allí donde conocí a los que serían mis nuevos amigos. Nos presentaron a nuestros "buddys", que son estudiantes de la universidad encargados de ayudar a los estudiantes internacionales en los primeros días, y con ellos recorrimos el campus y fuimos a las residencias para recoger las llaves de nuestras habitaciones. De este modo pasito a pasito cada vez me sentía menos extraña. Además tuve mucha suerte con la adjudicación de mi buddy, Julie. Ella era una chica americana enamorada de la lengua y cultura japonesa. Durante todo el año estuvo muy pendiente de mí y entablamos una gran amistad. Como cabe esperar, muchos de sus amigos eran japoneses, así que junto con otros internacionales formamos un grupo muy diverso y divertido.

Familiarización con la ciudad y las clases…

El primer fin de semana fue muy intenso: fuimos de excursión a Miami Beach, Little Habana, Downtown, Key Biscayne, Art-Deco District… y poco a poco esta gran ciudad se convertía en "mi" ciudad. El lunes comenzaron las clases y mi objetivo era claro: tenía que disfrutar de mi experiencia en Miami con mis nuevos amigos pero al mismo tiempo quería dar lo mejor de mi misma en las clases y ver que nuevas oportunidades se derivaban de esto.

Una de las cosas que más me impresionó de la cultura americana fue la gran cantidad de asociaciones de estudiantes de todo tipo que había en el campus. En el campus de ingeniería, muchas de las asociaciones organizaban de forma paralela a las clases seminarios en distintas áreas donde los ponentes, llegados directamente de las empresas, contaban su experiencia o hablaban acerca de algún tema en particular. A mí estos seminarios me parecían muy interesantes, así que cuando no estaba en clase asistía a los seminarios o conferencias, y de esta forma pude conocer a gran cantidad de gente. En uno de estos encuentros conocí al profesor Faria del área de Construction Management, a quién desde el primer momento le llamó la atención mi interés por estos encuentros y con el que también hice una gran amistad. Fue mi profesor en la asignatura de Construction Safety y al poco tiempo me ofreció ser la secretaria de AGC (American General Constructor) en la sección de FIU de la que él era presidente. Al principio dudé en aceptar este puesto porque llevaba poco tiempo en USA y no estaba segura de saber desarrollar las tareas asignadas a este puesto. Pero el profesor insistió y me mostró su apoyo y confianza, así que finalmente acepté. Esto suponía un desafío para mí pero también era una gran oportunidad para conocer gente (networking) y tener una inmersión completa en la cultura americana.

Situaciones desconocidas…

Otra experiencia nueva para mí fue la temporada de huracanes durante el mes de octubre aproximadamente. Durante este mes tuvo lugar el huracán Irene, uno de los ciclones más fuertes en la costa Este de Estados Unidos en los últimos años. Afortunadamente, esta tormenta a su paso por Miami se despegó de la costa y finalmente tocó tierra en Carolina del Norte y Nueva York, donde causó números daños e inundaciones. En esta ocasión la Universidad, a través de su plan de emergencias, alertó a todos los estudiantes de que preparasen comida para tres días y de la localización del refugio por si acaso el huracán tocaba tierra en Miami. Para mí todo esto fue muy emocionante, para mis padres por supuesto fue menos divertido.

Finalmente en diciembre el primer cuatrimestre llegaba a su fin. Mientras cumplía con mis funciones de secretaria reservando clases para los seminarios, contactando con los ponentes y demás tareas, tenía que terminar las entregas finales así como prepararme para los exámenes. El último mes antes de Navidad fue muy intenso pero al final llegó la satisfacción del trabajo bien hecho. Conseguí un GPA de 3.83/4.00 así como dos cartas de recomendación de mis profesores de Steel Design y Construction Management. Todo esto fue bajo mi punto de vista decisivo para mi posterior aceptación en el Máster Erasmus Mundus que actualmente estoy cursando.

Unas navidades diferentes

La Navidad la pasé en Miami. Definitivamente fue una Navidad diferente. Nada de frío, ni de Villancicos o de Reyes Magos. Pero fue una oportunidad única para conocer un poco más Florida. Visité los Cayos, Orlando, diferentes playas e incluso fui con los compañeros de AGC a las obras de la nueva estación del metro en el aeropuerto de Miami. Además, durante este mes de vacaciones estuve trabajando junto con otros 6 amigos en un proyecto para un concurso de ABC, otra de las asociaciones de ingeniería. Se trataba de la elaboración completa (planos, presupuestos, evaluación del impacto ambiental…) de unas urbanizaciones en Alabama. Desafortunadamente, la motivación y compromiso de todos los miembros del equipo no era la misma y finalmente no pudimos terminar y entregar el trabajo a tiempo. A pesar de todo, fue una buena experiencia y conocí a gente muy interesante.

Oportunidades únicas

La segunda semana de enero comenzó el segundo semestre. Este sería definitivamente el semestre más intenso y emocionante. Durante la semana de Spring Break, visité en Urbana-Champaign (Illinois) a unos amigos de Granada que se encontraban estudiando en University of Illinois. Tuvimos la suerte de que durante aquellos días la ASCE (American Society of Civil Engineers) celebraba en esa ciudad la primera reunión de Ingenieros de Caminos de España en USA. Fue una reunión muy inspiradora para mí y una ocasión excelente para conocer las experiencias de los demás compañeros que trabajan o estudian en Estados Unidos.

Nuevos retos

Además durante este semestre conocí a una de mis mejores amigas en Miami, Claudia, una chica americana de orígenes cubanos. Ella estaba en mi clase de Sustainable Building y fue la que me animó a participar en el Sustainable Award patrocinado por la compañía Odebrecht, una de las empresas constructoras mayores del mundo. Formamos equipo para este concurso y, a pesar de estar ambas muy ocupadas, trabajamos en este proyecto cariño. Quedábamos todos los días después de clase en la biblioteca para trabajar en nuestro proyecto. Éste consistía básicamente en el diseño de un edificio que fuese autosuficiente energéticamente. Trabajamos en él con mucha ilusión y mimo, cuidando cada detalle al milímetro.

En junio entregamos el proyecto y el pasado Septiembre obtuvimos los resultados. No podían ser mejores. Además de surgir una gran amistad entre nosotras, nuestro proyecto se quedó en 4º lugar de entre 422 participantes de 173 universidades de 43 estados, empatado con Columbia University (Nueva York). Nos quedamos a una sola posición de los premios en metálico, pero para mí este 4º puesto sabía a victoria. Jamás me imaginé llegar tan lejos. Nuestro proyecto recibió una mención especial en la entrega de premios celebrada en Houston (Texas) y por estar entre los 10 primeros, Odebrecht nos daba la oportunidad de participar en la entrevista final de su proceso de selección para formar parte de su Young Partner Program. Y es este el motivo por el que ahora me encuentro sentada de nuevo en un avión cruzando el océano para ir a Miami. No encuentro palabras para describir cómo me siento. Emoción, nerviosismo, felicidad… Esta es la mejor oportunidad hasta el momento que he tenido de conseguir el trabajo de mis sueños. Odebrecht es una compañía internacional de origen brasileño, así que quizá Río 2016 pueda ser una realidad ahora. Y todo comenzó con mi experiencia de intercambio.

Nada es imposible si de verdad lo deseas

Para terminar me gustaría decir a todos aquellos jóvenes que como yo se sintieron perdidos al final de su carrera que todo es posible. Que con esfuerzo e ilusión se pueden alcanzar muchas metas. Mi experiencia de intercambio me ayudó a crecer como persona y me ha proporcionado oportunidades de trabajo reales. Además gracias a las buenas calificaciones que obtuve y a las cartas de recomendación de los profesores, conseguí una beca Erasmus Mundus con la que actualmente estoy haciendo mi Máster especializado en Hydro-Informatics and Water Management en distintos países del norte de Europa. Por lo tanto, mis 10 meses de intercambio fueron el inicio de una gran experiencia internacional que aún hoy día continúa.

Juan Almazán Fuentes

Institución de acogida: Berlín (Reino Alemania)

Titulación: Derecho

Año académico de la movilidad: 2011/2012 (9 meses)

Premio a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias Sociales y Jurídicas

Erasmus: una experiencia para toda la vida

La estela de un avión sobrevolaba la *Berliner Waldbühne*. Una anaranjada y tenue claridad de un sol exhausto por haber brillado durante ese largo día de julio se escondía tímidamente detrás de las cumbres de los verdes y frondosos pinos que rodeaban ese boscoso anfiteatro a las afueras de Berlín. Los infinitos y electrizantes acordes de la novena sinfonía eran sabiamente interpretados bajo la batuta del maestro Barenboim. Su suma, hacía de esas magníficas sensaciones unos instantes únicos y sublimes para mis cinco sentidos, entrando en un plácido sueño que no tendría despertar durante los diez meses que viví en esa gran capital europea…

Fue el tercer día del mes de septiembre de 2011 cuando aterricé en el aeropuerto berlinés de *Schönefeld*, una noche aparentemente cálida para mi sorpresa, precavido y ataviado para temperaturas más frías. Tras proceder a coger el autobús y la correspondiente línea de metro que me llevaría, si el resultado de mi búsqueda en internet no me fallaba, al que sería mi nuevo hogar durante al menos los cuatro primeros meses, fue durante ese breve trayecto, cuando de alguna manera, y a pesar de haber pasado otras estancias en el extranjero, fui dándome cuenta verdaderamente del cambio que mi vida iba a presenciar durante ese año. Un cambio que sin lugar a dudas marcaría una etapa de mi vida, influiría una manera de pensar y contribuiría a esbozar las líneas claves en mis proyectos de futuro.

Nada más llegar a esa residencia de estudiantes, situada en el distrito de *Steglitz*, en las proximidades de la *Freie Universität* donde decidí cursar mi cuarto curso de carrera, no pude contener las lágrimas al telefonear a mi familia a España, fruto de la emoción y nostalgia que me producía ciertamente ese momento. Aunque afortunadamente sólo fueron éstas las primeras y las últimas, ya que después de esa noche me conciencié claramente de lo positiva que resultaría la experiencia germana que iniciaba, siempre y cuando hiciera un correcto aprovechamiento de la oportunidad que se me había concedido gracias a mi universidad y a otras instituciones gubernamentales, las cuales habían confiado en mí para formar parte de ese intercambio de estudiantes que supone el programa Erasmus.

Objetivamente he de reconocer que acerté al elegir la ciudad de Berlín como destino, ya que me abrió las puertas para descubrir una cultura europea en auge, que hasta el momento me había atraído en gran medida, y que no había podido vivir con la intensidad que me hubiera gustado. Una cultura germana que sin ninguna duda dista en la mayoría de los aspectos de la nuestra, un idioma con el que tuve mi primer contacto con quince años y que estudié más a fondo durante los tres primeros años de carrera, y en definitiva una ciudad, Berlín, que constituye para los difíciles años que corren, una esperanza para el mañana, avalada por un protagonismo histórico sin precedentes.

La capital alemana no es sino un punto de encuentro de diversas y plurales culturas, donde convergen gentes provenientes de todo el mundo, así como músicas y tendencias pictóricas de distintos ritmos y estilos respectivamente. Siempre que me piden describir la que ha sido mi ciudad por casi un año, lo hago con tres palabras, "ciudad de contrastes", y es que mientras que en una misma noche, en un mismo momento se puede asistir a un espectacular concierto sinfónico en la *Philharmonie*, al mismo tiempo, en una de las tantas famosas discotecas de música tecno, se puede bailar al son de la música que con cierta seguridad estará pinchando el mejor disc jockey del momento.

Y a esa ingente oferta cultural y artística me remitiré, pues asistíamos cada semana a un concierto o a una ópera por el módico precio de diez euros, debido al descuento que se nos aplicaba por la condición de estudiantes. Así, pude contemplar la actuación tanto de grandes cantantes de ópera, como de orquestas que en cualquier ciudad española jamás podría ver, pues los precios se distancian mucho de la capacidad económica de los estudiantes; por lo que no es comparable la promoción cultural que se lleva a cabo en Alemania con la de España. Nunca podré olvidar mi tan anhelado encuentro, aquellos mágicos cinco minutos con el rey de la ópera Plácido Domingo, en el descanso del ensayo general de Simon Boccanegra. Decidido y convencido de que me proponía a cumplir uno de mis sueños, me adentré sin contemplaciones en los camerinos del tenor con el fin de poder saludarlo, fotografiarme con él y quizás con suerte obtener una dedicatoria firmada en una foto que llevaba conmigo. ¡*Voilà*, misión cumplida!

Cuando se vive en el extranjero, aunque es normal padecer de vez en cuando algún que otro sentimiento de nostalgia hacia el *Heimat*, concepto alemán que implica el hogar, la familia, los amigos, así como todo lo que rodea al sitio de donde se procede, hay una probabilidad de comenzar a identificarse con la nación o la cultura de donde se reside temporalmente o al menos, sí que se han empezado a confundir o mezclar características idiosincrásticas propias de la cultura que se está descubriendo con las de la cultura de origen; de manera que cuando se retorna al país propio, no es que se sufra una crisis de identidad, pero sí que se descubre que se han desarrollado otras cualidades personales, una manera de pensar más abierta o extensa que hacen reflexionar a uno consigo mismo.

Resulta fundamental y así lo asumo como deber moral decir que se produce una relación de causalidad entre las experiencia Erasmus y el viajar, pues no hay mejor aprovechamiento de la estancia como becario en otro país si no se conoce, aparte de la ciudad de destino, la región donde se sitúa, tratándose de un territorio nacional extenso, o del país en general, cuando se trata de un estado geográficamente más reducido. Esto aparece íntimamente ligado con el mayor o menor grado de conocimiento que se llega a alcanzar sobre la cultura con la que se está conviviendo. Así, las amistades allí forjadas decidimos embarcarnos en distintos viajes tanto por ciudades alemanas como Hamburgo, Dessau, Múnich, Dresden, Leipzig o Potsdam, como por algunas preciosas ciudades de centroeuropeas. Fueron diez días los que visitamos Praga, Cracovia, Budapest o Bratislava.

Otra lectura que personalmente recomendaría hacer para todos aquellos que quieran emprender una aventura de intercambio en otro país europeo, es la mentalización que se ha de tener para relacionarse con los demás estudiantes de otras nacionalidades, evitando en la medida de lo posible y de manera natural, el contacto con otros españoles; precisamente con el objeto de sumergirse más en la experiencia internacional y practicar el idioma, que conforma otro de los pilares fundamentales del programa Erasmus. En cuanto a mi experiencia personal en este aspecto puedo darme por satisfecho, aunque también es reseñable la mayor dificultad que siempre se nos presenta cuando se trata, no ya de relacionarse, sino de forjar una amistad con algún compañero de clase nativo, por no decir de entrar a un grupo de amigos alemanes.

El idioma, por muy bien que se domine, va a suponer siempre una cortapisa a la comunicación con la persona nativa. Siempre resultará más fácil hacer amigos que se encuentren en una situación similar a la de uno mismo, pues ésta fue mi experiencia. No obstante, puedo estar orgulloso de que a pesar de que al principio el tema de conocer a alemanes me inquietaba, fue ya a partir del cuarto mes de estancia, cuando me trasladé a otra residencia universitaria situada a las orillas del Tiergarten y conocí a mi amigo bávaro Simon. Asimismo fue durante el segundo semestre cuando conocí a un compañero de clase berlinés, Florian, con el que me une una pasión compartida por las relaciones internacionales y el derecho internacional.

Pero aparte de ellos, la bondad del Erasmus es la oportunidad que te brinda para conocer a personas de muy distintos orígenes y sociedades, con las que puedes compartir pensamientos, ideas y buenos ratos. De hecho, ahora puedo decir realmente que tengo amigos procedentes de muy diferentes lugares en el mundo, desde las tradicionales Francia o Suiza, la otrora Austria imperial, pasando por la vieja Italia, hasta la exótica Tailandia, para llegar finalmente a la lejana Australia.

En el terreno académico, otro de los pilares estructurales sobre los que se basa técnicamente el programa Erasmus, aunque cursé asignaturas muy variopintas, de distintos campos de la ciencia jurídica, siempre tuve claro antes de firmar el *learning agreement*, que las asignaturas más apropiadas para cursar en Alemania serían aquellas cuyo contenido fuera en mayor o menor medida más similar con el programa de Granada: derecho internacional público, derecho internacional privado, filosofía del derecho, derecho comunitario europeo y argumentación jurídica. Aparte de estas asignaturas, cursé también la asignatura troncal de derecho del trabajo y finalmente otras optativas sobre derecho de extranjería estadounidense o introducción al sistema legal angloamericano.

Y como reza el proverbio *mens sana in corpore sano*, toda actividad académica e intelectual habrá de ser complementada por una consecutiva actividad física que mantenga en forma a la persona para dotarla de la energía necesaria que se requiere para ambos tipos de actividades. Entonces, tomando la expresión latina como leitmotiv, valorando la importancia y posible trascendencia en mis relaciones sociales, decidí inscribirme en uno de los más de veinte deportes que se ofertaban en mi universidad, a propósito a un precio bastante asequible. Me terminé decantando por la esgrima, Fechten en alemán, un elegante deporte por el que desde niño sentí atracción, seguramente motivado por las películas y series de dibujos animados, en las que los duelos entre caballeros era un tema recurrente.

En el terreno musical, que desde un primer momento me propuse tener siempre presente, y el cual estimo esencial para el desarrollo personal, tuve la suerte de encontrar a una encantadora profesora de canto lírico, mezzosoprano, la cual me enseñó durante algunas clases, de manera introductoria, la técnica del bel canto, permitiéndome conocer más aún el instrumento formado por mis cuerdas vocales, descubriendo tesituras musicales que hasta entonces no había experimentado. Aunque fue con el Collegium Musicum, orquesta y coro que integrábamos estudiantes de la Freie Universität y de la Technische Universität, con el que tuve la ocasión de hacer algo que posiblemente ya no podré hacer en mi vida: cantar en el escenario de la famosa Philharmonie berlinesa. Tras largas pero amenas horas de riguroso ensayo todas las semanas, junto con un fin de semana intensivo en un pintoresco lago, Frauensee, a las afueras del territorio federal de Berlín, las maravillosas y hechizantes composiciones de Mozart y Bernstein pudieron sonar propia y reverentemente como merecen, en una de las mejores salas de concierto del mundo.

Al tiempo que se confundía el rastro de aquel avión con las nubes que exaltaban los extintos rayos de sol en aquel atardecer, mágico de alguna manera, memorable, la melodía que sirve de himno a la Unión Europea iba absorbiéndome en el recuerdo de cada una de las vivencias que se irían esfumando hacia el infinito de la memoria.

Horas después, cuando aterricé en el aeropuerto internacional de Málaga, desperté de aquella aventura al abrazar a mi familia, mientras una lágrima se deslizaba lentamente por mi mejilla, fruto de la concurrencia de sentimientos contrapuestos, mas intensos; y así, evolucionando a complejos fenómenos psíquicos que denominamos recuerdos, pasarían a anidar perennemente en mi subconsciente...

Hoy, aún mantengo el cierto presentimiento y la anhelada esperanza de que así perdurarán por siempre, o al menos así lo creo...

Nopé Expósito Ropero

Institución de acogida: Albert-Ludwigs-Universität Freiburg (Alemania)

Titulación: Filosofía

Año académico de la movilidad: 2011/2012 (9 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Artes y Humanidades

Elección del destino y preparativos

Como sabéis, queridos compañeros, la duración de la estancia Erasmus se extiende entre cuatro o nueve meses (un cuatrimestre o un curso completo). Sin embargo, tanto los trámites académico-administrativos como la preparación de nuestro Erasmus comienzan el año anterior, de modo que se debe organizar y pensar todo con suficiente antelación.

Un primer punto clave aquí es el conocimiento de la lengua extranjera. Es cierto que durante nuestra estancia mejoraremos y perfeccionaremos nuestros conocimientos lingüísticos, pero es fundamental poseer unos conocimiento previos básicos o intermedios, ya que así sacaremos mucho más rendimiento a nuestro Erasmus y pasaremos muchas menos fatigas (comunicativas, culturales, académicas, etc.). Siempre hay medios asequibles y económicos para ello. En mi caso, asistí durante el año anterior a mi Erasmus todas las tardes dos o tres horas (de lunes a viernes) a la Facultad de Traducción e Interpretación y a la Escuela Oficial de Idiomas de Granada a clases de alemán, aparte de seguir mi ritmo de clase normal por la mañana en Filosofía, para adquirir una base lingüística previa.

Cuando finalicé los exámenes en junio me fui todo el verano a mi ciudad de destino para realizar allí un curso de alemán (B1) y conocer la ciudad, la Universidad, a mis coordinadores (¡que se sorprendieron de verme allí tan pronto!). En julio estaba ya asistiendo de oyente a las clases en la Universidad y a las conferencias (¡sí, en Alemania hay clase en julio!).

Yo soy becario y he estudiado siempre con becas, de modo que para poder pasar el verano en Alemania solicité un adelanto de mi beca Erasmus a una entidad bancaria que me la concedió prácticamente gratis (hay varias entidades que lo hacen). Lo mejor de esta pre-estancia en verano fue que, además de mejorar en lo lingüístico, la escuela de idiomas me ofreció alojamiento con una familia (¡mi querida Frau Petra Fligauf!), la cual me acogió como uno más de la familia, y lo que en principio iba a ser un alojamiento veraniego pasajero se convertiría después en mi residencia durante los próximos siete meses.

Un segundo punto clave es la elección del destino. Cada uno es libre de guiarse para ello según sus propios intereses, pero es muy aconsejable orientarse por motivos académicos o lingüísticos. En mi caso, elegí Freiburg im Breisgau (Alemania) porque en esa Universidad se originó una de las corrientes filosóficas que más me interesan (la fenomenología), y allí fue también Rector uno de los filósofos más importantes del siglo XX: M. Heidegger. El curso que realicé mi estancia Erasmus obtuve también la Beca de Iniciación a la Investigación (Plan Propio de la UGR) y mi temática de estudio fue precisamente M. Heidegger y la Escuela de Frankfurt (otra corriente filosófica alemana). Es decir, que mi primer trabajo medio serio de investigación lo realicé "en casa" del personaje en cuestión. Esa experiencia fue muy enriquecedora porque en la Universidad de Friburgo tuve acceso a archivos, bibliografía y documentos importantes e interesantes, aparte de las discusiones con profesores y compañeros. Gracias a este trabajo de investigación y mi estancia Erasmus tuve la oportunidad de conocer al profesor José Manuel Romero Cuevas (Universidad de Alcalá de Henares), el cual organizaba en Frankfurt un congreso sobre mi tema de investigación y me invitó a asistir. Nuestra amistad aún dura y hace poco quedamos de nuevo en Madrid en otro congreso. Quiero decir con todo esto que mi estancia Erasmus ha sido muy

importante en lo que a mi iniciación investigadora se refiere, tanto en lo personal como en lo académico. Es por ello que, en mi opinión, la elección del destino Erasmus ha de estar siempre orientada por motivos académicos.

2. Comienza el curso: ¡acuerdos académicos, seminarios, créditos ECTS!

Una vez que estamos en el destino, ya con techo asegurado y parloteando el idioma, comienza propiamente el curso académico. Son famosos (¡y temidos!) los acuerdos académicos, es decir, el documento en el cual figuran las asignaturas que vamos a cursar en la Universidad de destino y sus respectivas convalidaciones en la UGR. Es aconsejable (¡aunque yo mismo no seguí esta recomendación!) no realizar el Erasmus en el último año de carrera, es decir, si queremos finalizar nuestra carrera ese mismo año, puesto que no siempre encontramos asignaturas en la Universidad de destino que se puedan convalidar por nuestras asignaturas "troncales", bien porque el número de créditos de las asignaturas no coincide, bien porque no se oferta una temática concreta, etc. El problema puede ser, sencillamente, que se nos quede alguna asignatura troncal "suelta" que no hemos podido cursar (y convalidar) en la Universidad de destino. Más allá de esto, el acuerdo académico no presenta mayor problema a la hora de convalidar asignaturas, puesto que las "optativas" y "libre configuración" se pueden convalidar sin problemas.

También es importante cumplir con el número de ECTS mínimo exigido para recibir la beca Erasmus. En mi caso, para nueve meses se exigía sólo 18 ECTS, es decir, muy poco (¡demasiado poco!). Yo realicé 54 ECTS en dos cuatrimestres y mis calificaciones fueron todas notables y sobresalientes (incluidas matrículas de honor). No digo esto para alardear, sino para mostrar que se puede cumplir sobradamente con el mínimo exigido y con buenas calificaciones. Hay que perderle el miedo (que no el respeto) a estudiar fuera, a creer que nos bajará la nota media, que será un año perdido y ese tipo de cosas. Además, estudiar y estar fuera no ha de implicar necesariamente desentenderse o despreocuparse totalmente de lo que ocurre en tu país. En mi caso, seguí colaborando regularmente con el periódico de mi localidad, el Periódico Adarve, en el que escribo sobre política, filosofía y temas de actualidad desde hace años, y es que, por lejos que uno esté de casa y de su país, es difícil (al menos para mí) no seguir atentamente lo que allí ocurre, y no por patriotismos, sino porque allí están los amigos, la familia y gran parte de nuestra vida. Mis compañeros de Redacción me enviaban cada número del periódico a mi dirección alemana, y en ningún momento perdimos el contacto.

Insistiendo en lo académico, otra de las posibilidades que ofrece la estancia Erasmus es la opción de cursar asignaturas de un ámbito distinto al habitual. En mi caso, no sólo cursé seminarios de filosofía, sino también de política, de literatura alemana y de filología. Esto siempre se puede complementar con los diversos cursos de idiomas gratuitos (o muy económicos) que ofrecen las Universidades a los estudiantes internacionales.

3. No sólo lo académico: ¡cultura, amistad, trabajo, viajes, experiencias!

Igual de enriquecedora (o más) es la experiencia vital de enfrentarse a un idioma y una cultura ajena en el día a día; de conocer y convivir con estudiantes de todo el mundo; de hacer amigos (¡amigos de verdad, no de Facebook!) en un lugar lejano; de viajar por lugares recónditos, que de otro modo nunca habrías conocido puesto que no son famosos; de trabajar en un país extranjero; en definitiva, de desenvolverse y "buscarse la vida" en un lugar que no conocemos. En mi caso, Freiburg era una ciudad fascinante porque está sumergida en la Selva Negra y el contacto con la naturaleza allí es algo normal y cotidiano. Además, está situada estratégicamente a un paso de la frontera con Suiza y Francia, lo cual permite viajar sencillamente a estos países y visitar lugares increíbles. Personalmente, yo no realicé grandes viajes a los lugares típicos (Berlín y las grandes ciudades), sino que fue mucho más interesante y económico

viajar por la región del sur de Alemania, en la cual me encontraba, y vivir e experimentar aquello.

Otra experiencia enriquecedora fue la de trabajar en Alemania. Comencé dando clases privadas de español en casa y fue algo muy interesante. Al final, algunos de los alumnos se convirtieron en buenos amigos con los que aún hoy sigo en contacto. Pero lo que me sumergió realmente en al mundo laboral alemán fue mi contrato de trabajo "Mini-Job". Yo vivía cerca de la estación de tren de Freiburg y frecuentaba una tienda de gastronomía mediterránea (Degusto-Feinkost) que había por allí, vamos, que iba allí en busca de algo de jamón y vino. Me hice amigo del jefe y algunos meses después fui a pedir trabajo y me contrataron de cocinero. Los demás trabajadores se sorprendían cuando les decía que yo no tenía ninguna "Ausbildung" en cocina, sino que estudiaba filosofía. Eso sí, mi prueba de trabajo fue mucho más práctica que teórica: cociné una tortilla de papas, salmorejo, berenjenas a la miel y a los dos días firmé el contrato. Trabajaba dos días a la semana, lo cual no era ningún impedimento para compaginarlo con mis estudios. Allí trabajé seis meses y tengo las puertas abiertas para volver si algún día e hiciese falta.

Finalmente, queda hablar de la gente que hicieron de mi Erasmus algo realmente inolvidable. Entre ellos se encuentran muchos alemanes y alemanas con quienes hacía tándem español-alemán, es decir, quedábamos para practicar español y alemán. También mis compañeros de trabajo me ayudaron mucho e hice buena amistad con ellos. Mención aparte merece la familia con la que conviví durante seis o siete meses (ellos fueron mi familia alemana). Luego viví en una residencia de estudiantes en la que también forjé buenas e interesantes amistades. Y en fin, mis dos mejores amigos en Freiburg, Hamdi, un estudiante de Yemen que hace su máster en Freiburg, y Alessandro, un loco italiano que también estudiaba filosofía. Han pasado varios meses ya desde que finalizó mi Erasmus, pero visité a Hamdi por sorpresa en Freiburg hace sólo unos días y con Alessandro hablo regularmente por Skype.

En resumen: mi experiencia Erasmus y todo lo que ello implica me ha enriquecido personal y académicamente de un modo incalificable. Me ha brindado la oportunidad de vivir y estudiar en Alemania, lo cual era uno de mis sueños cuando me matriculé allá por el año 2008 en la licenciatura de filosofía. He trabajado allí a la par que he sacado adelante tanto mis estudios como mi primer trabajo de investigación, cursando el tripe de asignaturas de lo me era exigido y ello de modo sobresaliente. Al finalizar mi estancia me examiné del Test-DaF (Deutsch als Fremdsprache), un certificado de alemán reconocido internacionalmente cuyo nivel de referencia es B2-C1. He conocido a gente de todo el mundo y he forjado gran amistad con muchos de ellos. No puedo más que estar satisfecho y recomendar encarecidamente esta experiencia a todos y cada uno de los estudiantes que conozco.

4. Erasmus después del Erasmus

Al finalizar mi estancia regresé a la UGR durante un cuatrimestre para cursar algunas asignaturas que me quedaban para finalizar la carrera. Transcurrido este cuatrimestre emigré a Basilea (Suiza), ciudad situada a una hora de Freiburg, para buscar trabajo, ahorrar y poder seguir estudiando. Desde allí os escribo la memoria de mi Erasmus. Ahora trabajo como profesor de español en una academia de idiomas (ELO-BASEL: www.elo-basel.com) y como camarero en Campari Bar. Mi objetivo ahora es regresar a Alemania, quizás a Freiburg de nuevo, y continuar estudiando. Es decir, seguir recorriendo, de algún modo, el camino iniciado durante mi estancia Erasmus.

Para algunos, lamentablemente, un Erasmus no significa más que un año de fiesta y vacaciones, pero para otros muchos (estoy seguro que para la gran mayoría) la estancia Erasmus es una experiencia que nos cambia la vida y nos abre una infinidad de posibilidades laborales, personales y académicas que difícilmente podíamos imaginar cuando pensábamos en eso de estudiar un año fuera de Granada. Por ello, ¡mucho ánimo compañeros y a embarcarse en la aventura Erasmus!

Julia Hernández Moreno

Institución de acogida: University of Exeter (Reino Unido)

Titulación: Filosofía

Año académico de la movilidad: 2011/2012 (9 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Artes y Humanidades

Extractos breves del diario de una estudiante Erasmus

Cuaderno 1 – Septiembre 2011 / Junio 2012

23 de septiembre de 2011, aeropuerto de Málaga.
Hora local; 10:00 am

Una chica se cambia las sandalias por unas botas altas para la lluvia, hace casi 40 grados pero da igual, no hay espacio en la maleta. Miro mis pies y yo ya las llevo puestas. Hay una larga fila de pasajeros, casi todos ellos de cabellos rubios con un tono de piel que debió de ser claro y que ahora quizás es demasiado rojo tras una extrema exposición al sol andaluz. Hay otras dos personas poniéndose abrigos a pesar de las calurosas temperaturas malagueñas. Serán estudiantes, como yo, pienso. Queda bastante claro quién ha estado de vacaciones en España y quién se marcha a Inglaterra por una larga temporada. Luego se precipitan los besos, los abrazos, las despedidas y los preparativos de última hora; maletas que no pasen los límites establecidos, papeles en orden, libras esterlinas a mano.

23 de septiembre de 2011, Exeter.
Hora local; 12:38 am

Tras un viaje cansado el fresco verano inglés me ha golpeado la cara, pero lejos de molestarme la nueva temperatura me ha sabido a cambio, a aventura. Había que coger un taxi y llegar al campus de la Universidad. No ha sido demasiado complicado: localicé a varios estudiantes rápidamente y compartimos transporte. El paisaje es precioso, muy distinto a lo que estoy acostumbrada. Los versos Verde, que te quiero verte del poeta granadino García Lorca se me vienen a la cabeza y recuerdo que estoy matriculada en una asignatura dedicada exclusivamente a su poesía en el segundo cuatrimestre. Me pregunto, entonces, cómo serán la universidad, la residencia, mis compañeros de piso, los profesores, el resto de estudiantes… Las primeras impresiones son bastante buenas. Me llama la atención una piedra con un letrero a la entrada del campus, al que consigo hacerle una foto rápida desde el taxi. Es la primera foto que tengo de este viaje.

23 de septiembre de 2011.
Hora local; 20:50

Ya estoy en el piso de estudiantes que será mi hogar durante los próximos nueve meses. He conocido a cinco de mis siete compañeros de piso. Todos son ingleses. Los primeros intentos de comunicación han sido fructíferos, aunque aún me encuentro algo descolocada en este nuevo ambiente y he asentido a una pregunta que no he alcanzado a entender. Me han invitado a cenar porque los supermercados cierran antes de lo previsto y yo no he sido capaz de llegar al centro de la ciudad sin perderme. Mañana daré un paseo por el campus, a ver si conozco gente. "Los nervios se pasan", me habían afirmado, y era verdad. No llevo aquí ni 24 horas y ya empiezo a adaptarme poco a poco al cambio.

15 de noviembre de 2011. Exeter.
Hora local; 17:50

He estado un tiempo sin centrarme en el diario por falta de tiempo. Supongo que estar viviendo aquí hace que no tenga ni siquiera ganas de sentarme a escribir mis experiencias, porque todo lo que quiero hacer es vivirlas. Cuando una amiga que ya había estado de Erasmus me recomendó escribir todos y cada uno de los días que pasaba aquí en un diario, no pensé que fuera a ser tan difícil. Dice que cuando me vaya entenderé por qué, que querré recordar cada uno de los momentos vividos. Ahora me doy cuenta de muchas cosas. De cómo comprar un billete de ida para un periodo largo puede ser complicado porque

existe el miedo. Un miedo natural a salir de nuestra zona cómoda, a que las cosas no salgan bien, a que la experiencia no sea todo lo grata que debiera, a atrancarse académicamente, a no hacer amigos o simplemente a no entender una palabra al ir al supermercado. Hoy, me doy cuenta de que puede haber un millón de razones para embarcarse en una aventura como es la de estudiar fuera. Muchos de nosotros, de los que decidimos salir de nuestro ambiente para conocer qué hay más allá, nos vamos porque necesitamos un cambio de aires, porque queremos conocer otras formas de vivir. Otros simplemente queremos saber qué nos estamos perdiendo. O buscamos retos, independencia, soltura. A veces, para enfocar mejor el mundo hace falta romper los esquemas y experimentar otra atmósfera completamente nueva . Lo único claro, es que, por un motivo o por otro, la experiencia siempre (o casi siempre para no ser taxativos) será enriquecedora. O al menos lo siento así, a un mes de haber llegado.

12 de diciembre de 2011. Exeter.
Hora local; 22:20

En unos días vuelvo a España a pasar la Navidad con la familia. Estoy a gusto aquí, pero el campus se va quedando más y más desierto, todos mis amigos vuelven a sus respectivas casas, menos los australianos y los americanos, que viajan a Irlanda para aprovechar estos días. Todo el mundo va a preguntarme que cómo me lo he pasado, que qué he aprendido y la verdad es que no sé muy bien qué voy a responder. No sé cuánta gente podrá entender que no es tanto lo que aprendemos sino cómo lo aprendemos y que no puedo sentirme más afortunada por poder haberme visto inmersa en una cultura totalmente nueva. He aprendido muchísimo inglés y hecho muy buenos amigos. Han pasado dos meses y medio pero yo tengo la sensación de que llevo aquí mucho más tiempo. Todos los días me alegro de tomar la decisión de haber venido y aunque aún me queda más de la mitad recomendaré la experiencia Erasmus. Por supuesto, a veces puede ser duro. Me acuerdo de cómo pensaba que llegar a una ciudad donde nunca había estado y donde no conocía a nadie era bastante complicado. Muy pronto me di cuenta de la cantidad de gente que había en mi misma situación, todos nosotros buscando puntos de apoyo. Hacer amigos cuando uno es estudiante Erasmus es fácil y fluido. Creo que es porque se cambian completamente las convenciones a las que estamos acostumbrados y no es raro acercarse a hablar con alguien sin conocerlo. Todo el mundo ha sido amable conmigo y me apunto para Navidad aprender a cocinar algo típico de mi tierra, mis compañeros de residencia no paran de decirme que quieren saber más de la cultura española. Me ha costado mucho convencerles de que no todos los españoles bailamos flamenco, pero no puedo librarme de la tortilla de patatas.

9 de enero de 2012. Exeter.
Hora local; 19:45

Mis primeros exámenes y trabajos en otra universidad. Acabo de acabar mi cuarta essay con la que he aprendido a citar correctamente y a hacer un trabajo de investigación. Los exámenes me tienen un poco preocupada, no sé muy bien cómo se evalúa aquí. Sí, estoy estudiando literatura española pero la forma de enfocar los textos es tan radicalmente distinta a lo que estoy acostumbrada que también tengo que cambiar la forma en la que voy a resolver un examen. Tengo que ser flexible, intentar adaptarme, demostrar que he conseguido absorber todo lo que he aprendido. Además me examino de asignaturas que nunca podría haber encontrado en los programas de filología hispánica de Granada, como perspectiva de género. Espero hacerlo bien. Supongo que venir aquí también se trataba de eso, de desenvolverme en otro ambiente educativo. Mañana tengo a las 9 mi primer examen de la asignatura Memory and Autobiographical Writing in 20th Century Spain.
19 de febrero de 2012. Exeter. Hora local; 15:23
He decidido apuntarme al centro de lenguas de la Universidad de Exeter. Hoy he hecho la prueba de nivel y me han aceptado en el nivel avanzado. Con suerte podré sacarme el C1 al volver a España, es el que te piden para casi todos los masters en el extranjero y el B2 ya no me sirve. Estoy además con los preparativos de mi viaje a Escocia. La sociedad Eras-

mus organiza dos días en Edimburgo y no se me ocurre una mejor manera de viajar y conocer sitios nuevos.

25 de marzo de 2013.
Exeter. Hora local; 23:02

Me alegro de no haber pasado la semana santa en España. Mañana llega mi familia que viene a visitarme y no puedo esperar a enseñarles la ciudad que se ha convertido en mi casa estos meses. Creo que se sorprenderán al ver la soltura con la que me muevo por aquí. Quiero presentarles a los amigos que he hecho, a los italianos, los alemanes, mis compañeros de piso ingleses y al grupo de españoles. Además tengo que llevarlos a tomar un tradicional desayuno inglés y a disfrutar de los scones. Espero conseguir eliminar algunos de los clichés y de las ideas preconcebidas que lleven en mente, cosa que yo conseguí casi al poner el primer pie aquí.

18 de abril de 2013. Exeter.
Hora local; 11:30 am

Estamos en Easter Holidays. Hoy hace sol y el campus está lleno de estudiantes. Cada vez que las nubes dan un respiro la gente no duda un segundo en disfrutar del buen tiempo y en las calles se respira un magnífico ambiente festivo. Como si hubiese algo que celebrar. Creo que luego saldré a dar un paseo pero primero quiero ir al club de cine, hoy había una película que me interesaba ver. Las universidades inglesas organizan muchas actividades culturales que son el complemento ideal a la formación universitaria de sus estudiantes. Cada día me alegro más de estar aquí.

2 de mayo de 2013.
Exeter. Hora local; 19:30

Se celebra en Reino Unido *The Queen's diamond jubilee*. La reina de Inglaterra llegaba hoy a Exeter para inaugurar un nuevo edificio. He disfrutado esta experiencia con un grupo de amigos y hemos ido a recibir al duque de Edimburgo y a la reina al campus. No se me ocurre una forma de inmersión cultural mejor que algo así. Ha sido muy curioso, creo que era de las últimas cosas que podía imaginarme, que iba a ver a la Reina en persona.

25 de junio de 2013.
Exeter. Hora local; 23:48

Han pasado ya nueve meses y he conseguido completar este pequeño diario. Debería sacar ahora alguna conclusión pero lo cierto es que me da tanta pena dejar este país que se me atrancan las palabras. Voy a echar de menos el sitio, la universidad, a mis amigos. Los últimos días han sido una mezcla de sentimientos muy curiosa. Alegría por haber estado aquí y a la vez tristeza porque todo haya pasado tan rápido. A nivel académico la experiencia ha sido inmejorable: he aprendido nuevas formas de aprender y de enseñar, además de mejorar infinitamente el idioma. A nivel personal sobran las palabras. Parece que fue ayer cuando estaba haciendo las maletas en Granada algo asustada. Me llevo una experiencia con todas las letras. Nuevos amigos, el cariño a un país entero, viajes increíbles y una riqueza cultural inmensa. La única pena de un año Erasmus es que se acaba. Recomiendo esta experiencia a todo el mundo y la repetiría sin duda una y mil veces más.

Epílogo Cuaderno 2
21 de Abril 2013. Granada.
Hora local; 19:32

Me han seleccionado para un lectorado para enseñar español en Estados Unidos. Estoy recordando mi Erasmus y no puedo estar más agradecida con todo lo que ese año me ha aportado. Si no me hubiese ido no me hubiese sacado el título de inglés C1 a tiempo y no podría haber entrado en la convocatoria. Además, sé que ha sido clave un año de estancia fuera para ser seleccionada. Haber vivido y estudiado fuera, aprendido y haberme formado en un país que no es el mío ha sido clave. Gracias a mi Erasmus, a la experiencia y a la preparación que éste me ha dado para situaciones reales me espera una nueva aventura. ¿Conclusiones? Hay que aprovechar y salir, porque nunca se sabe qué puertas se están abriendo.

Miriam Leticia Moyano Reifenrath

Institución de acogida: London Metropolitan University (Reino Unido)

Titulación: Traducción e Interpretación

Año académico de la movilidad: 2011/2012 (9 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Artes y Humanidades

¿Qué hago yo aquí?

Mi historia comienza mucho antes de irme de Erasmus a Londres, algo así como veintiún años antes, en un día en el que poco importa si llovía, hacía sol o nevaba. Todo lo que aconteciese no tiene más relevancia para estas memorias que el ilustraros a la persona que fui antes de acabar mi estancia en la ciudad del West End. Os confesaré que cuando dejé Granada, al acabar mi tercer año de la carrera de Traducción e Interpretación para irme a Londres a cursar mi cuarto año, no me encontraba en el mejor momento de mi vida, pero quizás, y sólo quizás, ese fue el motivo de que todo lo que os voy a contar significase un cambio real para mí y para mi mundo.

Mi mundo. Puede que os preguntéis cómo es mi mundo o puede que os dé igual, así que me limitaré a decir que soy una persona cargada de inquietudes y curiosidad, ansiosa de conocer y con una imaginación fantástica que excede los límites habituales. Esta cualidad o característica hizo que el trasladarme a Londres se transformase en la aventura de descubrir un lugar totalmente diferente, la cuna de Peter Pan, sede de cientos de musicales, lugar de residencia de Virginia Woolf e inspiración de millones de artistas, músicos, escritores y amantes del séptimo arte a lo largo de la historia.

El 23 de septiembre de 2011 llegué a Surrey, una zona muy tranquila a las afueras de Londres. Hacía calor, casi tanto como en Málaga. Allí me recibió la tía de mi madre, la típica señora mayor que recuerda a tu propia abuela y que te acoge con cariño desde el primer momento. Esa misma noche, Nathalie, su hija, me llevó a la que sería mi casa durante los siguientes once meses. Ella vive en Wimbledon pero viaja por trabajo por largas temporadas, de modo que consideró oportuno alquilarme su casa y que la aprovechase yo todo el tiempo que está ausente. Ahí comenzó mi historia en Londres, en una pequeña casita del barrio de Wimbledon.

Poco después comenzó el curso en la London Metropolitan University. Durante las jornadas de presentación para los alumnos Erasmus, la universidad nos regaló a todos un viaje en barco por el río Támesis que nos sirvió para saber qué había en las orillas del río desde Greenwich hasta Embankment, que es donde se encuentra el Big Ben. Fue la oportunidad perfecta para planear futuras visitas y para conocer a otros alumnos que estaban de intercambio en la misma universidad. Así fue como tomé la decisión de que debía aprovechar cada día allí y sacar el mayor provecho de las clases y de la ciudad, porque se trataría de una oportunidad irrepetible.

Sobre ser un traductor en potencia en una Universidad extranjera

Los alumnos de traducción de la Universidad de Granada estamos mal acostumbrados, en el mejor de los sentidos. El nivel de exigencia en nuestra universidad es alto, la profesionalidad de la mayoría de nuestros profesores también lo es y se nos prepara para enfrentarnos al mundo profesional desde el momento en que en asignaturas como Teoría y Práctica de la Traducción o Traducción 2 y 3 (del segundo curso) comenzamos a hacer traducciones con encargos que simulan los reales.

Alguien que estudie nuestra carrera y no se haya ido de Erasmus, o simplemente alguien que no estudie nuestra carrera, se podrá preguntar ¿qué se siente

al llegar a una universidad totalmente diferente en un país de costumbres todavía más diferentes? Trataré de dar respuesta a esa pregunta.

Cada experiencia en cada universidad es diferente, pero quizás una de las cosas que más sorprende al alumno de intercambio que llega a las aulas de traducción de la Metropolitan es descubrir que la mayoría de los alumnos matriculados allí no son nativos ingleses. En mi clase, concretamente, sólo había una chica inglesa que casualmente tenía como lengua extranjera el español. La multiculturalidad se puede palpar en cada aula, en los comedores y en cada pasillo, aspecto que enriquece la experiencia Erasmus.

El enfoque didáctico también difieren en gran medida del nuestro: mientras nosotros damos la misma importancia a la traducción directa y la inversa, en este caso ellos dan mucha más importancia a la directa, esto quiere decir que los alumnos cuya lengua madre sea el español, enfocarán sus estudios sobre todo a traducir desde el inglés al español. Otro aspecto muy distinto es que mientras a nosotros se nos enfoca el aprendizaje con las nociones más importantes de teoría pero enfatizando la práctica, ellos dan una importancia mucho mayor a la teoría durante las clases, los trabajos de traducción práctica se realizan en casa en su mayoría y se entregan como proyectos a final del cuatrimestre.

Desde mi opinión personal, esta forma de entender la enseñanza de la traducción es menos efectiva para la vida profesional práctica que el método que se utiliza en la Universidad de Granada. Sin embargo, he de reconocer que el profundizar en la teoría más a fondo ha conseguido que adquiera unos conocimientos muchos más amplios en estrategias de traducción que posteriormente han sido útiles para mis clases prácticas en Granada.

Al margen de todo esto, hay dos razones fundamentales que convirtieron mi paso por la Metropolitan algo de provecho. En primer lugar, gracias al intercambio, pude tener como profesora Anna Milsom, nativa inglesa traductora de español, que hizo de cada una de sus clases una sesión entretenida, enriquecedora para cualquier alumno y sobre todo que invitaba a ser original y creativo.

En segundo lugar, no hay que olvidar que estudiar en un centro de la cultura de tu lengua extranjera es un método de inmersión lingüística infalible. Como alumna de traducción sé la importancia que tiene de conocer las culturas de todas tus lenguas de trabajo, y la educación es uno de los pilares de cualquier cultura. Si bien Londres como ciudad me pudo ofrecer la cara más urbana y personal de la cultura británica, la London Metropolitan University me enseñó a moverme en un contexto más formal, hacer papeleos, escribir y hablar en un lenguaje académico más elevado y entender los sistemas británicos de evaluación y estructuras del sistema educativo. Todo esto son fundamentos importantes no sólo como futura traductora sino para crecer como persona.

¿Hay vida más allá de la Erasmus?

La verdad es que mi año en Londres fue especial, coincidió con la preparación para los Juegos Olímpicos y el Jubilee Concert (por el cumpleaños de la reina). Aun así, Londres esconde siempre mil y un tesoros y sorpresas. Su entorno y sus ofertas culturales son inigualables, pero además de los millones de tesoros que están a la vista y al alcance del turista, también existen los tesoros escondidos que están reservados para quien tiene la oportunidad de vivir allí, o para el turista muy curioso.

Cuando llegué allí decidí que aparte de mejorar mi inglés y sacar provecho de lo que la universidad me ofreciese, quería descubrir la cara oculta de Londres que, para quien aún no lo sepa, se parece a la cara oculta de la Luna. ¿Qué se esconde detrás del Big Ben, el London Eye o la National Gallery? Detrás de grandes monumentos y museos se esconde una parte mucho más desconocida de Londres. Por ejemplo, el arte urbano en toda la ciudad es asombroso.

Aparte de la gran cantidad de arte urbano en las más recónditas calles, existen miles de tiendas pequeñas y escondidas que guardan tesoros en su interior. Como buena amante de las antigüedades y la lectura, procuré conocer la mayor cantidad de rincones de este estilo en la ciudad, quedando gratamente sorprendida con tiendas como una tienda de juguetes antiguos que hay en Covent Garden, las librerías con sótanos con libros hasta el techo en Nottin Hill, o los mercados de Spitafields, Portobello Road, Greenwich, etc.

Y, por supuesto, otro privilegio que esconde Londres sólo para aquellos que se molesten en encontrarlo, es trabajar allí para vivir esa experiencia en el extranjero y sumergirte de lleno en sus costumbres y mundo laboral. Dado que la mayoría de las asignaturas de mi facultad no tenían examen, decidí que en mayo, el mes de los exámenes, me pondría a trabajar para poder quedarme allí unos meses más, conocer más gente e iniciarme laboralmente. Encontrar trabajo de lo tuyo cuando aún no has acabado la carrera es complicado, por eso, entre varios currículums que envié a agencias de traducción, entregué otros tantos en tiendas y restaurantes de la ciudad. Me daba igual empezar desde cero en un trabajo que no tuviese nada que ver con lo mío, ya que por diferente que sea, la inmersión lingüística sería suficiente para que trabajar mereciese la pena. Tuve suerte, debo reconocerlo, en poco tiempo me contrataron para trabajar de camarera en una conocida cadena de restaurantes de comida francesa llamado Côte. No voy a mentir, el trabajo fue duro, eran muchas horas y requería gran esfuerzo físico.

Pero como siempre se dice: no hay mal que por bien no venga. Tener que sacrificarme por voluntad propia trabajando en una profesión que no me gustaba en exceso, con horarios difíciles y en una ciudad extranjera, me hizo madurar a la fuerza y saber responder a infinitud de situaciones difíciles en un idioma que no es el mío: situaciones injustas en el trabajo, hacer los papeleos con el banco, recibir las nóminas y reclamar impagos, impuestos, etc. No sólo estaba viviendo por primera vez situaciones que jamás había experimentado, sino que lo tuve que hacer en una ciudad extraña y en un idioma en el que en ese momento no me manejaba tan bien como en el mío. Aunque sea una experiencia difícil, los tres meses que estuve trabajando allí no los cambiaría por nada ahora mismo, no sólo porque he crecido sino porque es una experiencia que no podré olvidar y me está siendo de gran utilidad para la vida práctica ahora mismo. Además de los amigos que hice en mi trabajo, tres de los cuales aún conservo y planeo poder ver muy pronto si no en Inglaterra, aquí en España.

¿Quién soy ahora?

Sigo siendo Miriam, sólo que una Miriam muy diferente de la que se fue aquel 23 de septiembre de 2011. Ahora me siento adulta en el sentido más amplio de la palabra.

La experiencia Erasmus, si se sabe aprovechar, puede servir de puente entre el joven estudiante y el adulto profesional. Se trata de una oportunidad que nadie que esté en condiciones de disponer de ella debe perderse, ya que igual que Londres, cualquier ciudad o pueblo puede ofrecernos una cantidad infinita de oportunidades para aprender, descubrir, soñar, imaginar, crear y sobre todo crecer como personas. ¡Aunque, cuidado, que si os descuidáis igual crecéis incluso en tamaño! La comida en el extranjero es muy diferente a la de nuestro país y probar nuevos alimentos es otra forma de acercarse a otras culturas.

Quiero acabar estas memorias diciendo que no tengáis miedo de echar de menos vuestro país, vuestros amigos o vuestra casa, porque os puedo asegurar que al volver, y más con el tiempo, echaréis de menos vuestro destino Erasmus y a vuestros amigos de allí.

Just keep calm and carry on!

Úrsula María González Martos

Institución de acogida: University of Poitiers (Francia)

Titulación: Medicina

Año académico de la movilidad: 2011/2012 (9 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias de la Salud

Mi nombre es Úrsula y durante el curso 2011-2012 tuve la enorme suerte de disfrutar de una beca ERASMUS de curso completo, lo que me permitió crecer como persona y como estudiante.

Todo empezó cuando conocí a una Erasmus francesa, Emeline, que había venido a mi facultad desde Poitiers. Desde el primer momento en que nos conocimos nos hicimos buenas amigas y ella empezó a contarme cómo era todo en su facultad de origen. Tras mucho tiempo reflexionando sobre ello, me decidí a pedir la Erasmus para Poitiers y, afortunadamente, me la concedieron. Esto dio paso a un sinfín de papeleos y rompecabezas administrativos, pero al final me vi el 31 de agosto de 2011 en Poitiers, con mis maletas, mi francés de nivel C1 y, por qué negarlo, muchas dudas de cómo iba a desarrollarse todo.

Al principio fue un caos, el piso que había reservado estaba vacío, no había ni un solo mueble (algo típico en Francia, pero que yo no sabía) y no habían dado de alta la electricidad, así que tuve que alojarme una noche en casa de los padres de Emeline. Ella me ayudó en todo lo que pudo, como yo había hecho durante el curso anterior, pero uno no sabe hasta qué punto puede sentirse desamparado hasta que te ves allí, a miles de kilómetros de cualquier familiar, amigo o conocido.

Tuve que ir a la Oficina de Relaciones Internacionales de la Universidad de Poitiers para avisar de que ya había llegado y que me guiaran un poco en los pasos que aún me quedaban por hacer. Además ellos me habían dado información para encontrar piso, por lo que fui para comentarles los problemas que estaba teniendo.

Madame Guérin fue un auténtico encanto, nos ayudó a todos en todo lo que pudo y nos ayudaba a resolver cualquier duda o problema que tuviéramos. Los alumnos de la Universidad de Poitiers que estaba allí trabajando también se portaban muy bien con todos nosotros y fue el primer sitio donde hice amigos.

Además de todo esto, estaba la preocupación de que era la primera vez que había un intercambio de estudiantes de medicina entre las Universidades de Granada y Poitiers, lo que suponía un estrés añadido, ya que no teníamos ni idea de qué nos íbamos a encontrar, cómo nos iban a acoger, a organizar y a evaluar; y tampoco podíamos hablar sobre eso con nadie que ya hubiera estado aquí, porque cada facultad es un mundo y éramos los primeros.

Tras una semana interminable de trámites me vi en mi pequeño estudio en el centro de la ciudad,

matriculada en una Facultad de Medicina increíble y apuntada a unas cuantas actividades deportivas en el campus (otro de los sitios donde conocí a mucha gente estupenda). Fue aquí cuando verdaderamente empezó mi Erasmus, fue aquí cuando fui consciente de que me quedaban 9 meses por delante y que dependía de mí sacar el máximo partido a mi experiencia en el extranjero.

Al principio he de admitir que todo me sorprendía, cómo era el campus, cómo eran las clases en la facultad, la cantidad de casos clínicos que teníamos que hacer y el ritmo de trabajo que llevaba todo el mundo, pero pronto me acostumbré. Me busqué mi grupo de trabajo francés, quedaba con ellos para hacer los casos clínicos semanales, tenía clases para corregir dichos casos clínicos, etc. Pero lo que más me gustó con muchísima diferencia fueron las prácticas en el hospital.

El Hospital Universitario de la Miletrie es un complejo enorme, con numerosos servicios y muchísimos estudiantes. Cuando llegas allí por primera vez no sabes dónde tienes que ir, con quién tienes que hablar, qué tienes que hacer, dónde puedes conseguir una bata…Pero cuando han pasado un par de semanas pones el despertador con ganas para volver cada mañana.

En Poitiers he tenido el privilegio de poder sentirme una verdadera estudiante de medicina, útil y eficaz. Mis primeras prácticas fueron de dermatología y no sabía muy bien cómo iban a ser, pero gracias a los internos (residentes) y a los demás estudiantes de medicina, aprendí muchísimo.

El trato con el paciente ha sido lo que más he trabajado durante mi Erasmus, además de aprender a tener una visión general y ordenada de su enfermedad, los pronósticos, los posibles tratamientos y todo lo demás relacionado con la medicina (que no es poco), allí se nos permitía estar con el paciente a solas, lo que te obligaba a hacerlo todo por ti mismo. Los primeros días, entre que era algo completamente nuevo para mí (ya que en Granada siempre estamos con un médico) y que tenía miedo a decir cualquier tontería en francés, se me hicieron más duros; pero en cuanto vi que los internos de cada servicio verdaderamente confiaban en nosotros y que los pacientes estaban siempre dispuestos a colaborar, dejé de coartarme a mí misma y empecé a pedir más pacientes, hasta que llegó el día en que yo enseñaba a los externos (estudiantes de medicina) franceses que venían de cursos inferiores al mío.

He hecho biopsias, exploraciones clínicas, he ayudado en quirófano, he expuesto la historia clínica de un paciente en una sesión clínica (reuniones con especialistas de distintos servicios para tratar los casos más complicados), he tenido distintas pruebas orales; pero aunque haya supuesto un gran esfuerzo, puedo decir que ha valido la pena sin vacilar ni un segundo.

En conclusión, si tuviera que elegir sólo una cosa por la que haya merecido la pena mi Erasmus, sin duda sería por todo lo que he aprendido en lo relativo al trato con el paciente, que para mi carrera es lo más importante.

Siempre hablamos de la importancia de la relación médico-paciente, pero en España hasta que no llegas a ser MIR no puedes verte en algunas de las situaciones en las que me he visto yo este año. Verte delante de un paciente, notar su preocupación, intentar entender por lo que está pasando, y desear con todas tus fuerzas intentar hacerlo lo mejor posible para poder ayudarlo en todo lo que esté en tu mano, eso no se aprende nada más que en el hospital, (claro está, habiendo tenido mucha teoría que te ayude a globalizar toda la medicina y saber identificar qué es lo que esta persona presenta), y es lo que nos hace médicos más humanos, mejores estudiantes de medicina y mejores personas en general.

Aparte de todo lo que he aprendido en lo relativo a mi carrera, también he de confesar que alejarte de todo el mundo que conoces hace que desarrolles nuevas capacidades sociales para relacionarte con la gente y te ayuda enormemente a aprender a desenvolverte en cualquier situación por ti mismo, por inverosímil que ésta sea.

Aprendes a valorar lo que tienes en tu vida cotidiana y que hasta ahora considerabas lo normal, porque te das cuenta que son privilegios que se te han quitado en cuanto has salido al extranjero. Ya no hay nadie que te llame sólo para ver cómo estás (o no tan a menudo), que quede contigo solo para charlar un rato mientras os tomáis un café o que te dé un abrazo cuando has tenido un día duro. No puedes desahogarte cara a cara con nadie que te conozca desde hace más de unos meses, y en el primer mes (sobre todo la primera semana) es lo que más necesitas. Pero tampoco hay que temer nada, porque siempre estarán las pequeñas sorpresas que te aguarda tu estancia en el extranjero, que es encontrarte con gente tan afín a ti que sabes que la amistad perdurará a pesar de la distancia.

En lo relativo a trámites administrativos, Francia no tiene nada que ver con España, lo que ha supuesto todo un reto para mí, además de darme muchos dolores de cabeza. Pero bueno, al final todo ha salido bien, así que supongo que sólo era ponerse y creerse capaz de llevarlo a cabo. Pienso que desde que he terminado mi Erasmus me siento mucho más segura de mí misma, sé que podría hacer cualquier cosa que me propusiera y, si el momento llegara o la situación lo requiriera, no tendría ningún problema en irme al extranjero a trabajar en un futuro, porque ya no tengo miedo de no saber cómo voy a desenvolverme fuera de mi país, sé que podría hacerlo.

Carlos González Moreno

Institución de acogida: Technische Universität Dresden (Alemania)

Titulación: Arquitectura

Año académico de la movilidad: 2011/2012 (10 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias Experimentales

Soy Carlos Gónzález Moreno, estudiante de Proyecto Final de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad de Granada. No sabría por donde empezar si debo hablar sobre mi experiencia internacional, a raíz de mi movilidad bajo el Programa Erasmus, disfrutada en el curso 2011/2012.

Comenzaré por la simple elección del destino que refleja la motivación y la ilusión con la que afrontaba esta movilidad. No fue una decisión arbitraria, sino muy reflexionada y a su vez, no tanto por mi convencional nota de expediente, mis puntos de idioma o la inexplicable poca demanda de este destino, hicieron que mi primera opción, fuera el destino que cambiaría mi vida en un año.

Dresde (Alemania). Una bonita ciudad, capital de Sajonia para muchos desconocida. Situada en la antigua Alemania Oriental, genera una interesante mezcla entre construcciones soviéticas y residencias reales cúlmen del arte barroco. A pesar de haber sufrido uno de los mayores bombardeos de la historia, la ciudad se ha sabido recuperar quedándo la moderna ciudad que es hoy en día. Pese a pasar un poco desapercibida, es una ciudad con uno de los porcentajes de zona verde más altos de Europa, y cuenta entre otros récords, con la invención de la primera bolsa de té, así como del primer; filtro de café, sujetador, agua dentrífica, cámara reflex o la lechería más bonita del mundo, entre otros tantos variopintos, pero interesantes récords.

Desde un punto de vista práctico, una ciudad muy familiar, a pesar del tamaño, con un sistema de transportes perfecto y el motivo que me hizo decantarme por ella, su ubicación en el mapa. Conectando con Polonia y República Checa a menos de una hora y su fácil acceso a ciudades tan fascinantes como Berlín, Wroclaw, Praga, Bratislava o Budapest, lo convertía en un lugar idóneo para un amante de los viajes, como me considero. Lo cual me permitiría vivir plenamente mi movilidad.

En cuanto a la Universidad Técnica de Dresde, de la que hablaré más adelante, solo puedo decir que contando con un moderno Campus a menos de diez minutos del centro de la ciudad, se ha convertido en una ciudad muy volcada con la Universidad, acudiendo a la misma gente de todas partes del Alemania y del mundo, atrayendo especialmente a estudiantes africanos, asíaticos y países pertenecientes a la antigua Unión Soviética. Ha conseguido llamar recientemente la atención del diario The New York Times, con el artículo "Former East German University Reaches Out to the World" de Christopher f. Schuetze que se ha hecho eco de su calidad de enseñanza y sus logros en el campo de la investigación.

Zanjando el tema de la elección, considero que hice una gran inversión, pues teniendo unos conocimientos aceptables de francés e inglés quería enfrentarme a una lengua totalmente desde cero, ello me permetiría establecer un primer contacto con el alemán, lo cuál considerando las circusntacias actuales me podría llegar a abrir algunas puertas en un futuro cercano. Estaba convencido de que esa motivación, alentada por la necesidad real de hablar dicho idioma tanto en la Universidad como en mi entorno cercano, tendría rápidos resultados en la evolución del mismo.

Pese a ello, aconsejo ir con un mínimo de idioma al destino adjudicado, al menos un intensivo el verano previo, aunque particularmente como he dicho, no fuera mi caso. Tras un par de meses de desesperación, me convencí de lo necesario que era,

para poder asimilar y comprender todo lo que acontecía a mi alrededor, adquirir un mínimo de nivel. Así pues, me concentré en mis clases de alemán y obtuve finalmente un título de B1 en la Volkshochschule de Dresde, al final de mi estancia.

A nivel académico, conseguí sobrellevar los primeros meses por los inconvenientes causados por el desconocimiento de la lengua. Y pronto conseguí asimilar el funcionamiento de la Escuela, pese a que el concepto de Arquitecto es muy diferente en Alemania en comparación con el perfil tan técnico de la carrea en España. No vi en ello un inconveniente, sino otras alternativas a la enseñanza y a la profesión de Arquitecto, funcionando así como un complemento perfecto a mi formación española.

Me sorprendieron los medios de los que disponían, en cuanto a material e instalaciones. Algunas de las asignaturas, a su vez, eran especialmente prácticas, permitiéndonos en algunas de ellas construir en la realidad lo que previamente habíamos diseñado. Durante mi estancia pude participar en distintos workshops de diseño de mobiliario, restauración y diseño urbano.

Al margen de la carrera, la Universidad contaba con una oferta variada de deportes y actividades, así como unas modernas instalaciones que se alternaban con edificios soviéticos pertenecientes a la antigua República Democrática Alemana. El conjunto de comedores universitarios, daba servicio en un rango horario bastante amplio a lo largo de la jornada académica. El sistema de residencias, adjudicado a la misma empresa de los comedores, también ofrecía una oferta variada, contando desde residencias modernas, torres totalmente restauradas o edificios soviéticos a la espera de ser derribados. En mi caso, decidí hacer uso de este sistema de residencias que se me ofrecía, adjudicándoseme una de estas residencias sin restaurar, un tanto alejada del campus. Lo que en un principio parecía ser una mala adjudicación, por las calidades del edificio, gracias a la interacción con mis compañeros de pasillo, posteriormente mis amigos, me mantuve allí hasta el final de mis estancia incluso habiéndoseme ofrecido el cambio a residencias mejor acondicionadas.

Fue en esos pasillos, en los balcones comunes o en la cocina que compartía con otras treinta personas donde experimenté la mayor interacción cultural de mi Erasmus. Era muy frecuente compartir cenas e intercambiar recetas entre hindús, vietnamitas, ghaneses, ucranianos y otras tantas decenas de nacionalidades que allí coincidíamos. Ser junto a mi compañero de habitación, los únicos españoles de la residencia, nos convertía en una fuente de información imprescidible para nuestros vecinos deseosos de conocer nuestra cultura y especialmente nuestra nuestra gastronomía.

También tuve la oportunidad de entablar grandes amistades con alemanes, lo cual me permitió hacer muchos avances con el idioma y conocer en profundidad su cultura y todos los rinconces de la ciudad. Existía una gran interacción entre la ciudad y la Universidad. El ambiente universitario, a su vez, era excepcional, personalmente intentaba combinar entornos más internacionales donde el grueso del colectivo Erasmus se solía mover con otras actividades más locales.

Sinceramente, desde este año, me considero una persona mucho mas abierta, con más recursos y sin miedo a enfrentarme a nuevas experiencias en otros ambientes, incluso con diferentes idiomas. He aprendido cosas cuya existencia desconocía, he conodido otras políticas, otros sistemas de funcionamiento de la sociedad, llegándo a quedar muy sorprendido de alguno de ellos. Hoy en día, parece que con la cantidad de información de la que disponemos, gracias a los medios de comunicación o Internet, tenemos acceso a todo el conocimiento, por ello, es aún mucho más interesante cuando descubrimos cosas que no imaginabamos ni siquiera que pudieran llegar a existir en otros países. Aunque parezca una obviedad, estoy convencido de que si toda la sociedad tuviera acceso a una movilidad de estas características,

asimilaríamos otros modos de hacer las cosas y nos sorprenderíamos con las soluciones tan sencillas que encontraríamos a problemas muy extendidos en nuestro día a día.

Del mismo modo que valoro esta apertura de mente y este conocimiento tras experimentar movilidades en destinos extranjeros, reconozco que salir al exterior nos permite valorar aún más las virtudes de nuestra propia cultura, invitándonos a trabajar las posibilidades y el potencial de nuestro lugar de origen.

Es una experiencia que aún hoy día juega un papel muy importante en mi vida, actualmente vivo con una estudiante Erasmus, mantengo relación con mis antiguos compañeros Erasmus y aprovecho para visitarlos en mis viajes y a su vez, me he visto atraído por el aprendizaje de otras lenguas, como portugués o polaco. Esta cercanía con los países del este me ha invitado a aventurarme con las lenguas eslavas.

También he disfrutado durante seis meses de una práctica de formación interna del Vicerrectorado de Relaciones Internacionales, por ello, he podido gestionar en la Oficina de Relaciones Externas de Arquitectura Superior todos los procesos de una movilidad, tanto para estudiantes de la Universidad de Granada como extranjeros, posibilitándome así conocer a todos nuestros socios, informarme de cada una de las universidades y practicar los idiomas requeridos. En concreto, informar a los estudiantes extranjeros y mantener las relaciones con las universidades socias, así como la realización de los acuerdos bilaterales, ha sido mi tarea más satisfactoria. He intentado aplicar mi experiencia y con una actitud propositiva introducir algunas mejoras en el funcionamiento de la oficina, así como algunas iniciativas, de las que incluso la Oficina Central se ha hecho eco. Las redes sociales, la transparencia, el intercambio de información entre estudiantes, la eficacia y el deseo de modernización en los procesos burocráticos han sido nuestra máxima en la oficina. Mi experiencia propia y los conocimientos adquiridos en la práctica, me han permitido poder informar a muchas personas sobre las distintas movilidades nacionales e internacionales, así como sobre otras becas menos demandadas, como el programa Erasmus Mundus, el voluntariado europeo, las estancias formativas o los cursos de verano. Interesándome también de un modo particular, por otro tipo de becas y movilidades gestionadas por organismos externos a la Universidad de Granada, que el propio Vicerrectorado de Relaciones Internacionales anuncia en su web y redes sociales. He podido, a su vez, contar mi experiencia y promover todos los programas de los que tengo conocimiento en el Colegio Mayor de la Universidad de Granada, San Bartolomé y Santiago, intentando así también fuera de mi horario de oficina, animar e informar a generaciones futuras de los beneficios de una movilidad.

Recientemente, he recibido la gran noticia de haberme sido concedida una beca para el Programa Erasmus Mundus, JoinEU-See, que me permitirá disfrutar el año que viene de otra movilidad en un país balcánico, en la Universidad de Belgrado (Serbia). Considero un logro de madurez haber asimilado que una experiencia de movilidad, al margen de los créditos, aunque alargue temporalmente mi carrera es una cosa que carece de importancia para mí, pues estoy convencido que la experiencia, los idiomas, los conocimientos y la apertura de miras que ello me implican suple ese año de más que pudiera necesitar, pues una cosa es acabar la carrera y otra muy distinta es completar tu formación. Al fin y al cabo, un año en la vida es algo inapreciable en comparación con lo adquirido tras una movilidad internacional y es mucho lo que se puede ganar teniendo la suerte de disfrutar de tal experiencia. Por ello, animo a la Universidad de Granada y a las instituciones competentes a seguir fomentando todo tipo de movilidades internacionales. Son una rica fuente de intercambio humano y de conocimientos, que forma a las personas de cara a una sociedad mucho más internacional, preparando a los estudiantes para un futuro profesional con un abanico mucho más amplio y creando cada año exportadores e importadores de conocimiento y cultura, de gran calidad.

Víctor Fernández López

Institución de acogida: Aalborg Universitet (Dinamarca)

Titulación: Ingeniería de Tecnologías de Telecomunicación

Año académico de la movilidad: 20011/2012 (10 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias Experimentales

Me gustaría comenzar mi relato indicando al lector que, si bien voy a intentar ofrecer un resumen lo más completo posible de todo lo que supuso mi estancia como estudiante Erasmus en Aalborg, Dinamarca, de 2011 a 2012, mucho me temo que soy incapaz de hacer justicia sobre el papel a todo lo que viví en este período. Trataré, sin embargo, de resaltar algunos de los momentos más importantes de forma más o menos cronológica. También me gustaría puntualizar que, aunque esta memoria tendrá un marcado carácter positivo –pues no tengo motivos para expresar más que gratitud-, no será culpa de la nostalgia. En el momento de escribir este relato, continúo en el lugar al que me trasladé hace casi dos años ya, y sin planes de abandonarlo a corto plazo. Pero será mejor que cuente la historia desde el principio.

Mi experiencia personal comenzó mucho antes de mi estancia Erasmus y de forma inesperada. Hace unos tres años, a finales de mi cuarto curso de carrera, yo andaba planteándome la opción de hacer mi proyecto final en el extranjero. No había llegado al punto de considerar ninguna opción de forma seria, pero la idea rondaba mi cabeza. Una tarde como cualquier otra, en una sesión de prácticas, uno de mis profesores me propuso la opción de hacer el proyecto de investigación en una ciudad de Dinamarca, en colaboración con una importante empresa de telecomunicaciones, Nokia Siemens Networks. Por aquel entonces, yo no sabía nada sobre el país, más allá de su localización geográfica. El proyecto parecía muy interesante, y dada mi idea de probar una nueva experiencia en el extranjero, acepté casi en el mismo momento.

Este encuentro puso de inmediato en el mapa un país que no había tenido en cuenta jamás. Dinamarca es un lugar poco conocido en nuestro país, un rinconcito ubicado entre Alemania y la península escandinava. Mucho menos imponente que sus hermanas Noruega y Suecia, y con una cultura poco conocida en los países del sur. No es de extrañar que por aquel entonces yo no fuera capaz de mencionar nada llamativo del país más allá de personajes ilustres como Andersen, Kirkegaard o Bohr. Echando la vista atrás, me da un poco de pena no haber sabido antes todo lo que este pequeño lugar podía ofrecerme. Pero, por otro lado, no podía tener ni idea de las sorpresas que me esperaban.

La ciudad en cuestión era Aalborg, capital de la zona norte de Jutlandia, y se encuentra junto al fiordo (Limfjorden) que divide separa la zona en dos, convirtiendo el extremo norte de la península en una isla. Su población es la mitad que la de Granada, y debo admitir que en principio no me parecía especialmente atractiva de trasladarme a una ciudad más pequeña, pues siempre me han gustado las grandes capitales, pero éste es otro prejuicio que esta experiencia borró de mi cabeza.

Sabiendo que tenía que esperar un largo año hasta poder trasladarme a este lugar, me picaba la curiosidad y comencé a informarme sobre el país. Todo me parecía tan diferente a lo que había vivido hasta entonces que no podía reprimir el impulso de seguir leyendo cosas sobre Dinamarca, de preguntar a las pocas personas que habían vivido en el país, que conocían a gente del lugar, o que simplemente lo habían visitado como turistas. También empecé a intentar impregnarme un poco del idioma, aunque no era nada fácil dada la escasez de recursos al respecto y la excesiva dificultad de la lengua. Recuerdo con una sonrisa en los labios mi primera reacción de

asombro e incredulidad ante algunos de los sonidos del danés. Pasé los meses siguientes en esta línea, siguiendo con mis estudios, pero con la mente puesta en lo que vendría después.

Llegó el momento de emprender el viaje, a mediados de agosto de 2011 y, pese a todo lo que había aprendido en los meses anteriores, no tenía ni idea de lo que podía encontrarme. Era la primera vez que iba a vivir solo, lejos de mi familia, pues siempre había vivido en Granada con mis padres. La sensación que tenía era una mezcla de miedo y entusiasmo por las posibilidades que se me abrían en la vida.

El comienzo del proyecto estaba programado para septiembre, pero viajé tres semanas antes de tiempo para hacer un curso de EILC de danés. Se trataba de un curso intensivo de dos semanas en el que aprendí mucho más de lo que esperaba, pues tenía un profesor estupendo. Pero tengo que admitir que el recuerdo más agradable que me queda del curso es la gente que conocí, algunos de los cuales siguen siendo mis mejores amigos, en Dinamarca y otros lugares de Europa.

En septiembre de 2011 comencé mi proyecto final de ingeniería de telecomunicación en la Universidad de Aalborg, junto a mi compañera Carmen. Se trataba de un proyecto de investigación de 10 meses, con la categoría de Long Master Thesis en Dinamarca. El proyecto se desarrolló en el departamento de Electronic Systems, en la sección denominada RATE (Radio Access Technology), y en estrecha colaboración con Nokia Siemens Networks.

El proyecto me resultó muy interesante porque consistía en intentar resolver un problema que se encontraba en investigación y para el que no se había encontrado una solución generalizable. Se trataba de todo un desafío, dada la complejidad del tema, pero eso hizo que nos implicáramos más, y el sueño de poder aportar una idea innovadora que sirviera para resolver un problema de gran relevancia nos mantuvo siempre motivados. En todo momento tuvimos el apoyo de nuestros supervisores, que supieron guiarnos dejándonos la libertad suficiente para que hiciéramos nuestras propias aportaciones al proyecto. Como resultado de nuestro trabajo, obtuvimos una serie de conclusiones importantes que abren la vía a futuros proyectos de investigación alrededor del mismo tema. Aunque no alcanzamos la solución definitiva del problema, una que fuera válida en cualquier escenario, pues quizá el objetivo propuesto era demasiado ambicioso, sí conseguimos resolver el caso concreto que decidimos analizar. Tanto nuestros supervisores como el censor externo nos felicitaron por nuestro trabajo y quedaron gratamente sorprendidos por algunos de los hallazgos que presentamos.

El proyecto fin de carrera supuso una buena parte de los diez meses que componen la estancia Erasmus y el motivo por el cual decidí hacer la misma, pero tan sólo es un aspecto mínimo de todo lo que me ha aportado esta experiencia y, por tanto, debo continuar el relato dejando a un lado los aspectos académicos.

Desde el primer momento en mi estancia tuve la suerte de conocer gente excepcional, muchos de los cuales han terminado quedándose como yo, ya sea para continuar sus estudios, por ofertas de trabajo, o simplemente para buscar nuevas oportunidades. Aalborg es una ciudad que acoge a un gran número de estudiantes extranjeros, tanto Erasmus como de otros programas, y gracias a esta estancia tengo amigos en distintas partes del mundo. También hubo algunas despedidas amargas, y muchos hasta luegos, pero todo forma parte de la experiencia.

No sólo me relacioné con estudiantes internacionales, sino que también tuve la oportunidad de entablar amistad con estudiantes daneses, pese a que, en general, en los países nórdicos, las amistades se cultivan durante años, en muchos casos desde la infancia, y puede que las personas que llegamos pasada esta edad estemos en cierta desventaja. Por suerte, siempre hay estudiantes daneses dispuestos a acercarse más a la comunidad internacional, y también la propia universidad ayuda a paliar esta situación

mezclando a estudiantes daneses y extranjeros en los grupos de trabajo, por lo que terminan formándose amistades. El sistema de "buddies", formado por estudiantes que ayudan a los alumnos entrantes a resolver cualquier problema o duda que tengan, contribuye mucho a la integración. También se organizan con frecuencia eventos, fiestas y excursiones para que la gente se reúna y descubra un poco el país.

El nivel de inglés en Dinamarca es muy alto, y por eso nunca tuve problemas de comunicación. Sin embargo, decidí desde el primer momento que intentaría aprender cuanto fuera posible de la lengua local, y por eso volví a apuntarme a clases de danés hace más de un año. He de admitir que el idioma es excepcionalmente difícil, y el progreso es inevitablemente lento, pero ya soy capaz de mantener una conversación en danés sin demasiados problemas. Puede parecer poco, pero es tal la dificultad del idioma que somos muy pocas las personas que llegamos a este punto, sobre todo si sabemos hablar inglés.

La ciudad de Aalborg llegó a convertirse durante estos meses en mi hogar, hasta tal punto que durante la vuelta a Granada en vacaciones llegué a sentirme como un turista en mi propia ciudad. Comentando este hecho con otros estudiantes, me he encontrado que parece ser una situación generalizada. Quizá se deba al carácter acogedor de la ciudad, cuyo centro pintoresco con la característica arquitectura danesa y su carácter tranquilo ofrece una vida relajada, pero con las ventajas de una ciudad mediana. Por otra parte, sin ánimo de menospreciar el lugar en el que crecí, he de comentar que el orden, la limpieza y el civismo de Aalborg distan mucho de aquello a lo que estaba acostumbrado. Por estas y otras razones, se trata de una ciudad que pronto se convierte en algo más que un lugar de paso.

A lo largo de mi estancia Erasmus, intenté en la medida de lo posible hacer pequeños viajes a distintas partes del país para tener una visión más completa del mismo que lo que podía ofrecerme Aalborg. Además de destinos obvios, como las ciudades de Copenhague y Aarhus, quizá la zona que exploré con con más detalle fuera el norte de Jutlandia. Y no sólo por la proximidad geográfica, sino también por el interés de sus paisajes. Se trata de una zona con poca población y a menudo olvidada -exceptuando Skagen, destino habitual en las vacaciones de verano para los daneses-, pero es a la vez una región fascinante con una amplia variedad de entornos. Tanto que en el transcurso de pocos kilómetros se puede pasar de extensas llanuras cargadas de vegetación a desiertos en miniatura, para finalmente llegar al mar. Al extremo norte se sitúa la ya mencionada Skagen, en cuya playa de Grenen se unen los mares Skagerrak y Kattegat.

Son muchas más las cosas que podría contar sobre el lugar y sobre lo que viví en estos diez meses, pero seguiría siendo incapaz de dar una visión completa de lo que supuso este período. Tantos nombres y tantos recuerdos no tienen cabida en el corto espacio de un relato. Para finalizar, me gustaría puntualizar que esta experiencia ha servido para abrirme los ojos a otros modos de vida y otras culturas, al haber establecido vínculos con la gente del país y de otros muchos lugares. Desde el punto de vista educativo también ha tenido un valor incalculable dado todo lo que aprendí durante el proyecto, y ha supuesto un punto importante para mi currículum. La independencia, el hecho de vivir en un sitio tan diferente y la distancia a todas las personas que conocía también me han cambiado profundamente y me han convertido en una persona mucho más madura.

Ahora continúo viviendo en Aalborg, realizando mis estudios de doctorado en Nokia Siemens Networks y recogiendo día a día los frutos de todo aquello que logré durante mi estancia como estudiante Erasmus, tanto en el ámbito personal como en el académico. Quizá sea esta la prueba más significativa de cuánto me ha cambiado la vida la decisión de probar una experiencia diferente en el extranjero. Echando la vista atrás, todo este tiempo me ha resultado demasiado corto, y parece que fuera ayer cuando me despedí de mi familia con mucha incertidumbre y puede que un poco de miedo pero, por encima de todo, cargado de ilusiones.

Vicente Brox Berruguilla

Institución de acogida: University of North Carolina at Greensboro (Estados Unidos)

Titulación: Ciencias de la Actividad Física y del Deporte

Año académico de la movilidad: 2011/2012 (10 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias Sociales y Jurídicas

Es difícil resumir en unas 1500 palabras las experiencias y sobre todo emociones vívidas a lo largo de aquellos 9 meses que pasé en Estados Unidos, de hecho puede que los 9 mejores meses de mi vida hasta ahora. Aún así, intentaré plasmar lo indescriptible por lo increíble de la experiencia en palabras, para que aquellos que lean pasen un rato divertido. Espero también que sirva a aquellos estudiantes que se muestran dubitativos ante la posibilidad de irse o no para, si no decidirse, al menos despejar algunas de sus dudas.

La realidad es que no fui consciente de que me iba hasta unos pocos días antes de tener que montarme en el avión. Es decir, tomé la decisión que irme un año a Estados Unidos por todo lo que me aportaba: perfeccionar el inglés, ampliar mi rango de conocimientos en mi campo (las ciencias del deporte) en un país que siempre ha gozado de la mejor fama, tanto en preparación física como en baloncesto, mis dos grandes pasiones. Asimismo, podría ver las principales diferencias en materia de educación en uno y otro continente, algo que siempre había querido comprobar de primera mano.

Quizás para algunas personas esto no suponga un gran reto, pero para otras como yo, muy apegadas a su casa, sus familiares, amigos y vida en su hogar suponía un gran esfuerzo. Pero esto es de lo que se habla mucho hoy en día, en salir de tu zona de confort para descubrir las mejores cosas de la vida. Pues así fue, despegué y llegué a la ciudad de Greensboro, en Carolina del Norte. Allí estudié en UNCG (University of North Carolina at Greensboro). Lo primero que hice fue conocer a gente de mi residencia y salir a pasear por el campus de la universidad, el cual sin duda me sorprendió por su amplitud y gran cantidad de espacios verdes.

Es importante que haga especial hincapié en la residencia en la que viví, la Phillip-Hawkins residence Hall. Sin duda, vivir rodeado de gente las 24 horas del día hace los primeros difíciles días mucho más llevaderos. También, el vivir con personas de otros países y continentes contribuye a conocer diferentes culturas desde una perspectiva única: personas de los 5 continentes en una misma residencia durante 9 meses. Sin duda un evento único e irrepetible en la vida.

No voy a mentir, los primeros días son duros, ya que la mayor parte del tiempo son de adaptación y de empezar a conocer gente. En mi experiencia, se tardan unos dos meses en conocer a todos los estudiantes de otros países (éramos más de 100) y en empezar a descubrir con cuáles de ellos te gusta pasar la mayor parte de tu tiempo. Es por eso que las personas que sólo estuvieron un semestre lo pasaron fatal al tener que despedirse tan pronto. Aún así tuve mucha suerte, ya que muchos de los amigos que conocí los primeros días se quedaron hasta el final.

Lo mejor de ir a UNCG como estudiante de intercambio es la semana de orientación que la universidad prepara para todos nosotros. Todos los días nos reunían por unas horas para darnos información sobre el país, el estado y la universidad en general. Proponían actividades de integración que favorecían el contacto entre nosotros. Todo esto, unido a la gran atención por parte de los coordinadores fue clave en nuestro proceso de adaptación.

Gracias a esta semana de orientación estaba al tanto de casi todo cuando las clases empezaron. Dónde tenía que ir, a qué hora y lo más importante, saber dónde estaban los edificios en los que se impartían las clases.

La verdad es que las primeras semanas fueron un poco agobiantes, llevando a cabo todos los trabajos de clase a la vez que se iba cogiendo confianza con muchos de los compañeros de asignaturas y de residencia. Aún así poco a poco las buenas noticias fueron llegando: se iban forjando amistades de verdad y los resultados académicos iban respondiendo. Quizás os preguntaréis cómo al cabo de unas pocas semanas ya tenía los primeros resultados académicos. Pues bien, allí tienen estructurado el programa de forma que estás trabajando todo el año. Cuando llega el final del semestre no tienes una carga adicional, sino la misma o incluso menos que al principio, lo cual tiene bastante lógica, ya que es el momento del año al que más cansado llegas. ¡Es por eso que pasé bastante tiempo en este sitio!

Poco a poco me fui adaptando más y mejor, e incluso la coordinadora de relaciones internacionales me pidió que fuera a dar una charla (juntos con un par de compañeros más) a los alumnos de UNCG que se disponían a estudiar en otros países de Europa y otros continentes el próximo semestre.

Conforme avanzó el tiempo, descubrí que la universidad tenía un equipo de baloncesto jugando en la primera división de la liga universitaria de baloncesto (la NCAA), a través de la cual los mejores jugadores pasan a jugar en la liga universitaria profesional estadounidense (la NBA). Así que me acerqué al sitio de entrenamiento y expliqué a los entrenadores que era entrenador en España, que estudiaba baloncesto y que sólo quería observar y ayudar en lo que fuera necesario. Me dieron una toalla y me dijeron que la diera a los jugadores cuando la necesitaran, y que secara el suelo cuando se cayeran. ¡Y así hice! Poder ver como entrenan jugadores de este calibre era un privilegio. Lo que más me interesaba era ver las técnicas de entrenamiento que llevaban a cabo los americanos.

Por otro la vida en la residencia seguía mejorando. Cada vez nos conocíamos más gente y mejor. Las comidas y las cenas iban siendo cada día más numerosas, nunca nadie iba al comedor solo, y poco a poco fuimos forjando la familia internacional que hoy en día somos. La verdad que el ambiente era ideal. El salir de clase y volver a la residencia teniendo a todos tus amigos viviendo puerta con puerta era una sensación sin igual. Asimismo, las clases seguían yendo bien.

Llegó octubre y con él el primer puente. Había muchos planes y viajes sobre la mesa, así que al final decidí pasar un fin de semana con uno de los mejores amigos que hice allí, el estadounidense Jake Harbert. Pasé algunos días en su casa con su familia, inmerso en la cultura americana, adoptando sus costumbres (algunas no muy sanas) y visitando paisajes auténticamente maravillosos.

Seguí colaborando con la oficina de relaciones internacionales de la universidad, y como consecuencia me eligieron, junto con otros 3 compañeros, para aparecer en un folleto que animaba a los alumnos de otros países a estudiar en Greensboro. Asimismo, todos los viernes, en la residencia, los representantes de los países que querían llevaban a cabo la presentación a los demás de su país. Era una oportunidad de dar a conocer nuestro país a todo el mundo, así las otras dos compañeras españolas y yo nos pusimos manos a la obra.

Llegó diciembre, y con él el fin de las clases y de los últimos exámenes. ¡Ah! Pero no se me puede olvidar contaros, aunque sea de pasada, que estuve en Nueva York en noviembre, en el día de acción de gracias, ¡y que estuve en la cabalgata más famosa del mundo!

Las notas fueron muy buenas, todo el trabajo llevado a cabo durante el cuatrimestre dio sus frutos. Además, creo honestamente que el sistema educativo estadounidense, en el que la carga de trabajo es equitativamente repartida durante todo el semestre ayudó bastante. Por otro lado diciembre fue un poco triste, porque tocaba despedirse de las personas que no volverían en el segundo cuatrimestre. Con mo-

tivo del fin de semestre, relaciones internacionales organizó un "Semi-formal", algo así como un baile de fin de semestre, en el que se elegiría al rey y la reina de los internacionales. La gente votó y… ¡me eligieron como rey del baile! Seguro que no fue por mi habilidad para bailar… ¡eso os lo puedo asegurar! Fue un gran día.

El periodo comprendido entre enero y mayo (el segundo semestre) fue sinceramente, el mejor de mi vida. En esos 4 meses pasé un tiempo fabuloso con gente que, aunque sólo conocía de hacía 4 meses,se habían convertido en una parte muy importante de mi vida. No es lo mismo conocer a alguien por 5 años y verlo 4 veces a la semana (que ya es mucho), que estar con alguien 12 horas al día durante esos mencionados 4 meses (al final de ambos semestres 9 meses). Ese fue el caso de muchos de los amigos que tenía, y por eso considero este tiempo como una época dorada de mi vida. "People make the place", que es lo que dicen allí.

El curso fue igualmente muy bien. Tuve la suerte de que las asignaturas que escogí me enseñaron muchísimo, y además, mi papel con el equipo de baloncesto de la NCAA en el que empecé ayudando en septiembre mejoró. Uno de los entrenadores se dio cuenta de que podía ayudar de forma más valiosa en temas del propio juego del baloncesto. Así que empecé a estudiar a los equipos rivales, recogiendo sus sistemas de juego y plasmándolos en vídeos y gráficos que ayudaran al cuerpo técnico del equipo. Ellos me proporcionaban el material, es decir, un ordenador MAC, la licencia del programa de *scouting*, y yo realizaba el trabajo en las oficinas del equipo, y a veces me llevaba el trabajo a casa. Además seguía yendo a los entrenamientos, porque eso era algo que yo no quería perderme bajo ningún concepto, y también iba a los partidos de casa a pie de pista con el equipo.

Durante el semestre seguí estudiando y viajando con mis amigos. Miami fue el lugar que elegimos para celebrar la semana de vacaciones que nos daban por el el *Spring Break*. Al terminar el semestre tuve la gran noticia de que, gracias a mis notas, había sido incluido en Dean´s list de la universidad, a la que sólo acceden aquellos alumnos con 3.5 sobre 4 o más en su estancia.

Lo cierto es que la peor parte fue decir hasta luego a toda mi "International Family", que es como hoy, casi dos años después seguimos llamándonos. Gracias a ellos he visitado Milán, Verona, Varesse, Londres, Manchester… Porque seguimos hablando todas las semanas, ya sea por escrito o por skype. Sí, académicamente mi año fue un éxito, no sólo por las notas, sino por los conocimientos que adquirí, que me sirven hoy día, pero sinceramente no hay nada como las relaciones personales. Esos lazos de amistad que creamos a lo largo de nuestra vida, y que de algún modo sabemos que, aunque no los veamos todos los días, siempre seguirán ahí. Es lo más preciado que me llevo de esta experiencia.

El llegar a Granada fue muy reconfortante. No hay nada como estar de nuevo con mi familia y con mis amigos de toda la vida. Pero ese paso de salir fuera de la pompa era un acto necesario. Gracias a mi experiencia con el equipo de baloncesto fui ponente de las primeras jornadas de empleo y deporte, contando mi historia. También me sirvió para perfeccionar mi nivel de inglés. De tener B2 a tener el C1 certificado, rozando el nivel C2 como mi examen del mismo demuestra. No sabéis lo muchísimo que me alegro de haberme ido.

En definitiva, podría seguir hablando de mis méritos académicos, los cuales me han abierto y siguen abriendo muchísimas puertas hoy día. Sin embargo, me gustaría resaltar el crecimiento personal que experimenté en este año. Puede que suene a tópico, pero la verdad es que este "viaje" (en ambos sentidos) moldeó muchísimo la persona que soy hoy. Es por eso, que sólo por eso, esto mereció la pena. Animo a todos aquellos que dudáis de iros, podéis convertir vuestros sueños en realidad. ¡Yo cumplí el mío!

Sara de Sande Palma

Institución de acogida: Université de Paris II Pantheon Assas (Francia)

Titulación: Administracióny Dirección de Empresas y Derecho

Año académico de la movilidad: 2011/2012 (9 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias Sociales y Jurídicas

Mi experiencia comienza a las 12:25 horas de un 24 de septiembre de 2011, en el aeropuerto de Charles de Gaulle de París. Allí estaba yo, vestida de pleno invierno, rodeada de maletas y ansiosa por conocer mundo. Sabía que no sería fácil, todo un reto a nivel académico y personal, pero estaba convencida, dispuesta a mostrar lo mejor de mí, a superar mis miedos y a alcanzar todos mis objetivos. Mi hermano mayor, todo un experto en estancias en el extranjero, ya me lo había dicho: "no va a ser fácil, el principio será duro, muy duro y no será hasta después de los primeros meses cuando realmente empieces a disfrutar, pero no te preocupes, merece la pena". Una advertencia que días después comenzaría a materializarse.

Sólo tuve que llegar a mi apartamento, en cuya búsqueda (vía internet) había invertido tanto tiempo, para darme cuenta de que incluso el acontecimiento más planificado, puede dar un giro inesperado. Era un apartamento de 18 metros cuadrados muy bien aprovechado: dormitorio, cocina y cuarto de baño; pero era un apartamento sin electricidad, sin agua caliente, sin placa de cocinar y sin conexión a internet. No podía haber tenido una mejor bienvenida. En un país en el que hasta la gestión más trivial conlleva un denso trámite burocrático y que se caracteriza por la insensibilidad generalizada, superar este "pequeño" contratiempo fue la mejor forma de poner a prueba mi paciencia y determinación. Sin embargo, no desistí. Después de tres semanas pronunciando el mismo discurso a quien al lado del otro teléfono me contestaba, conseguí disfrutar de un apartamento en condiciones.

Fue una toma de contacto difícil pero en la que por suerte, no estuve sola. En la primera reunión Erasmus conocí a Laure, una suiza francófona, que se convirtió en todo un apoyo para mí. Ella era la persona con la que me desahogaba, la que me escuchaba día tras día y la que me ayudaba cuando de solucionar los problemas domésticos se trataba. Con ella empecé a dar mis primeros pasos en francés. Ella hacía de diccionario y de profesora particular. Una persona brillante, sensible y simpática que se convertiría, sin duda alguna, en la persona más importante durante los siguientes cinco meses de mi estancia.

En las sucesivas reuniones Erasmus, también conocí a Paul, Berta, Maja, Martina, Marine, Ivo, Izabela, Michal, Petra, Maria, Isabelle, Michèle y Paolo. Catorce amigos de nueve países distintos: España, Suiza, Bulgaria, Polonia, República Checa, Hungría, Italia, Alemania y Reino Unido. Ellos fueron mis compañeros de comidas, de cenas, de viajes, de cine y de salidas nocturnas. De ellos me enriquecí cultural y personalmente, pues pude constatar diversas formas de concebir la vida, de pensar y de relacionarse; diferentes valores, diferentes creencias y diferentes perspectivas.

En Suiza, prima la tolerancia, aman los referéndums y adoran el vino. En Alemania te multan si cruzas el paso de peatones con el semáforo el rojo, no existe el brasero y no tienen manuales para estudiar derecho. En Italia, cuando te presentan a alguien se da la mano. En los países del este las mujeres todavía son consideradas inferiores a los hombres en el plano profesional y en Reino Unido no existe un Derecho Codificado sino que se rigen por la jurisprudencia. Son cientos de pequeños detalles que te ayudan a conocer no una ciudad, sino una cultura, detalles que uno no puede conocer como turista y que no hubiese aprendido si no hubiese sido por mi

año en París. Fue gracias a ellos y a las infinitas cenas en casa de Marine, en las que no faltaron los crêpes, las raclettes, las ensaladas, el queso de cabra, el vino y la guitarra de Ivo.

Poder disfrutar de este intercambio de culturas fue increíble pero no era suficiente. Estaba en Francia y quería conocer de primera mano su sociedad y su lengua. Para ello me serví de la facultad, el mejor lugar para conocer a jóvenes franceses. Allí conocí a Julia, Pauline, Peter, Ophélie, Anne y Mathilde, compañeros de clase que aunque mucho más tarde, acabarían convirtiéndose en amigos. Esta relación que no comenzó ni mucho menos en un ambiente distendido, sino en clase y con una pregunta algo inusual: "¿Te importa que me siente a tu lado y copie los apuntes que tomas a ordenador?. No soy francesa y me cuesta mucho tomar apuntes por mí misma, así que me harías un gran favor si me dejases copiar lo que tu anotas". Sé, por sus caras, que de primeras se sintieron un poco incómodos, pero no me arrepiento, y creo que ellos tampoco. Dentro de la facultad, éramos inseparables. No importaba de qué se tratase, ya fuese una duda jurídica, lingüística o académica, ellos siempre estaban ahí para ayudarme.

Así, llegó enero y la época de exámenes. Durante un mes y medio me encerré en la biblioteca de Saint-Geneviève, donde conocí a Sophie, una chica franco-alemana pequeña, sonriente y simpática que transmitía alegría y positividad por donde pasaba.

Derecho del Trabajo, ese fue mi primer examen, un examen oral. Despertador a las cinco de la mañana, desayuno, ducha y una hora de trayecto en metro hasta el centro "Vaguirard". Temblaba de los nervios. Había demostrado mi capacidad de adaptación a nivel personal, pero aún tenía que demostrar que me había adaptado a nivel académico. "Sal, y dile al resto de tus compañeros que aun no siendo francesa, has hecho el mejor examen". Esta frase del examinador indicaba que la prueba había sido superada. Ahora sabía que podía y prueba de ello fueron los tres siguientes exámenes, para los que me preparé con el mismo nivel de exigencia, pero eso sí, mucho más segura de mis posibilidades.

Había superado con éxito mis primeros cinco meses en París y no podía estar más contenta. Sin embargo, con el fin de los exámenes, también llegó el momento de despedirse de todos aquellos amigos cuya estancia finalizaba. Ahora que el período de adaptación había terminado y que, en teoría, empezaría a disfrutar al cien por cien de mi estancia en París, tenía que decir adiós a quienes más quería, a mis amigas Laure y Martina. Sin embargo, su marcha me dio la oportunidad de conocer mucho mejor a Sophie, con quien construiría la más sincera y tierna amistad.

El segundo cuatrimestre se esfumó en un abrir y cerrar de ojos. Mi francés había mejorado mucho gracias a mis amigos y a las muchas horas que pasaba en la Facultad. Mi madurez, seguridad e independencia habían aumentado exponencialmente y conocía París muchísimo mejor. Ahora sí, disfrutaba de París como nadie.

Para principios del mes de marzo, ya había visitado monumentos y lugares tan emblemáticos como la Torre Eiffel, Disneyland París, la Torre Montparnasse, el Palacio de Versalles, la Catedral de Notre Dame, el Panteón, la Basílica del Sagrado Corazón o la Ópera Garnier. Ya no era ni una turista, ni una estudiante recién llegada a la ciudad, me había convertido en una parisina más. Adoraba hacer picnics al borde del río Sena, sentarme en el Parque de Luxemburgo y disfrutar de cualquier rayo de sol, comer en las terrazas del barrio de le Marais, de Canal Saint Martin, de Saint Germain de Près o de la Place Dauphine, ver comedias francesas como "Mince, alors" o "Le prénom", leer un libro tumbada sobre la hierba de los Campos de Marte e impregnarme de la historia y la cultura que acogen museos como el Louvre, el Museo d'Orsay o las exposiciones temporales del Centro Georges Pompidou.

A través de Michèle e Isabelle, también conocí a Hervé y Thomás, con quienes compartí varios kir, partidos de fútbol y salidas nocturnas. Ellos, auténticos franceses que defienden a capa y espada que París es "el centro del universo", me enseñaron un poco más de la cultura francesa. Con la primavera, mi relación con Julia y Pauline creció más allá de las paredes de la facultad, consiguiendo por fin, recibir un mensaje del tipo: "Hemos quedado para ir al cine, ¿te apuntas?". El tiempo que requirió hacer este tipo de cosas con ellas, apoyó mi teoría de que los franceses necesitan más tiempo que nosotros para darte su confianza. Aunque eso sí, una vez que lo has conseguido, no dudan en hacer planes contigo todas las semanas.

En estos meses, además, tuvieron lugar algunos acontecimientos importantes que por su singularidad, siempre recordaré. Anne, una de mis compañeras de clase, se casaba y, sin esperarlo, había reservado dos invitaciones para mí; no para ningún acompañante, sino ambas para mí. Así fue como me enteré de que los franceses que quieren casarse por la Iglesia han de hacerlo primero por lo civil, aunque a esta ceremonia sólo acude el círculo de amigos y familiares más cercano. La boda tuvo lugar en un palacete de Versalles, sin embargo, el banquete no fue en ningún restaurante, ni corrió a cargo de ninguna empresa de catering, fue en la casa de la familia, y lo preparó la misma Anne junto con su madre, su abuela y su tía. Nunca había estado en una boda así.

Más tarde, el seis de mayo de dos mil doce, François Hollande se alzaba como Presidente de la República Francesa con un cincuenta y uno coma ocho por ciento de los votos en la segunda ronda, y allí estaba yo, dispuesta a vivir de cerca un cambio de Gobierno esperado por muchos. Recuerdo que los días anteriores a la segunda ronda de votaciones, mis amigos franceses no paraban de hablar lo que implicaría la elección como Presidente del gobierno de François Hollande, de los errores cometidos por Nicolas Sarkozy y del porcentaje histórico que había alcanzado la candidata del Frente Nacional Marine Le Pen, el partido de extrema derecha. Fueron días intensos que finalizaron con un colapso y cierre sucesivo de las principales líneas de metro que llegaban a la Plaza de la Bastilla y a la sede del partido socialista. Ese día viví como una más, la alegría de unos y la decepción de otros.

Y así llegó el segundo y último período de exámenes en París pero esta vez, con una gran diferencia respecto al primero: sabía a lo que me enfrentaba y mi francés había pasado de un nivel básico a un nivel más que avanzado. Esta vez estudiaba con Sophie en la biblioteca Heinrich Heine de la Casa de Alemania de la Ciudad Universitaria; una sala rodeada de cristaleras de suelo a techo, a través de las cuales disfrutábamos del sol primaveral. Allí, Sophie me presentó a un grupo minoritario en nuestro Universidad que realizaba un doble diploma en Derecho franco-alemán y con los que compartí comidas y cenas a base de sándwiches y patata fritas del CROUS (el comedor universitario). Fueron días de estudio intenso, días entre los que no olvidaré la noche anterior al examen de Derecho Financiero, en la que, para mi sorpresa y orgullo, expliqué a Sophie todo un cuatrimestre de esta materia en francés.

Después de todo esto y cuatro exámenes, mi año en París, sin casi darme cuenta, había llegado a su fin y si bien es cierto que la bienvenida no fue muy acogedora, la despedida fue de lo más grata. Un adiós que implicaba el reconocimiento al esfuerzo de todo un año y que recibí de la mano de mi profesor de Derecho Mercantil, quien se despidió de mí diciendo: "Mademoiselle Sara, es una pena que la Universidad Paris II tenga que despedirse de alumnos como usted".

Esa frase y un último picnic al pie del símbolo por excelencia de París, la Torre Eiffel, ponían el broche de oro a esta particular, única e inolvidable experiencia

Paula Escribano Castaño

Institución de acogida: Eötvös Loránd University (Hungría)

Titulación: Antropología Social y Cultural

Año académico de la movilidad: 2011/2012 (9 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias Sociales y Jurídicas

Mi nombre es Paula Escribano, nacida en Madrid, estudiante en Granada durante seis años y antropóloga de carrera. Ahora tengo 29 años, pero cuando inicié mi estancia en Budapest tenía 27. Actualmente resido en Barcelona, en un pequeño pueblo al norte de la ciudad. En la actualidad estoy escribiendo mi tesina, que leeré y defenderé este septiembre en la Universidad Autónoma de Barcelona. Seguidamente, iré a mi primer congreso de jóvenes investigadores en Valencia, a presentar mi trabajo acerca de la formación de nuevas comunidades. Probablemente, si no hubiese realizado una estancia con el programa de movilidad erasmus, ahora mismo no estaría aquí, peleando para sacar adelante mi primera investigación.

Budapest, capital de Hungría fue mi tercera opción cuando solicité la beca de movilidad. Primero fue Berlín, luego Cracovia y por último Budapest. Me ofrecieron Cracovia, pero a última hora decidí que Hungría tenía mucho por ofrecerme. Mi viaje comenzó de una manera peculiar. No llegué en avión, como la mayoría de los estudiantes que luego tuve la oportunidad de conocer, si no por tierra, en mi vehículo, aprovechando la oportunidad de conocer los Alpes desde Francia hasta Eslovenia. Así entré en Hungría por el Oeste, con la oportunidad de ver parte de los rasgos característicos de este País antes de llegar a la capital: Las minorías húngaras que se quedaron del otro lado de la frontera tras la primera guerra mundial, el lago Balaton, las llanuras húngaras, los campos de vides que posteriormente se convierten en los exquisitos vinos blancos...

Hungría es un país que cuenta con diez millones de habitantes, de los cuales 1,7 están concentrados en su capital: Budapest. La centralización del país en esta ciudad es enorme, abarcando casi toda la producción y crecimiento económico en su centro y alrededor, lo ocasiona una gran desigualdad en el crecimiento y desarrollo en el país. Cuando llegué a Budapest, a principios de septiembre todavía no se encontraba activo el servicio de mentores de la universidad, una oportunidad que brindaba la universidad de ELTE (Eötvös Loránd Tudományegyetem), entre otras, a la que yo no dude en inscribirme. Los mentores y mentoras, son alumnos de la propia universidad, que por voluntad propia te hacen la llegada más fácil. Te acompañan a cualquier tipo de administración, médico, banco, oficina de correos, transporte público, entidad telefónica para que pongas en regla todos tus papeles lo antes posible y puedas moverte con facilidad por la ciudad y país. Así mismo hacen de soporte emocional y primer contacto con gente nativa del lugar.

Como mi llegada fue temprana, la mayoría de estos trámites los tuve que descubrir por mi misma. Residí las dos primeras semanas en un camping a las afueras de la ciudad, tratando de encontrar un piso a compartir con Húngaros. Por mi experiencia, recomiendo encarecidamente hacer este esfuerzo, y vivir desde el principio con gente del país: Aprendes antes la lengua, te sumerges en la cultura con facilidad, aprendes la gastronomía, música, hábitos...y si tu relación es buena con los/las compañeros/as serán los mejores guías turísticos que podrás conocer. Por desgracia la norma no fue esta. Tratando de no coincidir con grandes grupos de españoles, observé que casi todos los estudiantes de intercambio se movían en grupos con personas de su mismo país. Es una opción válida, pero la mitad de las posibilidades del

aprendizaje de esta experiencia reside en el intercambio cultural entre los miembros. Si no puedes vivir con nativos, al menos no vivas con españoles/as...

Sin embargo, uno de mis contactos más cercanos si fue una chica española. Nos conocimos en la universidad y de vez en cuando quedábamos para compartir experiencias y ayudarnos. No es lo mismo convivir entre españoles que tener un amigo/a que hable el mismo idioma con el que poderte apoyar... también muy recomendado.

Mi estancia era de nueve meses, y desde el principio me planifiqué para cursarla en dos cuatrimestres bien diferenciados. Fue mi último año de carrera, y quise sacarle el máximo partido a los estudios. Como he comentado soy antropóloga de licenciatura, y nuestro objeto de estudio son las personas y su cultura, por lo que el interés de mi estancia residía, entre otras cosas en bucear en las raíces de la cultura Húngara. El primer cuatrimestre lo completé mitad con las asignaturas que necesitaba para terminar la carrera, mitad con asignaturas sobre historia, geografía, e idioma del país. Y el segundo lo dejé libre para realizar mis prácticas: el trabajo de campo.

Una vez realizada la mudanza a un piso a compartir con dos jóvenes húngaros (Marcell y Robi, con quienes residí hasta el final y a quien debo la mitad de mis alegrías) comencé a organizarme. Ubiqué en la ciudad mi universidad, el resto de universidades que podían ser de mi interés y bibliotecas y centros de estudio que pudiesen interesarme. Como fuentes utilicé internet, los blogs sobre viajeros españoles en el país una guía de la ciudad, otra sobre Hungría, a mi mentora, la embajada, el instituto Cervantes, e información de personas que habían residido antes en la misma ciudad. Yo personalmente, me reuní antes de desplazarme con dos estudiantes que se habían residido en la ciudad, y tomé algunas clases del idioma con una chica de Budapest, a quien también extraje gran cantidad de información. Con todo ello me elaboré una libreta, donde iba apuntando consejos, recomendaciones de visita,bares, autores, cineastas...todo lo que pudiese luego servirme para la estancia. Aunque claro está esta libreta hay que completarla en el lugar...todo consejo sirve, pero hasta que no te ves caminando por las calles no sabes realmente cómo serán las cosas. Budapest, como la mayoría de capitales está acostumbrada al inglés y a la mímica, por lo que hasta que te hagas con las palabras básicas del idioma todo vale menos la vergüenza...

Ya situada en el piso con los húngaros,me encontraba a principios de octubre empezando la universidad, con los papeles en regla y comenzando a hacer amigos... En mi opinión, lo más importante es ser consciente de dónde estás, que posibilidades tienes, que limitaciones, y elegir lo que más te conviene, sin dejarte llevar por el camino más sencillo. De nuevo, tristemente vi que el ocio principal de los estudiantes con becas de movilidad es el nocturno en los bares, y peor aún que desde la propias universidades se fomentaba. Es una pena perderse todo lo demás por los bares...Quizá a mi me pillo algo más "viejuna", pero este es otro consejo: si puedes realizar la movilidad en los últimos años de carrera le sacarás un mayor partido, tanto intelectual como social....

Mi ocio durante el primer periodo fue variado. Me uní a una *jam session* semanal, donde conocí a gente de todas las edades y procedencias, a unas clases de yoga donde aprendí a nombrar todas las partes del cuerpo en húngaro e inglés, me saqué un bono de piscina para no dejar de hacer deporte y por supuesto traté de hacerme con un grupo de amigos/as con el que compartir momentos de todo tipo.

Con las necesidades básicas cubiertas me lancé a por mi objetivo académico. En principio, el abanico de asignaturas que se ofrecía desde la universidad era general. No existían asignaturas particulares de mi especialidad, y la mayoría eran una introducción a las ciencias sociales. Por norma, en las universidades abren un periodo para modificar la matrícula, en el que puedes variar las asignaturas elegidas desde el país de origen. Hablé con la coordinadora y ella me enseñó listados de otras posibilidades, y elaboré mi lista de asignaturas conforme a mis intereses. Este es

otro consejo: no te conformes con lo primero que te llegue, indaga, pregunta, insiste y al final llegarás a encontrar lo que realmente te interesa. Una vez elaborada la lista de asignaturas, me desplacé hasta el departamento de antropología de la universidad. En principio sólo ofrecían una asignatura en inglés de introducción a la materia, las demás eran en húngaro. Llame al departamento y me presenté. Tuve suerte, ya que el departamento estaba formado por personas abiertas, interesadas en el diálogo y con tiempo para ello. Con esto quiero resaltar lo excepcional quizá de esta acogida, pero también la realidad de que si no llamas a la puerta, nunca la encontrarás abierta.

En el departamento comenté mi intención, dedicar mi segunda parte de la estancia a las prácticas. A parte de poder compartir actividades y excursiones con los alumnos húngaros del grado de antropología, acceder a una segunda biblioteca del departamento e intercambiar ideas sobre la disciplina en diversos lugares, conocí a un estudiante de doctorado, cuyo trabajo de campo había sido durante dos años en Palestina, y que se ofreció para apoyarme durante mis prácticas. Así encontré un tutor informal, con el que fluí teniendo reuniones esporádicas, a la vez que me enseñaba las cafeterías más pintorescas de la ciudad, el cual en gran parte, me ayudo a orientar la investigación.

Con todo esto llegó enero, terminé las asignaturas teóricas y organicé un viaje de diez días por el país para visitar aldeas y elegir el lugar en el que haría mi trabajo de campo. Pretendía realizar una indagación previa, lo que en antropología llamamos "etnografía prospectiva" , en una comunidad organizada en base a hábitos alimenticios ecológicos sobre los procesos de produ

ción, distribución, venta y consumo de estos alimentos. El viaje consistió en la visita de tres granjas inscritas en la red WWOOF: *world wide opportunities on organic farms*, y cuatro eco-aldeas dispersas en el territorio. Tras el viaje, volví a la universidad, valoramos los resultados y decidimos que pasaría desde marzo hasta principios de julio en Gyűrűfű, una pequeña eco-aldea de 35 habitantes con 25 años de historia.

Esta decisión cambió de manera drástica el ritmo del viaje. No dejé el piso en Budapest, ya que aunque los periodos de estancia en la aldea fueron largos, me escapaba algún fin de semana para encontrar amigos, realizar cursos (participé en un seminario sobre entrevistas biográficas, que se realizó durante tres fin de semanas en la ciudad, el cual complementaba de buena manera mi trabajo en el campo) o tramitar gestiones de la universidad. El resto del tiempo lo pasaba en la aldea luchando por aprender el idioma y desarrollando por primera vez todas mis habilidades como etnógrafa, a la vez que aprendía sobre la vida en la Hungría más rural. Sobre finales de junio la mayoría de mis compañeros/as regresaron para España. Yo volví a principios de julio, dejando algunas semanas para despedirme de la ciudad de Budapest entre el término de la estancia en la aldea y el viaje de vuelta.

Un último elemento a destacar, es dejar las puertas abiertas a futuras colaboraciones con la universidad de destino. Debido al bajo presupuesto que está ofreciendo nuestro país en becas de investigación, no está de más guardar contacto con la universidad y el departamento de vuestra especialidad con el que curséis las asignaturas. En mi caso, en marzo realicé una visita a Budapest, en las que hablamos de un posible acuerdo de colaboración futura. ELTE, podría actuar como universidad de destino en alguna de las estancias que la realización de un doctorado sugiere.

Como cierre de la memoria, me gustaría resaltar la importancia de la movilidad en el marco de la experiencia académica. Cada universidad (tendencia acentuada en las ciencias sociales) crea una escuela o una corriente de conocimiento distinta. Es importante darse cuenta que la misma disciplina puede tener varias formas de enfoque, y conocer más de una nos dará un bagaje que nos ayudará, en un futuro, a abrir nuestra mente a un mayor número de posibilidades. Es por ello, que realizar los estudios universitarios tomando como referente distintos países, y conocer a personas que estudian lo mismo desde otros lugares, no hará más que aumentar tu conocimiento.

Dzohara Mancebo Bellido

Institución de acogida: Université de Montréal (Canadá)

Titulación: Traducción e Interpretación

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (5 meses)

Premio a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) Área de Artes y Humanidades

Tutéeme, se lo digo en serio

Los principios son duros, y cuanto más escasos, más difíciles de soportar. Los finales son duros, y cuanto más escasos, mejor.

No era la primera vez que afrontaba un principio en un país extranjero. Ya había vivido en Marsella gracias a la beca Erasmus. Le cogí el gusto a viajar por aquel entonces. Me movía por inercia, tal vez la que me contagiaban los demás. Pero esta vez las predicciones apuntaban a un viaje en solitario. Así es la vida: un día te das cuenta de que estás a punto de abandonar las aulas y te asalta el ahora qué. Yo no suelo pensar mucho las cosas, por lo que mis excursiones siempre acaban convirtiéndose en una carrera de obstáculos. Intento paliar este defecto y creo que voy mejorando poco a poco.

Me ahorraré los detalles sobre la cantidad de papeleo que hay que gestionar para poder estudiar en Canadá. Una vez terminada la primera tanda de plazos, me concentré en los exámenes que tenía en junio y, pasado el mal trago, me aislé en Mallorca, mi casa. Resistí al calor húmedo durante dos meses y medio, pasando el tiempo entre horas extra en restaurantes de marisco fresco y horas de sol en la playa. Y a finales de verano, llené mi maleta con bufandas de lana, calcetines de lana, botas de montaña, tabaco, hueso blanco, mi colección de pendientes, poleo menta, kohl en polvo y algunas cosas más. Ya en Madrid, resultó que la reserva de mi billete comprado por internet no se había efectuado. Me quedé de pie en mitad del aeropuerto de Barajas, con la maleta a mis pies, completamente abandonada. Y pensé "sin visado, sin billete, sin plan. Esto es una señal, tal vez debería volver a pasar por Despeñaperros, pero en sentido contrario." Eran las cinco de la mañana, pero ya ha bía movimiento en la zona de los dormilones. Me desperecé un poco. Yo había llegado allí a medianoche, después de haber pasado algún tiempo en un autobús. Al final me compré un billete de último minuto en la primera sucursal que abrió.

Tras muchas horas de horizonte azul cielo y marino, sueño acumulado, pesadillas de aviones sin alas y comida precalentada, me descubrí en un sendero cuadriculado, calibrado y geométricamente lógico. Luego empezó el frío (y todo lo que cuente en este aspecto es poco). Las clases empezaron casi a la par que las bajas temperaturas. Me perdí por los pasillos subterráneos de una universidad de masas construida sobre el hielo, donde las letras de mi nombre pasaron a un estado más numérico y el nombre de los profesores se redujo al apellido. Desaprendí a tutear y se me olvidó la picardía.

"—Tutéeme, se lo digo en serio —me dijo Monsieur Álvarez."

Me pareció un interlocutor tan contradictorio, que decidí callar por largo rato. Pero el silencio es un chivato infiel. Yo no tenía muy clara la noción de 'tutear de usted', así que seguí muda para encajar el siguiente comentario. A veces le sostenía la mirada, cuando me parecía necesario. Mi distinguido orador me precisó su nacionalidad (mexicana); me resumió su recorrido académico; me explicó lo que esperaba de mí. Me contó muchas cosas: algunas eran de otros tiempos, otras todavía no habían llegado. Estaba encantadísimo de tener una alumna española. Acto seguido, yo me presenté y di las explicaciones oportunas (estudios, aficiones, metas académicas y personales). Tras casi cuarenta minutos de charla se despidió de mí, siempre tan suyo: "Cuando necesite algo, no deje de avisarme". Entretanto, yo lo veía todas las semanas.

Un día fui a verlo para que me ayudara a conseguir un trabajo en el campus. Montreal es una ciudad cara y la beca que recibí no cubría todos los gastos. Por otro lado, mi visado de estudiante no me permitía trabajar fuera del campus, lo cual reducía muchísimo mis oportunidades. M. Álvarez me contrató como su asistente personal y comencé a corregir ejercicios de traducción con el baremo que me habían inculcado en la Universidad de Granada. Corregía con pesar porque no me sentía preparada para juzgar a los demás, y mucho menos con un bolígrafo de tinta roja. Por suerte para mí, el baremo de corrección que se estila allí es totalmente subjetivo y los errores ni siquiera están tipificados. También transcribí alguna que otra tesis (o mejor dicho, su defensa) y cuatro cosillas más. Aprendí mucho con él, sobre todo cuando me convertí en su secretaria, callada como el mármol, escuchando siempre a los alumnos en último año o a los profesores reunidos. Al parecer, después de que mi profesor dejara que el silencio me oprimiera bajo su yugo, me vi con fuerzas para hablar. Y nunca más callé.

Por otro lado, mis compañeros de piso también se merecen un huequito en esta historia. Uno era canadiense (y sigue siéndolo). De los de verdad. De esos que comen bacón y huevos fritos día sí, día también. El otro es francés, marsellés, concretamente. Su madre le enviaba paté de oca y trufas secas por correo. La mía me enviaba hueso blanco para que pudiera hacer puchero. Nunca hizo caso a mis quejas: no es muy recomendable recibir un paquete desde la otra punta del mundo con huesos en su interior…

Entre copo y copo llegó Anne. Ella me enseñó a leer literatura escrita en español con ojos de extranjera. Siempre me gustó la fuerza de la palabra. Más me gustó redescubrir la fuerza de mi propia cultura. Creo que fui capaz de hacerlo gracias mis nuevos ojos canadienses. Mis pupilas se agrandaban metáfora tras metáfora. La permanencia del verbo ser clavó sus garras en mi corazón; mientras que la sutileza del verbo estar aprendió a acariciarme la piel con sus cualidades pasajeras. Fue como una metamorfosis. Desperté, después abrí los ojos. Y luego llegó la luz. Ésta se depositó en mis manos frías. Incluso traspasó mi flamante corazón candente antes de continuar su rumbo.

En Montreal hay cuatro universidades importantes: dos de ellas son francófonas y la otra mitad son anglófonas. Yo estaba en una universidad francófona pero decidí estudiar análisis textual en inglés, para practicar el idioma. Aprendí un poco de inglés y mucho sobre lenguaje. Analizar, requisar, cuestionar antes de explicar, dar órdenes, mentir. La capacidad de convicción no depende del idioma, sino de su propia manipulación.

"—La chica de la botella de agua, ¿qué te parece el texto de las manzanas?"
"—Me parece suculento. Dan ganas de hacer compota con él."

Aparentemente el humor es la más sutil de las manipulaciones y la universidad de masas no tiene tiempo para estas cosas. Y los quebequenses tienen en gran estima sus manzanas: es casi la única fruta que pueden cultivar. En realidad yo aludía a las metáforas del texto. Realmente me parecían suculentas. Pero mi nivel de inglés me dejó con el pensamiento en la boca y las palabras que desconocía no me vinieron a socorrer, como es natural. Tampoco me ayudó mucho el lugar en cuestión: era una gran aula de esas que pueden concentrar a doscientos alumnos. No éramos doscientos, pero seguro que llegábamos a cien. La presencia de mis abundantes compañeros me sobrecogió y acabé diciendo algo que ni recuerdo. Recuerdo, sin embargo, que me volví a sentar en la banqueta, roja como un tomate seco (como ésos que había en nuestra cocina, enviados por mi madre). Después de eso, la señora menguada que se mantenía de pie con un bastón encima de la plataforma me miró a los ojos. Y me obsequió con una mirada tierna y sabia, y un trabajo extra de dos mil quinientas palabras (y eso que yo sólo atiné a decir diez). Mis compañeros de grupo ganaron el reintegro del sorteo y tuvieron que quedar dos tardes conmigo para introducirme en el arte de la distinción de las manzanas. Ese día me descubrí pensando que

Marisol se equivoca y que la vida no es una tómbola. Es más bien una partida de ajedrez.

Y gracias a eso, todo el mundo se enteró de que había una española en clase. Luego llegaron las sonrisas y los intercambios de contacto. Me pareció un poco superficial haberme dado a conocer de ese modo, pero mi condición de extranjera exótica me arrastró por esa senda. Además, era difícil romper el hielo en la Universidad de Montreal: tienes tres horas consecutivas de la misma asignatura una vez a la semana. Este horario no es muy propicio para generar roce entre los estudiantes, pero la verdad es que era un alivio tener que sortear el hielo y la nieve y las tormentas de hielo y nieve sólo una vez a la semana, para asistir a la clase de una asignatura.

Decidí ir más al norte, bordeando el gran río, hasta llegar al mar, que estaba prácticamente congelado. Al salir de casa, el paisaje se diluyó a mis pies y quedó hecho agua, agua dura y fría. Llegué a la punta de la última península habitada con una de esas ofertas de coche compartido. Así que llegué acompañada: no podía ser de otro modo en un país así. No sé si el silencio es parada necesaria en este largo sueño, pero me quedé quieta y lo escuché un rato. Hasta la esperanza se derramó en mil copos reposando, serena, frente a mí. Yo también reposaba, serena, al norte del globo. Aquello era poesía muda. Blanco, blanco, allí todo se me antojaba blanco. Incluso me enseñaron a cavarme un iglú en la nieve, por si me pillaba una tormenta en la montaña. En realidad no se tarda tanto. Allí pasó todo lo que cabía esperar: con la nieve, con los textos, con el frío, con la sombra, con la luz, con el blanco, con el negro sobre blanco, con ellos, con ellas, con él. Ahora hago caso omiso a la sombra cuando entreveo un rayito de sol y cuando no hay rastro de luz… hago caso omiso a la sombra. Blanco, blanco. Lo veo todo blanco. Todavía me llegan pensamientos peregrinos desde el níveo y petrificado nido blanco de los Inuit. Yo los acojo con manos tibias (corazón candente) y sonrío cuando me hablan de tan fríos, tan blancos, tan puros amaneceres.

Las aguas pronto volvieron a su cauce y me encontré en el aeropuerto otra vez. Una vez allí, me paré detrás de una mujer haciendo cola en la fila de Air France. Más tarde me senté en el avión, llena de silencio. Ella tenía asignado un asiento al lado del mío. "Estaba claro, hemos facturado una después de la otra", pensé no muy convencida. Me senté a su lado. No hablaba ni francés ni español. Tampoco inglés, portugués o italiano; y su lenguaje gestual no era muy expresivo. Sin embargo, ella me entendió. Lloró conmigo y por mí, y me acarició. Todo en silencio, como mi madre. Yo también la cuidé, a mi manera y como pude. Le rellené el formulario de deportación que había sobre su mesa plegable. Copié (como pude) su número de pasaporte turco. Y al llegar comprendí que yo no la entendía. Hay miradas que no puedo descifrar. Llegué a Madrid tras largas horas de horizonte azul cielo y marino, lágrimas secas, pesadillas de aviones sin alas y comida precalentada.

Y es que todo empezó pronto, distraídamente, como por casualidad. Yo estaba en el Realejo, arrastrando los pies por las calles. Mi compañera de piso y yo solíamos ir a 'descubrir el barrio' bastante a menudo. A veces nos perdíamos, a veces lo intentábamos. Y perdíamos también, como de costumbre, la noción del tiempo y el sentido de los pasos. Sin embargo, nunca nos perdimos una verbena ni saciamos la sed de barrio. Esa tarde estábamos hablando de las becas para ir al extranjero. Acababan de publicar las convocatorias y no se hablaba de otra cosa en el Palacio de las Columnas. Estudiar fuera de Europa resultaba muy apetecible y estuvimos valorando los pros y los contras. Al final llegamos sin aliento a un último escalón. Nos sentamos. Nos callamos. Por enésima vez, nos quedamos pasmadas ante el grafiti que teníamos delante de los ojos. El silencio me oprimió bajo su yugo.

Y callé. Luego escuché el silbido de una promesa de brisa escarchada, que se arremolinaba en mi oreja. "—Hazlo —me susurró el arte al oído."
Como tantas otras veces.

Irene Camacho Boscá

Institución de acogida: University of Poitiers (Francia)

Titulación: Medicina

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (9 meses)

Premio a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias de la Salud

No he conocido a nadie que tras volver de su estancia Erasmus no haya cambiado. A veces he tenido la sensación de que la idea del programa Erasmus se estaba degradando, porque algunas personas creen que en él se relega el esfuerzo intelectual y que es una forma fácil de aprobar asignaturas, ofreciendo principalmente disfrutar de un año de fiesta…. Pero nadie tras volver mantiene esta opinión. Y es que un erasmus es una experiencia que puede proporcionarte una nueva manera de ver el mundo, que te muestra, te enseña, te madura, te templa… si tú estás dispuesto a ello.

A continuación intentaré compartir algunas de esas muchas cosas nuevas y extranjeras que he aprendido, ajenas por muy europeas que sean, pero antes quiero afirmar que no son sólo ésas las importantes, sino también las otras que aprendes de tu propio país, porque salir te permite comparar, lo bueno y lo malo. Y de esa comparación, a veces surge también el aprecio por aquello que antes nunca valoraste, pero que cuando lo tienes lejos, ¡entonces como lo añoras!

Llegas y te encuentras en una ciudad extraña, sin un solo conocido y teniendo que comunicarte en otro idioma, del cual tienes un dominio francamente pobre, o así fue en mi caso. Los primeros días quería huir, volver y refugiarme en lo conocido, pero todo es cuestión de echarle ganas. En Francia dicen la hora según el reloj de 24h, es decir, que para un oyente español inexperto que no está advertido, las 16h (seize heures) suenan igual que las seis (six heures) de la tarde para nosotros, o las 18h (dix-huit), dichas rápidamente, igual que las ocho (huit). Cuando te dan plantón en varias citas para ver pisos y estás desesperada por encontrar un lugar para vivir (recomendación nº1: procura llegar teniendo ya un lugar donde alojarte), empiezas empiezas a sospechar que algo estás haciendo mal. Puedes reírte y aprender o enfadarte y renunciar. Yo opté por reírme (recomendación nº2: opta por reírte). Cuando te toca rotar por el servicio de otorrinolaringología, donde muchos de los pacientes que acuden tienen problemas de audición, y tienes que ir llamándolos a consulta por sus impronunciables apellidos franceses, puedes reírte o puedes enfadarte. Yo opté por reírme. Y así, poco a poco, vas aprendiendo y, de pronto, han pasado dos meses y te das cuenta de que estás contando una historia relativamente compleja en francés, de que siempre dices bonjour-merci-au revoir al entrar y salir de CADA sitio y de que almorzar a las 12:30h se ha convertido en algo habitual.

Al final acabé viviendo en un estudio, cuando mi intención original era compartir piso, pero en Francia es común vivir solo y en una ciudad pequeña como Poitiers, los edificios son a escala y lo que abunda son los estudios. Me preocupaba no poder conocer gente o que la experiencia de vivir sola resultase dura, pero cuando llegas a casa después de estar todo el día fuera, o eres una persona que sabe entretenerse sola, no hay ningún problema. Eso sí, si hubiera podido elegir, habría compartido, sobre todo porque es mejor para el idioma (recomendación nº 3: si no eres excesivamente maniático o solitario, comparte piso o solicita plaza en una residencia). Una nueva lección aprendida.

En mi caso, la adaptación fue más lenta de lo que esperaba, y es que en Francia todo requiere bastante tiempo y una dosis importante de papeleo. Pensaréis: ¡pues igual que aquí! No. Multiplicadlo por cinco y añadidle la necesidad de hacer casi todo por correo postal. Conseguir una cuenta bancaria, un número de móvil francés definitivo, internet, la tar-

jeta de transportes, domiciliar los pagos de la luz o del agua... A veces resultaba cómico, porque entrabas en un círculo vicioso en el que para obtener un papel que te permitía hacer algo necesitabas otro papel que no podías obtener sin ese algo. Estuve sin luz durante cuatro días, pero, eso sí, mi estudio tenía un ambiente muy romántico con las velas (recomendación nº4: no dejes que el papeleo te abrume o te eche para atrás). Son pequeñas aventuras que ahora recuerdo con una sonrisa.

La verdad sea dicha, los franceses no son el pueblo más abierto que he conocido: hacer amigos nativos cuesta, y cuesta bastante. Sin embargo, siempre tienes a tu disposición montones de erasmus deseosos también de conocer gente nueva y las primeras semanas es frecuente que haya muchas reuniones organizadas. Desde el primer momento, intenté huir de los españoles, por una razón fundamental: la cabra siempre tira al monte, y si estás con españoles, hablas español (recomendación nº5: aprovecha tu estancia: ¡aprende el idioma!). Así, muchas veces me encontré en grupos tan variados que resultaba gracioso: alemanes, italianos, portugueses, ingleses, estadounidenses, checos... todos reunidos en Poitiers.

Es una de las cosas que recuerdo con más cariño y como más típicas de un Erasmus. Pronto me di cuenta de que, al igual que la estancia te va cambiando a ti, también lo hace con los demás, y de que los franceses que han salido a vivir fuera de su país se diferencian sutilmente de los que no. Entre los primeros conocí a mis dos mejores amigos nativos, que me enseñaron mucho francés y mucho de Francia (recomendación nº 6: intenta hacer amigos nativos) (recomendación nº7: ¡ayuda a los extranjeros de tu ciudad!, no sabes como se agradece...).

Por otra parte, considero que hacer un Erasmus en ciencias de la salud resulta especialmente beneficioso, porque creo que en nuestra área es muy importante comparar sistemas. Nuestros coordinadores en destino, a decir verdad, no fueron de especial ayuda, pero supongo que eso depende de la suerte que tenga cada uno (recomendación nº8: ve con tu acuerdo de estudios bien atado e insistiendo y dejando claro qué es lo te corresponde hacer y qué es lo que no, así no tendrás ningún problema). Finalmente, mi año académico consistió en la rotación por seis servicios, una serie de casos clínicos virtuales a hacer todas las semanas y los exámenes.

En Francia, la enseñanza en Medicina es mucho más competitiva que aquí, tienen que superar un primer año en el que de 1000 alumnos se seleccionan 200, aproximadamente, y a partir del cuarto año comienzan con un sistema de prácticas clínicas por el cual forman parte activa de la plantilla del hospital, tienen horarios fijos, guardias que hacer, vacaciones contadas y un salario. Al introducirme en este sistema, de pronto me encontré en mi primer mes de estancia teniendo que hacer historias clínicas completas en otro idioma, papeleo de un hospital que no conocía con un sistema que tampoco me era familiar, o realizando exploraciones sin saber decir correctamente cosas como, por ejemplo: "deje el brazo muerto, por favor" o "¿le pica, le arde o duele?"

Al principio, me ponía tan nerviosa al atender a un paciente que estaba cinco minutos delante de la puerta de la consulta practicando mi diálogo antes de entrar. Me compré una libreta y fui apuntando todo el vocabulario específico que podía (recomendación nº9: lleva bien aprendida una base de vocabulario específico correspondiente a tu área), las siglas (¡los franceses usan siglas para absolutamente todo!), los papeles que había que rellenar, etc. Y, de semana en semana, cada vez me iba sintiendo menos perdida y podía colaborar más; felizmente, al final, pude aprovechar para aprender mucho de la práctica de la medicina en el día a día del hospital. Esto es lo fundamental que me ha aportado académicamente mi año en Francia, aparte por supuesto del idioma.

Mi primer servicio fue pediatría, y me mandaron nada menos que a urgencias pediátricas , no sé si afortunadamente o no. Desafortunadamente porque la mezcla de mi francés con el de un niño de 3 años a veces era digna de oírse, aunque a los preocupados padres no les hacía mucha gracia; afotunadamente

porque los niños son siempre tan agradecidos... Y porque tuve como compañera a una francesa ex-Erasmus que tuvo la paciencia de explicarme todo, lo cual se demostraría como una espléndida suerte, porque en los siguientes servicios ya nadie volvió a darme muchas explicaciones. El sistema francés en medicina no favorece precisamente la simpatía natural.

Hubo servicios mejores y servicios peores, pero aquellos en los que me encontré gente dispuesta a enseñarme los aproveché a fondo, y ahora entro sin vacilar a explorar a un paciente, puedo manejar una entrevista médico-paciente o realizar una buena historia clínica… Habilidades básicas que probablemente hubiera tenido que aprender en mi primer año de residencia. Pero todo hay que decirlo, la falta de práctica que nosotros tenemos durante la carrera la compensamos con una sólida base teórica de la que ellos muchas veces carecen, y gracias a ella pude ponerme a su nivel en poco tiempo (recomendación nº10: aprovecha las diferencias a tu favor, que las hay, e importantes). Por ejemplo, en mi penúltima rotación por santé publique, cuando ya tenía un muy buen nivel de francés y gracias a nuestra gran base en epidemiología y bioestadística, pude trabajar en muchos proyectos del departamento. Al final, incluso me ofrecieron colaborar en el diseño de un estudio sobre la iatrogenia medicamentosa en pediatría y aprendí mucho trabajando con un gran equipo. Así, descubrí también que cuando estás inmersa en un proyecto que te ilusiona, no cuesta nada madrugar cada día.

A lo largo del año, la ciudad desconocida se va convirtiendo en tu ciudad, el piso en tu casa y los conocidos en amigos. Yo también aproveché para hacer muchas excursiones, visitar y conocer más de Francia (recomendación nº11: aprovecha para viajar por tu país de destino) y ya de paso vivir unas cuantas aventuras. Como extranjera, también se te ofrece la oportunidad de realizar muchas actividades (recomendación nº12: busca información sobre las actividades culturales de tu ciudad y las destinadas a extranjeros). Yo, a través de un amigo, me puse en contacto con un grupo de lectores hispanohablantes que querían organizar unas quedadas semanales para llevar a cabo un intercambio cultural franco-hispano. Reservamos un aula semanal, hicimos publicidad y empezamos con este pequeño proyecto, al que se fueron apuntando bastantes franceses. Veíamos películas, cocinábamos platos típicos, intercambiábamos información de costumbres, política, música, etc. Así aprendí mucho más no sólo de Francia, sino también de Argentina, México y Colombia.

El tiempo pasa volando y os aseguro que cuando menos os deis cuenta os encontraréis en vuestro último mes de estancia y, sólo un segundo después, en vuestra última semana. Irse resulta tan difícil como llegar. Tienes que despedirte de los que se han convertido en amigos, de la ciudad, del bar de los viernes, de tu casa, de los pequeños ritos y rutinas y, en definitiva, de la que se ha convertido en tu vida.

Así, con nueves meses empaquetados en dos maletas y una mochila, me despedí de Poitiers. Dije adiós con mucha nostalgia y tristeza, pero también con alegría por volver a mi ciudad, con mi familia y amigos y con la ilusión de recuperar las costumbres que había aprendido a echar de menos. El Erasmus me sirvió no sólo para disfrutar ese año, sino también para volver a recuperar la ilusión por las rutinas que con el tiempo dejas de valorar. Además, desde luego fue esta experiencia Erasmus la que me animó para solicitar otra beca para realizar unas prácticas clínicas en Valparaíso, Chile, que se desarrollaron este verano y que han sido sin duda otro gran capítulo en mi vida: forman ya parte de quien soy, como futuro médico y como persona.

Si me has leído hasta aquí, creo que ya lo tendrás claro: te recomiendo fervientemente realizar una estancia internacional, y si te lo estás planteando, ¡anímate! ¡hazlo! (Última y más importante recomendación: ¡sal, viaja, aprende!). Sea por todo lo que aquí he contado, sea por muchas otras razones y sentimientos que son difíciles de plasmar sobre un papel, el caso es que una experiencia así ayuda a crecer, y eso, como dirían los franceses, *c'est comme ça.*

Ana Cristina Calero Sánchez

Institución de acogida: Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (Chile)

Titulación: Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (10 meses)

Premio a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias Experimentales

Mayo 2012

Al abrir la lista de seleccionados para participar en el Programa Propio de la Universidad de Granada doy un salto de alegría y corro por el pasillo para compartir con mis compañeros de piso mi nuevo plan, ¡me iré a Colombia! Soy una de las afortunadas para realizar un intercambio durante el segundo cuatrimestre del curso 2012/2013 en Pamplona, Colombia. La noticia me produce un gran sentimiento de alegría junto con una gran incertidumbre. ¿Cómo será vivir en Colombia me pregunto? Ese país tan desconocido en cuanto a riqueza cultural y natural, forma de vida, sistema educativo,…y al mismo tiempo con una reputación de peligrosidad, violencia, secuestros, conflicto armado, pobreza. Con respecto a esto último no paro de escuchar bromas sobre lo que me pasará en un lugar "tan salvaje y desconocido" cuando se lo comento a la gente de mi alrededor, sin embargo, yo estoy tan entusiasmada con este nuevo plan…¡quiero descubrir ese rincón del planeta!

Enero - febrero 2013

Pasaron los meses y conseguí que mis padres se convencieran de que era una oportunidad para mí. El tiempo de contactar con la universidad de destino llegó por lo que escribí a la universidad Colombia haciéndoles llegar mi interés por cursar un cuatrimestre de intercambio en su universidad y la extraordinaria oportunidad que esto representa para mí, además de pidiéndoles información en cuanto a su plan de estudios para poder desarrollar mi acuerdo de estudios.

Las respuestas tardan mucho en llegar, siendo en mi caso el único medio efectivo llamar por teléfono. Me dicen que en principio no hay problema y que me enviarán la información que necesito junto con mi carta de aceptación, pero el comienzo del segundo semestre se acerca y la universidad colombiana no responde. Latinoamérica, en general, no se caracteriza por la rapidez en contestar o realizar trámites. Tras conversaciones y negociaciones de último momento, no hay acuerdo y por tanto, la Universidad de Granada me ofrece una reubicación, las nuevas posibilidades como países de destino son: Perú, Argentina y Chile. Tengo una amiga en Valparaíso, Chile, así que el destino elegido para mí está claro.

Bueno, parece que la acción llega a esta historia… Preparados, listos,…ya!!!

Marzo 2013

¡Estoy acá! ¡No puedo creer que esté casi al otro lado del mundo! No sé qué día ni qué hora es, perdí la cuenta durante vuelo, escala, vuelo…la hora ha cambiado varias veces, había que sumar, después restar,…lo único que sé es que ahora estoy en el aeropuerto de Santiago de Chile, cansada, pero no podría dormir, estoy demasiado nerviosa y ansiosa, mi amiga chilena me ha venido a buscar al aeropuerto. Espero que esté ahí…

Durante todas estas horas de viaje en las que perdí el rumbo del tiempo, tuve sentimientos contrariados y eché algunas lágrimas. Tristeza de dejar mi tierra y mi gente, ansias de una nueva experiencia, de descubrir y sacarle todo el jugo a lo que va a comenzar en este nuevo y desconocido lugar.

Ya pasé todos los controles, Isa está ahí con un cartel que dice: "ANA CALERO, Bienvenue"

¡Qué montón de energía me dio verla, abrazos, abrazos…y sonrisas! Según ella, las energías del amor me trajeron a Chile.

Llegamos a Valparaíso, ¡qué diferente es todo! Me siento como una niña que está descubriendo el mundo, la ciudad está llena de color pero tengo la impresión de que es muy ruidosa y un cierto caótica.

Dormí y descansé, al día siguiente fui a la Oficina de Relaciones Internacionales de la PUCV (Pontificia Universidad Católica de Valparaíso), allí Julia Escuti me recibió con mucha amabilidad, me ofreció informaciones relevantes de la universidad y de la ciudad, me puso al día con los trámites que debía realizar. Me dio su teléfono y el de sus compañeras para que llamara a cualquier hora si algo me pasaba, me deseó suerte y me dio un abrazo, quién me iba a decir a mí en ese momento que esa señora tan simpática sería mi "madre chilena" durante mi estancia en Valparaíso, siempre disponible y con una sonrisa para ayudar a los estudiantes.

Después me dirigí a la Escuela de Construcción de mi universidad, debido a mi reubicación de destino llegaba una semana después del comienzo de las clases, así que ya tenía retraso. Menos mal que en una de las clases coincidí con los otros tres españoles que estaban haciendo un intercambio en la misma facultad que yo.

Era demasiada información para el primer día, sufriendo el "jet lag" y con la impresión de que aunque sólo había llegado una semana después del comienzo de clases, mis compañeros ya estaban totalmente acomodados. Me dijeron que tenía que buscar una casa muy pronto ya que las mejores casas ya estaban ocupadas y podía incluso quedarme sin casa, ¡exageraciones! Después de esa cierta presión que ellos ejercieron sobre mí para buscar una casa, me puse a ello, y durante las tardes, después de mis clases paseaba por las distintas colinas coloreadas de Valparaíso en busca de casas con habitaciones disponibles, sin embargo, en estos primeros días echaba de menos casi todo, mi ciudad, lo conocido, mi cotidianidad, mi comodidad, mis horarios,…además, mis primeras impresiones sobre los chilenos no estaban siendo tan buenas.

Abril 2013

Así es como llegué a "La Casona", una gran casa grande y vieja con dos pisos, diez habitaciones y nueve compañeros de casa: cuatro chilenos, cuatro franceses y una sueca. Ahora viene la siguiente etapa, integrarme hasta sentirme cómoda en la casa y conocer a cada uno de mis compañeros, va a ser difícil conocerlos a todos, somos muchos y cada uno de nosotros hace cosas diferentes.

Tengo una ventaja, hablo español y francés bastante bien, eso me ayuda a conectar mejor con mis compañeros franceses, que se comunican entre ellos en francés. A los chilenos les molesta, pero a mí me encanta cuando se habla en francés porque así estoy teniendo la oportunidad de no olvidarlo y puedo hablar con ellos sin que los demás se enteren de qué digo, una gran ventaja a veces. Mi nivel de inglés es un poco peor pero intento practicarlo también, es realmente impresionante la cantidad de estudiantes de intercambio que hay en Valparaíso, sobre todo, estadounidenses, franceses y alemanes.

En la Escuela me siento bien, en algunas de mis clases soy la mayor, debido a la diferente distribución de las asignaturas por año que se hace en cada facultad, sin embargo, otros de mis ramos (asignaturas) son de Máster y mis compañeros ya están trabajando y tienen más experiencia laboral que yo. Estas clases son las que más me interesan, ya que se nos prepara para enfrentarnos a la búsqueda de un empleo ofreciendo a las empresas justo lo que buscan.

La situación actual es que Chile se genera más empleo que en España, me planteo la posibilidad de quedarme haciendo prácticas pero por lo pronto

centro mis energías en las asignaturas que tengo y en intentar buscar una ONG para realizar mi Proyecto Fin de Carrera (PFC) como proyecto de cooperación internacional.

Hay muchas iniciativas en Valparaíso, asociaciones de vecinos que se juntan para limpiar y pintar lascalles de su barrio, organizar eventos, movilizarse juntos para conseguir mejoras, por ejemplo, una mejor gestión de la basura, ya que en muchos barrios no hay ni contenedores. Para mí está siendo toda una oportunidad poder aprovechar y aprender de gente tan emprendedora y luchadora.

Mayo 2013

La ciudad de Valparaíso es maravillosa, sus colinas llenas de casas de colores, los graffitis en sus paredes, sus ascensores, el mercado lleno de frutas y verduras, su gente, los perros que son los dueños de sus calles…y ya estoy acostumbrada a los temblores, durante unos instantes, la tierra se mueve. Me siento bien en mi casa, aunque nunca estudio allá porque viviendo con diez personas hay demasiado movimiento para concentrarse, pero acá las casas son así de grandes y por ello se llaman casonas.

En la facultad, la evaluación es continua, lo cual agradezco, tengo exámenes parciales. Me gusta descubrir otra universidad, el sistema educativo, siento que la relación entre profesor y alumno es mucho más cercana aquí que en España, y la interacción y participación del alumno en la clase es mayor y además premiada. Sin embargo, el sistema educativo chileno parece una especie de copia del español y apenas hay prácticas en terreno.

Mis compañeros se interesan por mi historia y mi forma de llegar a su escuela. En Chile, la gente que puede estudiar tiene que tener dinero o recibir préstamos que devolverán después, una vez que trabajen, y sólo unos pocos afortunados pueden permitirse viajar o hacer un intercambio.

Qué rápido pasa el tiempo, tengo que ponerme manos a la obra de forma más efectiva en la búsqueda de mi proyecto de cooperación. El pasado mes, me hice voluntaria en la ONG "Un Techo para mi país", gran organización que está presente casi en todos los países de Latinoamérica trabajando en los asentamientos precarios para superar la pobreza, trabajan en distintos ámbitos, promoviendo el desarrollo comunitario.

Junio 2013

En "La Casona", cada día me siento mejor, estoy realmente aprendiendo a compartirlo todo, para mí es un gran aprendizaje vivir en comunidad, hay que dar pero tú recibes más. En la casa hay un taller y un compañero de casa me está enseñando a construir muebles. Él es un joven emprendedor que se dedica a la construcción de tablas de longboard y este mes ha organizado un campeonato de riders, allí estará toda la Casona.

Julio 2013

Llegaron las vacaciones y el tiempo de viajar, el Desierto de Atacama, Macchu Picchu, el lago Titicaca y el Salar de Uyuni son algunas de las maravillas de la naturaleza que pude disfrutar y contemplar, un viaje también lleno de aprendizajes. Perú y Bolivia son países mucho más pobres que chile, pero en ellos se percibe el verdadero espíritu y las tradiciones del pueblo latinoamericano.

Después de este apasionante viaje, vuelvo a Valparaíso para comenzar con mi proyecto aunque ya no como alumna de la universidad, mi tiempo de intercambio ha terminado oficialmente.

Han pasado los meses, y estamos a finales de Diciembre, he pasado Navidad acá, una Navidad totalmente atípica, con calor y con la familia que he hecho acá, estoy llena de gratitud, de experiencias que contar, de aprendizajes…es hora de volver a casa.

José Izquierdo Fernández

Institución de acogida: Yeditepe University (Turquía)

Titulación: Ciencias Políticas y Derecho

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (10 meses)

Premio a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias Sociales y Jurídicas

Describir mi experiencia Erasmus en tan solo unas páginas parece un reto difícil de superar. Pero aún mayor es la dificultad de poder explicar, con palabras y por escrito, lo que el año que pasé en Turquía ha significado para mí. Y eso es porque enfocar una imagen sin la perspectiva que nos da el tiempo, especialmente en un momento tan difícil y confuso como el que estamos viviendo, suele resultar en una fotografía borrosa. Pero hasta la más borrosa de las fotografías tiene valor, pues es el resultado del esfuerzo y la ilusión de la persona que ha intentado capturar ese indescriptible momento, esa experiencia inolvidable que es el Erasmus.

Durante mi estancia en Estambul conocí a muchas personas de diferentes partes del mundo, cada uno de ellos con intereses singulares, habilidades admirables y sueños repletos de ilusión. Cada una de las personas que conocí vivió una experiencia única.

Luisa, una chica de Holanda empezó a escribir un blog con sus impresiones y vivencias en Estambul. Un blog que fue poco a poco ganando las visitas de sus asombrados compañeros de clase, otros Erasmus y, probablemente, algún enamorado planeando un viaje especial en pareja.

Javi, un chaval de Málaga, estudiaba Turismo y se vino de Erasmus en su último curso. Al terminar el primer cuatrimestre venían a visitarle unos amigos y fue a esperarlos al aeropuerto. En el tiempo que estaba en la puerta por donde saldrían los "arrivals" conoció a un hombre turco que tenía una empresa de actividades para turistas y estaba esperando a un grupo para llevarlos al hotel. El hecho es que hablando y hablando (como suele ser normal en Turquía) este señor le acabó diciendo que le vendría bien al guien que hablara español. Así que Javi empezó un "part-time job" durante el segundo cuatrimestre.

Tahir, uno de mis compañeros de piso, de madre alemana y de padre turco, hablaba ambos idiomas como lengua materna. Lo conocimos Jony (mi compañero de Granada) y yo, junto a otros los tres compañeros de piso, en el hostal donde nos alojamos al llegar a Estambul. Tahir consideraba Turquía su hogar independientemente de haberse criado en Bremen. A finales de mayo, el ambiente de tensión y hastío que se vivía a nivel político en la ciudad acabó provocando que, primero en la plaza Taksim y después en el resto de Turquía, estallaran protestas demandando un cese de la instrumentalización de la religión con fines políticos, las restricciones al derecho de huelga y las violaciones al derecho de libre expresión. Él se implicó especialmente en las protestas y mientras todos nos planteábamos volver antes de tiempo a España, él habló con el casero para alargar su estancia todo el verano.

En agosto vino a visitarnos a España, todos los compañeros de piso quedamos en Granada. Cuando nos volvimos a ver nos contó de primera mano cómo fueron aquellos días y cuál era la situación en la plaza, donde principalmente estudiantes, pero también intelectuales y trabajadores de Estambul presionaron al gobierno hasta la extenuación para que detuviera sus políticas autoritarias y despóticas.

En cuanto a mí, si de experiencias se trata, es obligado escribir sobre el mes que pasé en Fethiye, una ciudad costera del sureste de Turquía, que baña sus playas en las aguas del Mediterráneo y puebla sus montañas con pino carrasco, como el de España. La diferencia de la costa de Fethiye con respecto a la española es que las playas están, en gran parte, limpias de edificios. Los ríos todavía surcan las tierras arcillosas de los montes y los cañaverales son el hospedaje de unos cuantos animalillos con los que no quieres encontrarte en tu camino a la playita.

Era sobre finales del primer mes de Erasmus y ya nos habíamos acomodado en el piso los cinco que lo compartíamos (cuatro españoles y un alemán de padre turco). Nos encontrábamos con un piso magnífico pero sin conocer a nadie, así que acordamos invitar a todo el que nos cayera bien esa semana a una barbacoa que haríamos durante el finde. Todos empleamos nuestras mejores artes pero por un motivo o por otro no tuvimos éxito con las invitaciones.

Sin embargo, José fue la excepción. Nadie sabe muy bien cómo lo hizo, pero él solo consiguió que cinco chicas vinieran con una tarta de manzana debajo del brazo. Aquella noche fue la primera de muchas y al poco tiempo acabamos formando un particular grupo de diez personas, cinco países y tres continentes diferentes. Una vez cogimos confianza nos planteamos hacer un viaje durante las vacaciones de primavera y ¡vaya si lo hicimos! Nos pateamos la costa este de Turquía desde Antalya hasta Izmir en una semana.

En una de las muchas ciudades que visitamos, Fethiye, llegó a mis oídos que había una conocida escuela de windsurf en la zona. No tuve duda cuando me dijeron eso, pregunté a un taxista qué autobús me llevaba allí (lo que no le hizo mucha gracia, por cierto) y escoltado por José y Jony, me dirigí a la escuela. Cuando llegué tuve la oportunidad de hablar con la esposa del dueño. Yo he estado trabajando como monitor de vela y windsurf durante los veranos desde el bachiller e imaginé que no habría mucha diferencia entre navegar en La Herradura o en Fethiye así que le pregunté si me podría quedar allí un mes trabajando. Me preguntó que cómo pensaba dar clase a los clientes turcos y le respondí que sabía barrer, fregar y cocinar muy bien. Ella me dedicó una sonrisa de complicidad, me dio un voto de confianza y me dijo que le comentaría a su marido a ver qué le parecía a él.

Pasé la mayor parte del tiempo limpiando, guardando material y ayudando a llevar las tablas de un lugar a otro. Sin embargo, el tiempo demostró que no me equivoqué al tomar la decisión y poco a poco fui cogiendo confianza con mis compañeros, que hacían tremendos esfuerzos por usar el inglés que les enseñaron en el instituto para comunicarse conmigo. Es gracioso pensar que cuando creía que mi Erasmus había acabado, viví la experiencia más inolvidable de todas las que he experimentado jamás. Acabé estando muy a gusto y el hecho que me trataran como a uno más de la familia me hizo llegar a considerarlos parte de mi propia familia.

A nivel académico, el Erasmus supuso para mí una oportunidad que me hubiera resultado imposible disfrutar sin la cobertura de este programa. Pude aprovechar no sólo para mejorar el inglés, sino también para interesarme por la lengua turca. Fue un reto no sólo porque el sistema de enseñanza es diferente, sino también porque en clase se defendían puntos de vista desde un ángulo distinto y con una perspectiva nueva para mí. Las clases me resultaron interesantes no sólo porque el nivel y la exigencia académica eran elevados, sino también porque las materias tratadas y la forma de tratarlas estaban orientadas según los intereses de la sociedad turca. En definitiva, el Erasmus fue para mí una experiencia académica indudablemente enriquecedora que no podría haber tenido de ninguna otra forma.

La importancia que yo le otorgo a este intercambio académico poco tiene que ver con la competitividad propia de los rankings académicos que tan populares son en ciertas regiones. Tiene que ver con la cultura, sociedad, valores y sabiduría acumulada de una parte del mundo con la que las conexiones son escasas y cuyo valor es incalculable. No podemos incrustar el conocimiento de una sociedad en un ranking, puesto que hay ciertas cosas que son, por su propia naturaleza, inmensurables.

El valor de la oportunidad que he disfrutado reside en el hecho de que la he disfrutado a partir del esfuerzo de una comunidad. Una comunidad muy amplia, que une a personas por encima de consideraciones políticas y religiosas, constituida tanto por élites políticas y burocráticas que diseñaron el programa, como los trabajadores que empeñan su

tiempo en que funcione la puesta en práctica del mismo, jóvenes que estudian para que a través de su esfuerzo el intercambio académico siga gozando de legitimidad social, universidades que renuncian a las diferencias para concentrarse en coordinar sus programas, y las sociedades que lo financian. Una comunidad que comprende multitud de países con diferentes realidades económicas, religiones, valores,... Una sociedad multinacional creada de la única forma posible: el intercambio de información y experiencias.

Vuelo con escala : de Granada a Toronto, pasando por Estambul

Tras dos años estudiando en Granada me decidí, en el tercero, a solicitar un intercambio a través del programa Erasmus. Sin duda el lugar al que quería ir era Estambul y allí tuve la suerte de realizar mi cuarto curso de la carrera. Una vez estando en Turquía empecé a plantearme hacer un segundo intercambio. Tenía muchas dudas, pues superar el miedo a las muy temidas convalidaciones para irme de Erasmus ya me costó lo suyo, pero alejarme de Granada un año más con todo lo que ello implicaba a nivel personal, académico y económico, era algo muy diferente.

No obstante, hice lo que se suele hacer cuando no se sabe que hacer, es decir, retrasar la decisión. A pesar de la incertidumbre tampoco quería cerrarme puertas por lo que pedí todo lo que vi aparecer en la página web del Vicerrectorado de Relaciones Internacionales: Erasmus, Erasmus Mundus a Bosnia y Plan Propio. Pensé que cuando avanzara el curso se irían aclarando las dudas, y así fue.

Acabaron dándome mi primer destino del Plan Propio: la universidad de Toronto. No me lo pensé dos veces para, entre la excitación y el temor, aceptar la plaza que me habían adjudicado. Desde luego que no me arrepentí, pues si enriquecedora fue la experiencia de Turquía, el intercambio con la universidad de Toronto está resultando ser doblemente fructífero. La razón de ello es que no sólo he descubierto nuevos intereses académicos sino que estoy desarrollando los que ya tenía en Granada y también aquellos que adquirí en Turquía. Un ejemplo de ello es cuando en Granada cursé la asignatura de "Política del Mediterráneo". Para el trabajo de esa asignatura decidí reunir bibliografía sobre Turquía descubriendo con estupor que el Imperio Otomano existía hasta principios del siglo XX. En Turquía definitivamente entendí los libros que leí en Granada y ya en Toronto, me siento suficientemente confiado como para escribir artículos sobre la política turca y sus interesantes peculiaridades.

Todo esto no es una auto-adulación sin fin alguno, pretendo transmitir la idea de que no importa cuan diferente puedan parecer las experiencias que uno se empuja a vivir, pues todas ellas acaban encontrando una coherencia lineal que se articula por medio de los intereses que cada uno de nosotros tenemos y cultivamos. Por eso, todas las cosas que se hacen acaban formando una imagen definida de quién somos, y hacer un intercambio, dos o ninguno, sin duda revertirá de alguna forma productiva (siempre insospechada) en las actividades que emprendamos en el futuro. Una cosa hay que tener en cuenta, sea cual sea el número de intercambios que pretendamos hacer, tanto si son tres como si no es ninguno, este número ha de estar en todo momento acorde a nuestra decisión, siempre acompañada por la ilusión de quien emprende un camino incierto pero voluntario.

Felisa Sánchez Aragón

Institución de acogida: Université Lumière Lyon 2 (Francia)

Área de estudios: Traducción e Interpretación

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (9 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Artes y Humanidades

- ¡Buena suerte!

Rellenas la solicitud, aceptas la plaza, haces cola en la Oficina de Relaciones Internacionales de tu facultad, rellenas el acuerdo de estudios, firmas documentos. Haces cola en la Oficina de Relaciones Internacionales de Triunfo, firmas más documentos, haces más colas… y todavía tu Erasmus parece algo lejano y completamente ajeno. Tu destino, la ciudad en la que vas a vivir durante el próximo curso es solo una palabra vacía, un fondo de pantalla, un saco de expectativas. Contra todo pronóstico, el tiempo pasa. Enseguida llegan las despedidas, los "¡buena suerte!" y las noches sin dormir.

"¿Cómo será? ¿Dónde voy a vivir? ¿Haré amigos rápido? ¿No será más fácil quedarse?" Las dudas atacan tu espíritu aventurero, que se hace pequeñito y se esconde detrás del calendario.

Y al final, llega el día.

Yo creo que lo mejor es no tener miedo

2 de septiembre de 2012. Dieciocho años y ganas infinitas de ver el mundo. Salí de casa de madrugada, hecha un amasijo de nervios. Finalmente, la decisión y los sueños habían ganado la batalla al miedo. Mi mochila negra hacía el primero de muchos viajes ese curso. Yo empezaba una aventura que todavía hoy no ha terminado.

El alojamiento es importante

Una vez en Lyon, ciudad francesa donde pasé los nueve meses de mi Erasmus, la prioridad era buscar alojamiento. Después de casi una semana buscando piso, encontré una residencia de estudiantes bastante apartada del centro, aunque bien comunicada por tranvías y metro.

Consejo: Es recomendable encontrar al menos un lugar donde vivir las primeras dos semanas mientras se miran pisos y residencias. El tablón de anuncios de la universidad, Bnb o Couchsurfing pueden ser opciones interesantes. Yo me quedé en una pensión y gasté más de lo previsto los primeros días.

Luego llegó el momento de revisar y modificar el acuerdo de estudios. Fue complicado recopilar la documentación y las firmas de todos mis profesores, pero conté con la ayuda de la Oficina de Relaciones Internacionales de Lyon, cuyos miembros merecen ser mencionados por su simpatía y paciencia infinitas.

Mis primeros pasos

Mi residencia en Lyon era muy distinta a la residencia en la que viví en Granada durante mi primer año. Pero no me desanimé al ver que pasaban los días y no había actividades o lugares comunes que me permitieran conocer a mis vecinos. En lugar de eso, una tarde tomé la iniciativa y salí a buscarlos yo. Llamé a todas las puertas de mi bloque, y conocí así a los primeros franceses desde mi llegada.

Pasamos buenos ratos juntos, aunque es cierto que los mejores amigos los hice fuera de la residencia. Desde el principio busqué la forma de integrarme lo mejor posible en la cultura francesa, de dejarme

empapar por el idioma y las costumbres. El primer paso fue alejarme de los demás españoles. No es que rechazara sistemáticamente su compañía (de hecho, a una de mis mejores amigas españolas la conocí allí), pero sí las dinámicas de grupo que tenían como único fin reunirse para beber y salir de fiesta. Aquella era la opción fácil, y yo tenía muy claro que si estaba a tres mil kilómetros de casa no era para escuchar música en español o ver partidos del Real Madrid. Y, aunque las primeras semanas resultara complicado, esta decisión fue la puerta a un millón de nuevas experiencias y oportunidades.

Enseguida empecé a buscar formas de conocer gente, me apuntaba a todas las actividades organizadas por la Universidad de Lyon y buscaba por mi cuenta intercambios lingüísticos para practicar francés. Los intercambios me regalaron a dos de mis mejores amigos allí, dos lioneses apasionados por los viajes y la cultura hispánica. Compartimos cenas, experiencias y excursiones. Gracias a ellos las primeras semanas -que siempre son algo complicadas- pasaron rápido, y la adaptación fue mucho más llevadera.

Comencé a construir allí mi mundo

El teatro me apasiona desde hace años, y en Lyon encontré una compañía, La Compagnie du Vieux Singe, en la que me acogieron con los brazos abiertos.

Fue maravilloso trabajar con ellos. La ilusión y las ganas de crear por las dos partes hicieron que el idioma no fuese una barrera, sino todo lo contrario. Los ensayos de tres horas se alargaban siempre entre bromas y canciones compartidas en ambas lenguas. Gracias a ellos viví una de las mejores experiencias de ese año. Me invitaron, como miembro de la compañía, a participar en un festival de teatro de verano en Theizé, un pueblo cercano. Fueron tres días inolvidables, cargados de representaciones, actividades grupales y un continuo intercambio con los demás actores y actrices, algunos profesionales, llegados desde otras ciudades francesas. Una experiencia única, a la que no habría optado de no haber salido de casa.

La Universidad

Durante nueve meses fui alumna de la Universidad Lumière Lyon II. Estudiar allí fue una gran oportunidad para descubrir la enseñanza de la traducción desde nuevas perspectivas. Participé activamente en la vida universitaria, sobre todo en las actividades propuestas por el Departamento de Relaciones Internacionales. Entre ellas cuento las jornadas de integración de los primeros días, destinadas a estudiantes extranjeros como yo, y también las jornadas de información para estudiantes franceses futuros Erasmus, donde participé en representación de la Universidad de Granada (y donde, dicho sea de paso, conocí a mi actual compañera de piso).

Tardé un tiempo en acostumbrarme al funcionamiento de mi nueva facultad. Era mucho más grande que la Facultad de Traducción de Granada, y semanas después de haber llegado seguía perdiéndome por los pasillos. Como casi todos los Erasmus, tenía clases y horas libres salpicadas a lo largo de la semana. Aprovechaba los huecos para hacer intercambios lingüísticos con los alumnos franceses, que pasaban allí gran parte del día (el campus universitario cuenta con un gran comedor y con varias salas comunes) o para curiosear en la biblioteca.

Al principio, seguir las clases en francés fue todo un reto. Las clases de lingüística, o las de traducción inglés-francés, en las que las únicas Erasmus éramos una compañera de la Facultad de Traducción y yo, requerían un esfuerzo extra. Pero como siempre, trabajar duro tuvo su recompensa, y superé todas las asignaturas con buenas notas, ¡incluso conseguí una matrícula de honor en lingüística!

Mi nivel de francés mejoró mucho a lo largo del año, y al comenzar el segundo cuatrimestre me sen-

tía tan segura con el idioma que decidí asistir como oyente a clases de portugués e italiano… en francés. Además, unas semanas antes de volver a España me presenté a la prueba de nivel de la Alianza Francesa de Lyon, donde me reconocieron un nivel C1 en competencia lingüística. Fue así como los frutos de nueve meses de aprendizaje quedaron reflejados en un diploma, que tenía para mí un doble significado.

Aprender y aprender de quienes saben

Otro de los ingredientes mágicos de mi año en Lyon fue mi grupo de amigos internacionales. Los conocí casi al final de mi estancia, lo que no impidió que viviéramos juntos un montón de buenos momentos. Cenábamos juntos cada lunes, era casi un ritual. Durante mis últimas semanas compartí mesa con tres alemanas, dos francesas, un indio, una sudafricana, un ruso, dos japonesas, una venezolana, un pakistaní… y sus amigos. El funcionamiento era el siguiente: cada uno cocinaba para los demás un plato típico de su región, o alguna de sus recetas preferidas. No había reglas de puntualidad o requisitos formales. Se trataba solo de disfrutar entre amigos.

Hacíamos del lunes el mejor día de la semana, y aprendíamos comiendo, riendo y hablando. Fue, junto con otras muchas vivencias de mi Erasmus, una experiencia transformadora. En aquella mesa no había lugar para prejuicios o malentendidos. Todos disfrutábamos simplemente de la compañía de los demás. Aprendíamos de la mezcla de culturas, compartíamos y reíamos todos en la misma lengua. Gracias a ellos, una de las grandes enseñanzas prácticas de mi viaje: Una mente abierta y una actitud respetuosa facilitan la comprensión, dando lugar a todo tipo de experiencias nuevas y enriquecedoras.

Los viajes

Lyon está situado en una zona estratégica para aventureros francófilos. Durante mi estancia hice numerosos viajes y excursiones, la mayoría de ellos en Francia, aunque también pisé tierras suizas e italianas.

Viajar fue una forma de descubrir por mí misma los secretos de un país y una lengua que siempre me han cautivado. Durante ese año descubrí una nueva forma de ver el mundo. Con poco dinero y la mochila al hombro me pateé Avignon, Aix-en-Provence, Turín, Génova, Niza, Besançon, Estrasburgo, Metz, Reims, Paris, Montpellier, Nîmes… Devoraba cada destino y lo hacía mío escuchando, preguntando, saboreando y creciendo un poquito a cada paso.

Los recuerdos de mis viajes, y de los buenos momentos pasados junto a las personas a las que conocí en ellos son uno de mis grandes tesoros. No se me ocurre mejor manera de aprender y conocer una cultura que viviéndola desde el interior, a través de sus calles y sus gentes.

Todo tiene un final

Entre viajes, clases y mil actividades, cuando quise darme cuenta ya era junio y faltaban dos semanas para volver a casa. El festival de teatro en Theizé puso la guinda a un año de aprendizaje y nuevas experiencias.

Lyon, esa palabra vacía, ajena y lejana del principio estaba ya repleta de colores y matices. Sin duda, había sido un año de grandes retos, pero también de grandes superaciones.

Irse de Erasmus es una experiencia que recomiendo a todo el mundo. Estudiar fuera favorece la independencia y la autonomía, potencia el respeto, fomenta la comprensión intercultural, mejora las habilidades sociales, cura los prejuicios y no deja indiferente a nadie. Animo a todos los que se lo estén planteando a dejar de lado los miedos y abrazar esta oportunidad única. Al principio tener dudas es normal, pero puedo asegurar que la aventura merece la pena. Y es que si no diese miedo no sería importante.

Pablo Javier Ramos Cuevas

Institución de acogida: Human Academy (Japón)

Titulación: Filología Inglesa

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (5 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Artes y Humanidades

Ten cuidado con lo que deseas, se puede hacer realidad. Nunca una frase tuvo tanto sentido para mí. Y es que aquello que tanto esperé al final se cumplió. Corría 2012 y todavía me encontraba de Erasmus en Liverpool cuando me llegó la noticia: había obtenido la beca de intercambio de la universidad para estudiar en Japón, más concretamente en la escuela de japonés *Human Academy* en la ciudad de Osaka. Llevaba además estudiando la lengua y cultura japonesas desde los diecisiete años, por lo que la alegría fue incluso mayor. Ya tenía información previa de cómo era la escuela, qué se ofrecía y cómo era la ciudad: siempre bulliciosa, un poco gris de día y muy luminosa de noche, una gastronomía asombrosa y una gente muy particular, pues en vez de usar el japonés estándar emplean el Ôsaka-ben, una variedad del dialecto de Kansai (y que llegado cierto momento llegué a entender como el mismo japonés).

En esta estancia se cubren tres aspectos: los costes de matrícula y clases, el alojamiento y la comida (desayuno y cena de lunes a sábado y 1500 yenes por cada domingo y festivo). Al formar parte de un programa de intercambio la escuela corre con estos gastos y busca un alojamiento para la persona o personas que van a disfrutar la beca (normalmente son dos personas, pero en esta ocasión fui el único). Los gastos del viaje, transporte, libros y vida diaria sí que corrían de mi cuenta, por lo que tuve que ahorrar algo de dinero antes de empezar mi aventura por el Nihon-san. Aparte de eso, el destino era una escuela vocacional que hace las veces de escuela de japonés.

Me despedí de mi familia un 1 de Octubre por la mañana en el Aeropuerto de Barajas en Madrid con escala en Ámsterdam hacia el Aeropuerto Internacional de Kansai. Después de un viaje sin complicaciones aterrizamos el 2 de Octubre, casi 24 horas después de haber comenzado la travesía. Lo primero que hubo que hacer fue pasar por el control de Inmigración, donde presenté un papel que había rellenado en el avión y en el que declaraba que no llevaba bienes de contrabando, armas o cualquier sustancia prohibida (parece obvio pero siempre se pide). A continuación, tras una larga cola, un señor en ventanilla me cogió el Certificado y en su lugar me dio la tarjeta de residencia con visado de estudiante válido para un año. Quedaba la segunda parte: la inspección de maletas. Ya había escuchado que las normas de lo que podía entrar y lo que no en el país eran muy estrictas, pero me sorprendió que el hombre que revisó mis pertenencias sólo abrió el equipaje de mano mientras mantenía una animada charla conmigo en japonés.

A la salida del aeropuerto me recibió Iguchi-san, una empleada del grupo Human y que me ayudó muchísimo en mi estancia. Nos montamos en un autobús con destino Namba OCAT y en una hora estábamos en el centro de Osaka. La residencia está ubicada a 5 minutos de la estación de metro de Shôwa-chô, de la línea Midosuji, la principal línea de metro de Osaka y que conecta directamente con Shinsaibashi, donde está la escuela de japonés. Al llegar conocí a la pareja que llevaba la residencia, Ryocho y Ryobo, un señor y una señora que se encargaban del cuidado de la misma y de la cocina. Ryocho me llevó a mi habitación (con baño propio, cocina con pila de lavar, escritorio, una cama, aire acondicionado y balcón).

Conforme pasaban los días (la inauguración del curso no era hasta el día 12 de Octubre) fui adaptándome más y más a mi nuevo entorno. Superé el *jetlag* al poco tiempo, disfrutaba de la comida japonesa, visitaba los sitios más conocidos de la ciudad e iba conociendo poco a poco a mis compañeros de residencia. Las clases comenzaron al día siguiente, con el profesor Hashimoto y la profesora Azuma. El horario de clases se componía de 4 sesiones de 50 minutos, desde las 9:20 de la mañana hasta las 13:10 de la tarde. Había además lecciones de lectura con la profesora Osaki y algunas clases para perfeccionar la lectura, la audición o la conversación. El viernes se dedicaba a clases optativas, como el japonés de los negocios, análisis de manga y películas, excursiones culturales o preparación de los grados N2 y N1 del Japanese Language Proficiency Test. A estas clases se añadían además las lecciones de caligrafía con la profesora Kawamura, una profesora muy buena, estricta pero amable y simpática, y las clases de cultura y protocolo con la profesora Yamaguchi. Esta profesora además me llevó a muchos sitios como el Castillo de Osaka, a diferentes templos en la ciudad, así como al Museo Tezuka de Takarazuka. No sabía apenas inglés y la comunicación era en japonés, fluida y sin problemas. Me hizo muchísimos regalos y me ayudó mucho a entender el mundo laboral japonés, uno de los aspectos culturales que más chocan en Occidente.

Y precisamente hablando de trabajo, quise saber lo que se sentía al tener un *arubaito*, un trabajo a tiempo parcial. Vi una oferta interesante para profesores de inglés en una guardería, *Aloha International Preschool*. Dos horas después de solicitarla me citaron para una entrevista ese mismo día y les gusté tanto que me cogieron como profesor. De golpe y porrazo me transformé en estudiante por la mañana y profesor por las tardes. Al ser licenciado en Filología Inglesa no tuve problema en dar clase y profesores y padres siempre tenían una sonrisa o una palabra amable que dedicar mientras enseñaba inglés.

Además de todo esto tuve una sorpresa: gracias a un contacto español en la escuela el equipo de "Callejeros Viajeros" se puso en contacto conmigo para rodar parte del capítulo de su quinta temporada, titulado Boda Japonesa. Había visitado Kyoto con anterioridad y conocía la ciudad, de modo que ejercí de guía durante todo el día por el mercado y la zona de ocio, además de la ciudad en general.

No obstante, no me olvidé de estudiar en ningún momento. A principios de Diciembre realicé el nivel intermedio (N3) del Japanese Language Proficiency Test y a mediados de mes vinieron los exámenes en la escuela, que aprobé con nota.

El ciclo volvería a comenzar en enero, pero antes de eso disfruté de unas merecidas vacaciones, que aproveché para continuar trabajando, descubrir rincones de Osaka, Kobe y Kyoto y hacer un viaje a Tokyo, la capital. Pasé allí el día de Año Nuevo con amigos y juntos fuimos a Meiji Jingu, un templo muy conocido en Tokio y muy transitado en aquella fecha. A pesar de la brevedad del mismo quedé impresionado con la ciudad y supe que algún día volvería para ver todo aquello que no tuve tiempo para ver.

Con el año nuevo no cambiaron las clases ni apenas compañeros pero sí los contenidos, que fuimos desgranando con el paso de los días, acompañados de actividades tan divertidas como un día de deportes en el que participamos todos, desde los alum nos hasta los profesores (impagables las carreras a la pata coja entre dos profesores). Hasta que llegó el mo mento: a finales de febrero empecé a empaquetar mis cosas y a despedirme de compañeros de trabajo, de clase y de residencia. Hice regalos a todos mis allegados, aproveché para hacer las últimas compras y dejarlo todo bien atado antes de irme. Y el 2 de marzo de 2013 me marché, sabiendo que Osaka tendría siempre un lugar imborrable en mi memoria por odas las experiencias vividas.

En lo que respecta a formación, los 5 meses en la escuela de japonés me sirvieron para comprender mejor la cultura japonesa, tan distinta de la nuestra en muchos aspectos. Viví una experiencia laboral en Japón desde dentro, así como el sistema de entrevis-

tas de trabajo y la estructura que tiene la sociedad japonesa. Los conocimientos que adquirí y que luego seguí desarrollando en España me llevaron a obtener el grado intermedio-avanzado (N2) del JLPT y a hacer del japonés no sólo una lengua que pudiese hablar y entender, sino también un objeto de estudio junto a la cultura.

No todo fue fantástico, pues el *shock cultural* me hizo verme en más de una ocasión desorientado y sin saber qué hacer, además de no conseguir una comunicación efectiva debido a que había aspectos culturales que desconocía y que, por más que intentara expresarlos por medio del lenguaje, no conseguía transmitir. Causé más de un malentendido por puro desconocimiento. No obstante, me sirvió para aprender mucho y para madurar como persona.

Como consejos personales, a cualquier persona que quiera estudiar en Japón le daría estos 8 consejos:

• Ahorra dinero antes de ir. El euro ha subido mucho con respecto al yen y las compras cotidianas pueden ser bastante baratas, pero la combinación de gastos diarios con transporte, libros, comida y ocio puede subirse hasta niveles altos. El encontrar un trabajo por horas allí será beneficioso y no es difícil si se tienen buenos conocimientos de inglés.

• ¡Estudia japonés! El concepto de que los japoneses saben hablar muy bien inglés no es cierto. Muchos de ellos tienen verdaderos problemas con la lengua de Shakespeare y sólo con el inglés no será suficiente para una comunicación efectiva.

• No temas a preguntar. Si por algo se caracterizan los osakeños es por su amabilidad y su disposición a guiarte a donde necesites. Son gente amable y si tienes un problema y ellos te pueden ayudar, ten por seguro que lo harán.

• Sé educado y guarda las formas. Donde fueres, haz lo que vieres. Japón es un país en el que la elegancia, los modales y el protocolo son muy importantes en el trato con la gente.

•Eres extranjero/a. Esto no es algo malo, sino simplemente algo que, pasado el tiempo, se llega a olvidar y puede ser un verdadero problema. Por más tiempo que pases en Japón o por bien que hables el idioma, para los japoneses siempre vendrás de fuera. Recibirás un buen trato pero muy diferente al que tienen entre ellos mismos. No pienses en ello en demasía y sé consciente siempre de dónde vienes.

•Si puedes, cómprate una bicicleta. Es algo que verás muy a menudo: madres, estudiantes, oficinistas… prácticamente todo el mundo usa la bicicleta en Japón. Si no quieres gastarte un dineral en transporte para ir a la escuela o para ir por los alrededores de la residencia, te sugiero que te agencies una. En la zona de Hanazono-chô, cerca de la estación del mismo nombre que pertenece a la línea Yotsubashi, encontrarás un montón de "recycling shops" donde hay bicicletas a muy buen precio. Se tardan unos 40 minutos desde Shôwa-chô a la escuela si vas a buen ritmo, por lo que si lo haces regularmente te moverás bastante, algo genial para los amantes del deporte. Has de tener cuidado cuando aparques la bicicleta: en muchos sitios (sobre todo en Namba y Shinsaibashi, además de Dôtombori) se la puede llevar la grúa. Si eso ocurre, muestra en una caseta de policía la licencia de la bici y te indicarán a qué depósito la han llevado. Tendrás que pagar 2500 yenes de multa pero…¿no querrás perder tu querida mama chari, no?

• Japón es seguro, pero no tanto. Cuando cae la noche, Osaka pasa de ser una ciudad en la que todo el mundo trabaja a ser una ciudad donde muchos aprovechan para divertirse tras una larga jornada laboral. Los hay que gustan de cenar en un *izakaya*, beber y cantar en un karaoke pero también hay gente que busca bronca y que se dedica a negocios poco o nada legales. Esto puede ocurrir en Dôtombori y que en un momento dado te encuentres con que has ido un karaoke y la tarifa que te cobran es astronómica, que alguien te robe la cartera o que puedas presenciar una pelea. O puede ocurrir en Hanazono-chô o Dôbutsuen-mae, zonas

Laura Martín Ramos

Institución de acogida: Università Ca' Foscari di Venezia (Italia)

Titulación: Historia

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (5 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Artes y Humanidades

Este no es un relato de una Erasmus, este es el relato de una alumna que se planteó unos objetivos. Es el relato de cómo se desarrollaron tales objetivos y cómo fueron satisfechos. La meta de esta alumna es formarse en arqueología medieval y trabajar de ello. De este modo, aquí se relatan uno de los pasos que esta alumna está siguiendo en su largo camino que es la formación, no sólo académica, sino humana a la que todos nos enfrentamos día a día. Aquí habla la voz de la juventud, la voz de la ilusión por trabajar en lo que a uno más le gusta y lo que uno hace mejor, pero sobre todo la voz de una alumna que quiere mejorar día a día su formación tanto académica como personal, habla la voz de una alumna que ha tenido la suerte de descubrir bastante pronto qué quiere hacer en la vida y que por lo tanto "va a por ello".

De este modo este relato no comienza describiendo el avión de llegada al destino Erasmus, ya que para comprender la esencia de esa estancia se debe de comenzar mucho antes, en concreto desde que esta alumna comenzó sus estudios. Desde el año 2009 en el cual inicié mis estudios en Historia en la Universidad de Granada, entendí que mi interés era la arqueología medieval. De modo que para especializarme en tal rama, decidí desde el primer curso combinar la licenciatura con otras actividades que complementasen mi formación. Tales actividades se basaron en la participación en diferentes excavaciones, trabajos de investigación en el laboratorio de arqueología universitario, la presencia en diferentes congresos y encuentros científicos, participando en primera persona en algunos, además del disfrute de la Beca de Colaboración de Estudiantes Universitarios ofrecida por el Ministerio de Educación y Ciencia durante el curso académico 2011-2012.

Tuve la oportunidad de acercarme a los estudios realizados por el profesor Sauro Gelichi y por sus alumnos y colegas de la Università Ca' Foscari di Venezia, teniendo la oportunidad de trabajar con ellos en agosto de 2011 en la excavación dirigida por este investigador en el castro de Cuol di Ciastiel, en Forni di Sopra (Udine, Italia). Allí conocí a alumnos de la Università Ca' Foscari que me hablaron de las asignaturas que se ofertaban, qué temas se trataban en clase, etc. Así, trabajar con ellos directamente me hizo darme cuenta de lo provechoso que podría ser pasar una "larga temporada" conociendo más de cerca tanto el método de trabajo del grupo arqueológico como el sinfín de asignaturas sobre arqueología y arqueología medieval que la universidad ofertaba.

Pensé que sería maravilloso tener la oportunidad de estudiar en Italia durante un año. Para ello la solución fue fácil: solicitar una libre movilidad. Aunque tal programa me suponía un problema: la libre movilidad no dota a sus participantes de ayuda económica. Sabía que debía de ir a Venecia, salir al mundo, conocer qué se daba en clase, cuál era la metodoogía que aplicaban los arqueólogos en tal universidad. Encontré la solución en la página web de la Universidad de Granada cuando encontré el programa Erasmus Prácticas. Mis problemas estaban solucionados: simultanearía una libre movilidad con el aporte económico de una Erasmus Prácticas.. Esta solución resultó ser un complemento ideal a esta estancia, ya que decidí solicitarla para trabajar en el Laboratorio di archeologia medievale de la Università Ca' Foscari dirigido por el catedrático Sauro Gelichi. De este modo, la teoría que adquiriera en las clases se podría complementar con el trabajar codo con codo con tales arqueólogos en sus investigaciones. Los planes estaban ya hechos, únicamente faltaba

lcomenzar el camino. Buscar una casa no fue muy fácil, pero fueron bastante útiles los sitios web que facilitaba la universidad de destino, así como una página web utilísima en toda Italia (http://www.bakeca.it/home.php) no sólo para buscar apartamento sino también para buscar cursos de formación y trabajo.

Vivir en Venecia

Mis intenciones eran académicas, pero Venecia ofreció mucho más. La Erasmus no es únicamente estudiar fuera, aunque creo que debería de ser uno de los principales motivos de la marcha de los alumnos, sino que también es descubrir qué hay fuera. Vivimos unos tiempos en el que todos pueden ver el mundo desde casa (internet, fotografías, documentales, programas mediáticos como el famoso Callejeros Viajeros...) pero en el que no todos pueden verdaderamente conocerlo.

¿Qué me aportó a título personal esta experiencia? Creo que una experiencia así ayuda mucho a madurar a una persona. Ayuda a desarrollar la capacidad de uno mismo a adaptarse a aquello que le es ajeno, además activa y desarrolla la curiosidad de cada uno por las cosas nuevas. Una curiosidad que lleva a conocer y descubrir un sinfín de cosas. Fue una sensación abrumadora llegar a la estación de tren de Santa Lucía de Venecia y darme cuenta, sentir que tenía un año entero en esta ciudad, que esa ciudad sería mi nueva casa, que descubriría sus escondrijos, sus calles secretas, los mejores sitios que los turistas no tenían ocasión de conocer... Lo que nos hace madurar es encontrarnos "solos" ante esa inmensidad.

Llegas solo, pero no estás sólo, pronto van apareciendo personas maravillosas cada cual de una nacionalidad y cultura diferentes que contribuyen a enriquecer el mundo interior de cada uno. Te ayudan a echar raíces en un sitio nuevo, aprendes a descubrir que no es tanto aquello que nos diferencia del mundo exterior, y en el caso de las diferencias, aprendes a saborearlas como algo único. Es por ello que pienso que este tipo de becas ayudarían a muchos a ampliar sus miras y a abrir la mente. Además, en Italia viajar es fácil y barato, aunque no tan barato como un estudiante desease. Hay una inmensidad de conexiones de líneas de tren que te pueden llevar a muchos puntos de la península. La facilidad de organizar un buen viaje la aporta en gran medida una web muy bien organizada de trenes: www.treintalia.com .

Estudiar y trabajar en Venecia

Tras mi experiencia puedo decir que una de las ventajas que aporta a un estudiante estudiar en el extranjero es que a aquellas competencias específicas del campo de trabajo de cada uno se añaden otras no tan fáciles de adquirir y muy demandadas hoy en día, me refiero a aquellas que llaman competencias transversales. En mi opinión todo ello fue aportado gracias a una obligatoria adaptación a unos métodos de estudio y trabajo diferentes y por lo tanto afrontar con más madurez el trabajo. De este modo, creo que una persona que haya vivido durante un cierto tiempo en el extranjero tiene un "algo", un punto más de cara por ejemplo a una selección de trabajo o una entrevista de trabajo, precisamente por ese modo global y abierto de pensar que aporta esta experiencia, factores que juzgo muy importantes en el mundo laboral hoy en día.

Trabajar en el *Laboratorio di archeologia medievale de la Università Ca' Foscari* me aportó un sinfín de competencias nuevas y me ayudó a madurar aquellas ya adquiridas en la Universidad de Granada. Afiancé mis conocimientos sobre el estudio arqueológico del material cerámico. En relación a éstas, una de mis obligaciones en el trabajo fue el de dibujar parte del repertorio cerámico de excavaciones realizadas por el grupo de cara a su ilustración para la publicación. Otra de mis competencias fue la de estudiar una serie de cerámicas de procedencia española encontradas en las excavaciones del grupo realizadas en una de las islas de Venecia: San Giacomo in Paludo. Tal investigación ha dado como fruto la publicación de un artículo titulado La cerámica spagnola nell'area Veneta (cuya autoría recae además de en mí en el

profesor titular Alberto García Porras de la Universidad de Granada) en una monografía todavía sin publicar que el grupo de Venecia dedicará a las excavaciones de San Giacomo in Paludo.

Este estudio en concreto, junto a mi experiencia personal fuera de España, ampliaron mis miras. Es decir, estudiar la serie de intercambios comerciales y culturales que se dieron en el pasado entre España e Italia, y ser prueba viviente de ese intercambio cultural en el presente, afianzaron en mí algo que a los estudiantes de Historia se nos remarca mucho: el Mediterráneo como un caldo de cultivo de una serie de experiencias que han conllevado y siguen conllevando a una cultura única conformada a su vez por otras culturas. Una especie de puzle cultural del que únicamente la unión de las varias culturas que lo forman consigue completarlo.

Estos sentimientos se verán afianzados gracias a una futura participación durante este verano en una de las excavaciones del profesor Alekx Pluskowski de la *University of Reading* (Inglaterra) en Polonia. El contacto con tal profesor fue establecido por una de las profesoras que conocí en la *Università Ca' Foscari* en mi Erasmus. Es decir, la estancia en Venecia no sólo me aportó en momentos contemporáneos a mi estancia sino que lo sigue haciendo en el presente y lo seguirá haciendo en el futuro.

Otro aspecto que me gustaría destacar en mi trabajo en el Laboratorio es la colaboración que tuve que prestar a una de las doctoras del grupo en sus investigaciones sobre un repertorio de vidrio encontrado en una serie de excavaciones. Este tipo de estudios son bastante escasos en el mundo académico y según esta alumna todavía poco tratados. De tal modo, tener la suerte de trabajar codo con codo con una persona especializada en el estudio de este tipo de cultura material amplió mis horizontes investigadores. Mis planes de futuro inmediato son aquellos de aplicar estos conocimientos adquiridos a la investigación de repertorios vítreos aparecidos en excavaciones en Granada (siempre vinculado al grupo Toponimia Historia y Arqueología del Reino de Granada de la Universidad de Granada). De tal modo, la Universidad de Granada se beneficiará directamente de la estancia de esta alumna y una vez más del acuerdo europeo del programa Erasmus.

Otra de las ventajas que aportó a mis estudios de licenciatura la universidad de Venecia fue el amplio repertorio de asignaturas específicas dedicadas al mundo medieval y a la arqueología que se dedica al estudio de tal periodo. Debo recalcar el papel de la profesora Fernanda Sorelli de la Università degli studi di Paodva, de la cual tuve el placer de ser alumna gracias a una asignatura interuniversitaria entre la universidad de Venecia y de Padua (Fonti e metodi della ricerca medievistica –Fuentes y métodos para la investigación medieval –). Aunque una vez más debo citar al profesor Sauro Gelichi, con el cual realicé varias asignaturas. Este catedrático fue una de las razones por las cuales decidí estudiar en Venecia y mis expectativas fueron más que satisfechas. Este profesor ni más ni menos fue una de las personas que dieron vida en la dedada de 1980 a una ciencia tan joven como lo es la arqueología medieval. Todas sus asignaturas estaban relacionadas con tal temática. Los conocimientos adquiridos en Granada se afianzaron, pero aparecieron muchos nuevos. Además de aquellos específicos, los más provechosos fueron los conocimientos y miras transversales que me aportaron cursar estas asignaturas. Es decir, aprendí a mirar desde un sinfín de ángulos diferentes la arqueología, y comprendí el gran abanico que ofrece este tipo de estudios.

En conclusión, considero provechoso para cualquier alumno ampliar su mundo mediante el programa Erasmus. A título persona puedo decir que tal experiencia me ha beneficiado enormemente no sólo durante la estancia, sino que los contactos, amistades y conocimientos adquiridos me siguen beneficiando en el presente y estoy segura de que seguirán haciéndolo en el futuro.

Eduardo Aceituno Martínez

Institución de acogida: Université Montpellier I (Francia)

Titulación: Estudios Franceses

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (9 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Artes y Humanidades

Recuerdo la fórmula que servía a mis compañeros de clase para conjurar los nervios hace dos años: "¡Va a ser el mejor año de nuestras vidas!". Nuestra ilusión se fundaba en que, de alguna manera, las enormes expectativas de todos los becarios Erasmus parecen acabarse cumpliendo.

Por eso, durante mi primer mes en Montpellier, me preguntaba qué me sucedía a mí, por qué no conseguía encontrarme a gusto. Quizás había fantaseado demasiado por culpa del exceso de tiempo libre en verano, o tal vez se tratara de una mala racha incontrolable, que sobrevenía en el momento menos oportuno. Poco a poco, sin embargo, me fui convenciendo de que no atravesaba un mero problema de adaptación. Estaba violentando una parte de mí que me exigía algo diferente.

El problema era que mis primeros pasos en Montpellier no me encaminaban adonde yo quería. Mi rutina se estructuraba en torno a las salidas nocturnas con una cincuentena de españoles, pandilla a la que no paraban de incorporarse recién llegados, quienes cumplían con un único requisito: compartir nuestra "simpática" nacionalidad. Una vez congregados, nos encaminábamos hacia el pub de turno, aquel que organizara esa noche una fiesta Erasmus. Los viernes y los sábados tocaba botellón en un descampado a las afueras de la ciudad, para no descuidar esa práctica tan española, tan nuestra. Nos concedíamos el domingo para recobrar fuerzas.

Conocí así a muchos jóvenes afables, interesantes, divertidos. Pese a todo, yo no podía evitar mantener ner un poco las distancias. Sentía que aquel no era mi mi lugar y que no podría soportar la situación por mucho tiempo.

Que conste que no pretendo arrojar descrédito sobre los estudiantes Erasmus españoles. Baste decir que, según constaté enseguida, innumerables ingleses, italianos, polacos y demás obedecían al mismo patrón. Era frecuente cruzarse por la calle con alguna de estas comitivas, que parecían haber acudido a modo de representación de sus respectivos países. ¿Y los jóvenes franceses? Solía abordarlos en la facultad, entre clase y clase, inventando cualquier pretexto (no haber entendido una indicación del profesor, no orientarme bien aún por el campus), un poco a la desesperada. Pero mi timidez me impedía ir mucho más allá.

Por fortuna, mi atención fue afinándose y comenzó a atravesar la capa más superficial de la atmósfera que me rodeaba. Comencé a percibir resquicios de luz abiertos por doquier en medio de la sordidez inicial. Descubrí poco a poco un universo de detalles en torno a mí; esos detalles que muchas veces corren el riesgo de pasar desapercibidos, cuando es allí donde reside lo esencial. Gracias a esos matices, a esas excepciones, recobré el aliento. Porque, según pude constatar en Montpellier, existen dos modos de plantearse la experiencia Erasmus, más allá de que todos los estudiantes persigan la alegría y el disfrute. Para algunos, en eso consiste todo. Para otros, los menos, son importantes ciertos matices, ciertos detalles: es fundamental prestar atención a hábitos diferentes, interiorizar nuevas expresiones, intentar comprender otros razonamientos, adaptarse a otras maneras de estructurar el tiempo y la sociedad, tratar

de seguir la dirección que toman diversas miradas. En definitiva, abrirse para poder conocer algo nuevo.

De ese modo, con paciencia, conseguí dejar atrás las generalizaciones. Hay quien tilda a los franceses de fríos, de distantes, y no pude sino planteármelo la primera vez que entré a un aula y encontré a cuatro alumnos en silencio y cabizbajos, sentados cada uno junto a una esquina. Es cierto que a menudo tenía que ser yo el encargado de romper el hielo, pero lo que venía a continuación hacía que ese paso inicial mereciera la pena, sin duda. Los estudiantes franceses desplegaban una inmensa amabilidad y se mostraban solícitos para ayudarme a resolver cualquier duda o problema. A partir del momento en que les dirigía la palabra por primera vez, me saludaban con una sonrisa cada vez que nos cruzábamos por los pasillos, y cuando me sentaba con ellos en clase resultaban ser mucho más extrovertidos de lo que uno hubiera podido suponerse.

En los comedores universitarios conocí a Pierre y a Julien, que se convertirían en mis mejores amigos en Montpellier. Las primeras veces que comimos juntos, he de admitir que me costaba horrores seguir la conversación. Me limitaba a sonreír, a asentir y a intercalar algunos monosílabos. Poco a poco, ese contratiempo se fue desvaneciendo. Mis dos amigos se propusieron enseñarme la región. Dicho y hecho: pronto recorríamos en coche los paisajes de los alrededores de Montpellier, deteniéndonos en los pueblos donde Pierre y Julien tenían algún conocido. No podría calcular la cantidad de partidas de petanca en las que me invitaron a participar, ni las historias y anécdotas con las que mis innumerables anfitriones se proponían amenizar mi breve estancia.

Recuerdo que un fin de semana ideamos una ruta para visitar varios castillos cátaros, en las cercanías de Montpellier. Creo que aquellos castillos en ruinas, olvidados en mitad de la nada, invadidos de una vez por todas por la vegetación, me brindaron uno de los días más hermosos de mi vida. La belleza y la paz que irradiaban aquellos antiguos bastiones dotaban a nuestros gestos de una especie de dulce solemnidad. Por momentos, en cambio, reíamos a carcajadas, correteando como chiquillos por aquel territorio exótico y perdido. Jugábamos a imaginar conquistas, altercados, honorables discursos pronunciados allí mismo siete siglos atrás. Sentí que nunca había conectado tanto con mis dos amigos como en aquel instante. En aquel escenario, testigo privilegiado de la intolerancia, la incomprensión, el fanatismo de las civilizaciones, tres jóvenes de orígenes diversos (los padres de Pierre eran ingleses) compartíamos una cierta sensibilidad, una cierta imaginación, un cierto sentido del humor, que forjaban entre nosotros una complicidad absoluta. Los tres gozábamos gracias a la misma emoción.

Todo pintaba cada vez mejor. Me reconcilié definitivamente con los programas de intercambio de estudiantes cuando entablé amistad con otros alumnos extranjeros. Acabamos por confeccionar un pintoresco grupo de italianos, españoles, belgas, holandeses, alemanes... Conocí incluso a un estudiante de Yibuti, país que a duras penas habría sabido localizar en un mapa, y que me dejó asombrado al hacerme una demostración de sus nociones de español. No tardamos en organizarnos para visitar algunas ciudades próximas. Así pudimos descubrir los encantos que encerraban todas ellas: el cementerio de Sète junto al mar, que inspiró a Paul Valéry su más famoso poemario; las Arenas de Nîmes, donde los gladiadores romanos han dejado paso a los toreros hispanos; el viaje a la época medieval en Carcassonne; el paso majestuoso del río Garona en Toulouse; el azul hipnótico del mar en la Costa Azul... También solíamos alquilar bicicletas los fines de semana y poner rumbo a la playa, que distaba unos diez kilómetros de Montpellier.

Queda patente que tuve ocasión de aprender mucho, y de disfrutar aún más. Lo que no podía imaginar era que yo también iba a gozar de la oportunidad de hacer un pequeño aporte personal a la cultura musical

de la ciudad. Y es que, señores, toco la bandurria. Un instrumento que aquí supone casi motivo de vergüenza y escarnio público, en Francia (donde nadie ha oído hablar de él) fue acogido con entusiasmo. No fui consciente de las posibilidades que me ofrecía mi querida bandurria hasta una ocasión en que llamaron a la puerta de mi habitación, en la residencia universitaria. Abrí y me encontré con miembros de las juventudes socialistas, que realizaban una encuesta y se interesaron por la melodía que habían escuchado desde el exterior. Cuando les mostré mi humilde instrumento, se lo fueron pasando unos a otros, contemplándolo con admiración. Finalmente quisieron hacerme una foto con la bandurria, y me pidieron permiso para divulgarla en los medios del partido. Quién sabe si en este momento mi cara y mi instrumento figuran en algún panfleto de propaganda electoral en el país vecino.

La residencia contaba con una bonita zona de césped, donde había observado que acudían de vez en cuando muchachos con guitarras y ukeleles, para entonar al aire libre sus canciones. Allí acudí blandiendo mi bandurria. Mientras tocaba, sentado en el césped, percibía la mirada curiosa de algunos jóvenes que iban y venían. Al cabo de un rato, me percaté de que unos jóvenes se habían detenido a unos metros de mí y me brindaban su atención. Entablé conversación con mi discreto auditorio, y descubrí que se trataba también de extranjeros: una pareja de turcos y otra de húngaros.

No podría expresar lo afortunado que me siento hoy por haberlos conocido. Es incalculable la alegría que me procuró haber provocado aquella casualidad. Existen personas entrañables que, por insólito que parezca, se revelan incapaces de albergar un mal pensamiento. Mis nuevos amigos pertenecían a esta milagrosa especie. Fue una pena que partieran en febrero, ya que habría sido maravilloso contar con su presencia en Montpellier durante todo el año. Los dos turcos incluso habían barajado la opción de quedarse, pero la interminable burocracia que les asaltó en la Préfecture cuando trataron de prolongar el visado, bastó para hacerles desistir del intento.

Quiero mencionar tantas cosas que no he abordado todavía el asunto de mis asignaturas en la universidad, y sería injusto pasarlo por alto. En general, la dinámica de las clases me encantaba. Cursé entre otras cosas contenidos de filosofía, de historia, de poesía, que me han hecho apasionarme por materias de las que entonces sólo tenía nociones básicas. El sistema consistente en dividir las horas lectivas de cada asignatura en "Cours Magistraux" y "Travaux Dirigés" me ha parecido de lo más acertado: la combinación ideal de tradición (a la hora de tomar los clásicos apuntes) y modernidad (con clases dedicadas en exclusiva a la interacción del profesor con el alumnado), de fondo y forma, de exigencia y motivación. Los resultados eran evidentes. Las clases de filosofía se transformaban en encendidos debates; daba gusto comprobar hasta qué punto puede alentarse un espíritu crítico y participativo entre los jóvenes. En mi habitación, emprendía segundas o terceras lecturas de los clásicos de la literatura francesa, movido por un renacido interés tras las explicaciones ofrecidas en clase.

He intentado describir, a lo largo de estas líneas, en qué medida este año en Montpellier ha marcado un antes y un después para mí. En efecto, también yo puedo afirmar, como tantos otros, que he pasado el mejor año de mi vida en Francia, gracias a la beca Erasmus. Incluso tal vez no el mejor, pero sí el más determinante, por todo lo que me ha aportado a nivel personal. Puede que mi evolución no se manifieste tanto en datos o hechos concretos, como en un cambio de actitud.

Ahora intento conocer mejor a las personas que me rodean, empezando por mí mismo. Existen nexos de unión invisibles, infinitamente más poderosos y resistentes que las supuestas diferencias culturales o los anacrónicos clichés. Cultivando las buenas maneras y la empatía, siempre pueden unirnos más cosas de las que nos separan: desde las artes hasta la comida, desde el deporte hasta el amor a la naturaleza, pasando por todo tipo de pasiones y vocaciones.

Elena Ruiz Cortés

Institución de acogida: Università di Bologna (Italia)

Titulación: Traducción e Interpretación

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (4 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Artes y Humanidades

Estoy segura de que detrás de cada Erasmus hay una historia que merece ser contada y analizada. Yo voy a ofrecerles la mía. Espero que mi experiencia sirva a futuros estudiantes Erasmus a resolver aquellas dudas y miedos que todos tenemos antes de enfrentarnos a esa nueva etapa. Este "Manual" va dirigido a ellos.

Fase 1: Tomar decisiones

1. ¿Debería irme o no de Erasmus? ¿A quién pido ayuda o consejo?

Creo que la mayoría de los estudiantes, en algún momento de su vida universitaria sienten el "gusanillo" de solicitar el programa Erasmus. Desde que crucé por primera vez las puertas de mi facultad sabía que iba a solicitar este programa de movilidad. ¿Por qué? Creo que porque sentía una gran curiosidad por aquello que el Erasmus significaba: estudiar en otro país, conocer gente nueva, hablar otros idiomas... Después a la curiosidad se le unió un sentimiento de responsabilidad, que no era más que la firme convicción de que esta es una de esas oportunidades que te arrepientes de no haber aprovechado.

Mis reservas se centraban sobre todo en elegir el año correcto para mí. En los primeros años de carrera no me sentía preparada para afrontar esa experiencia sola porque necesitaba, entre otras cosas, mejorar mi nivel de lengua. Os recomiendo que no os dejéis llevar por la moda que existe en todas las carreras de elegir el "año Erasmus estrella" de esa carrera (en la mía era segundo), si creéis que no es el año idóneo para vosotros. Yo estoy convencida de que hay un año perfecto que adapta a nuestras circunstancias, solo tenemos que encontrarlo. Por supuesto, mis reservas no se quedaban ahí. Sin embargo, he de reconocer que la mayoría de ellas se resolvieron una vez que encontré las fuentes de información apropiadas a las que acceder. ¿Cuáles son esas fuentes? Pues dependerá del tipo de información que vayáis buscando. Por ejemplo a través de la página web del Vicerrectorado de Relaciones Internacionales y de Cooperación al Desarrollo, podéis acceder a la convocatoria del programa en el que se destacan, entre otros aspectos, las fechas para cada procedimiento y otra información de interés. Si por otra parte, buscáis información más práctica, nada puede ayudaros más que contactar con compañeros que previamente hayan estado de Erasmus en aquellos destinos de los que necesitáis información. Por supuesto, hay también otras muchas fuentes que están a tan solo un clic o un correo de distancia. ¡Aprovechadlas!

Este breve mensaje va dirigido a aquellos más escépticos que siempre encuentran alguna razón para no solicitar el Erasmus. A no ser que tengáis razones de peso, no dejéis que elementos como el miedo al idioma o al cambio os impida disfrutar de esta experiencia, porque con un 99% de probabilidad va a merecer la pena. Si no os ayuda en el ámbito académico, lo hará en el personal o en el profesional o quizás incluso en todos ellos. La época universitaria ya no se vuelve a repetir, es la época de correr riesgos y vivir experiencias enriquecedoras, ¡no desaprovechéis la oportunidad!

2. He decidido irme de Erasmus… ¿Pero dónde?

Una vez tomada la determinación de irse de Erasmus, hay que elegir el destino apropiado. En mi caso la elección del destino se vio condicionada por el hecho de que necesitaba estar uno de los cuatrimestres en Granada, por lo que tuve que elegir un país que

me permitiera cursar tan solo un cuatrimestre. Tuve la gran suerte de que Italia lo permitía y como el italiano era una de mis lenguas de trabajo, no tardé en elegir el país.

En este caso, mi consejo es que elijáis un país en el que más o menos os defendáis o podéis llegar a defenderos en la lengua en la que se imparten las clases. Algunos diréis que es un consejo bastante obvio, pero creedme, hay gente que por no tener este factor en cuenta ha venido con un gran número de asignaturas suspensas.

Por otra parte, elegir el orden de destinos me llevó más tiempo. La selección de destinos tiene mucho que ver con las expectativas y objetivos que tenga el estudiante. Creo que el objetivo principal, por lo menos en la fase de selección, no debe ser vivir la experiencia Erasmus en cualquier sitio, sino elegir aquel país y aquella universidad de los que podáis sacar mayor provecho. Lo que particularmente a mí me hizo inclinarme en el orden, fue el prestigio que tuviera esa universidad en mi especialidad, ¡establece vuestras prioridades!

Y ahora mismo os estaréis preguntando: ¿pero cómo establecemos esas prioridades? Mi consejo es que busquéis información sobre los destinos y las universidades centrándoos, entre otros, en estos aspectos:

• ¿Esa facultad tiene un plan de estudios que os pueda favorecer en relación tanto con vuestra carrera como con vuestra posible especialidad dentro de ella?

• ¿Dónde está ubicada la facultad? Por ejemplo en mi caso, yo cursé el Erasmus en la Universidad de Bolonia, pero mi facultad no estaba en Bolonia sino en un pueblo a una hora de distancia, esos detalles hay que conocerlos.

• ¿Las ciudades que estáis eligiendo están dentro de vuestras posibilidades económicas?

• ¿En qué idioma se imparten las clases?

• ¿Habéis solicitado solo facultades que cuentan con un número muy limitado de plazas?

• ¿Habéis solicitado solo aquellas facultades que se encuentran en las ciudades que conocéis u os suenan?

•¿Se os exige un nivel concreto de algún idioma o incluso algún título en concreto que lo acredite?

Recordad que elegir los destinos que mejor se adapten a vosotros no solo tiene que ver con aspectos académicos sino también con las circunstancias personales y familiares. Tened todos los posibles factores en mente durante la selección. Y algo más importante, ¡elegid de forma responsable!

Fase 2: I'm an Erasmus

1. Hacemos las maletas y nos vamos.

que todo estudiante que se va de Erasmus tiene e al país de destino; es lo normal. Yo recuerdo que cuando estaba en el viaje de ida a Bolonia pensaba que como iba a Italia, una cultura muy parecida a la nuestra, el cambio no iba a ser tan grande; me equivocaba. Siempre va a suponer un cambio, pero eso no es negativo, de hecho yo considero que es positivo. Cuando vuelves a España, todo el mundo te pregunta qué tal la experiencia. Es una pregunta muy difícil de contestar, cuando lo viváis os daréis cuenta. La palabra Erasmus evoca una amalgama de emociones entre las que se pueden encontrar alegría, entusiasmo, soledad, amistad…

2. ¿Cuál es la combinación perfecta para aprovechar el Erasmus al máximo?

La que cada uno decida. Por supuesto no perdáis la oportunidad de viajar, conocer nuevos sitios y personas, confiar, aprender y madurar. Mi consejo es: ¡sed una esponja! Absorbed toda la sabiduría e información de la gente que os rodea y preguntad lo que os inquiete.Participad en todas las actividades que se os proponga, porque es la mejor manera de conocer gente y afianzar relaciones.

Os diría aún más, ¡poneos retos! No vayáis solo a lo fácil. Cogeros asignaturas que os hagan aprender porque serán de las que estéis más orgullosos cuando volváis.

Fase 3: Home Sweet Home

1. Vuelta a casa

Tras un período de vuestras vidas que posiblemente sea uno de los más memorables tocará volver a casa. A nivel burocrático, deberéis volver con vuestras notas que pasarán a formar parte de vuestro reconocimiento de estudios y los demás documentos de final de estancia que se os exijan. Aparte del papeleo, volveréis con amigos de diferentes partes del planeta y miles de historias y anécdotas que contar.

Por último voy a hacer una pequeña reflexión sobre la supuesta excelencia que pueda haber en mi experiencia Erasmus.

Este Erasmus tenía para mí un objetivo muy claro: mejorar mi nivel en unas lenguas y aprender otras nuevas, y lo conseguí. Cuando llegó el momento de elegir las asignaturas que irían al Acuerdo final, me encontré en el dilema que muchos de vosotros os encontraréis: ¿curso aquellas que sé que voy a aprobar con más facilidad o las que suponen un desafío? Creo que aquí la receta perfecta, como en casi todo en la vida, es un punto intermedio. Si todas las asignaturas que eliges son muy difíciles, eso no te va a dejar tiempo para otro tipo de actividades como las lúdicas. Pero si por el contrario, eliges asignaturas que son fáciles de aprobar y no te suponen un gran esfuerzo, ¿vas a aprovechar al 100% la oportunidad de estudiar en otro país? Yo creo que no.

Yo opté por cursar dos asignaturas que suponían un especial desafío para mí: un A1 de eslovaco y una asignatura avanzada de traducción de italiano bastante complicada. Esas dos asignaturas supusieron una dedicación casi diaria, pero reconozco que el esfuerzo mereció la pena. El motivo que me llevó a coger eslovaco fue que me llamaba la atención cursar alguna lengua "no común" antes de terminar la carrera. He de decir que las primeras semanas me sentía muy perdida. En la clase nos entendíamos en una mezcla de inglés/ italiano porque cada vez que la profesora hablaba en eslovaco ya os podéis imaginar las caras que se nos quedaban a todos. Para mí supuso una dificultad añadida porque en la carrera solo he estudiado lenguas latinas y ninguna eslava, por lo que aquello se me hizo "cuesta arriba" casi hasta la mitad de curso. Creo que estudiar eslovaco ha hecho que me dé cuenta de que ninguna lengua es imposible de aprender, incluso aquellas que en un primer momento ni tan siquiera te planteas. Por ese motivo, creo que cursar esta asignatura "diferente" ha influido positivamente en mí y en mi forma de afrontar los retos. En cuanto a la asignatura de traducción de italiano fue algo parecido. Me la marqué como mi reto personal con el italiano y tengo que reconocer que casi todo lo que mejoré en esa lengua se lo debo a esta asignatura. Tengo que admitir que en estas dos materias más complicadas, mis profesoras siempre estuvieron a mi disposición para aquello que necesitara. A veces me desmoralizaba un poco porque creía que la dificultad podría conmigo, pero al final eso me motivó y aprobé ambas asignaturas. En eslovaco saqué un 10, lo que para mí fue increíble ya que no me lo esperaba. Por otra parte, en la asignatura de traducción saqué un 6.

En conclusión, yo no podría decir que mi Erasmus puede calificarse como "excelente", entre otras cosas porque habría que valorar muchos elementos para hacer tal afirmación. Lo que sí que puedo asegurar, es que mi actitud ante él sí lo ha sido. En esta etapa, he intentado aprovechar al máximo todo lo que iba viviendo, siendo además consciente de la oportunidad que significaba. He disfrutado de la experiencia de una manera responsable y me he preocupado por aprender todo lo que estuviera en mi mano. Me he relacionado con el profesorado extranjero, con el que tengo muy buena relación. He mejorado mi nivel en inglés y en italiano. Y lo más importante: he conocido a gente de todo el mundo con los que he aprendido y junto a los que he crecido. Excelente o no, este Erasmus siempre formará parte de mi vida y lo recordaré como una experiencia única y enriquecedora, lo que para mí es más que suficiente.

Elia Moreno Suárez

Institución de acogida: Norges Teknisk-Naturvitenskapelige Universitet (Noruega)

Titulación: Psicología

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (5 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias de la Salud

El día que llegué a Trondheim cambiaron muchas cosas dentro de mí. Desde esa noche en la que entré en el que sería mi nuevo hogar durante seis meses, empecé a absorber cada detalle que fuera capaz de percibir. Cualquier cosa servía para ser aprendida, valorada o recordada.

La primera noche valoré que mis nuevos compañeros de piso, los cuales no me conocían, pero sí sabían la hora de mi llegada, estaban esperándome con la cena puesta en la mesa. Es un detalle muy valorable porque eran las 9 de la noche, y ellos seguían un horario mucho más centro-europeo. Es decir, habían esperado tres horas más de lo que su horario les marcaba solo para tener ese detalle conmigo, suponiendo que llegaría hambrienta y cansada. Algo que aprendí esa noche también hablando con ellos, es que eramos muy diferentes. Nuestro piso estaría formado por una chica alemana de 24 años, un chico austriaco de 27, un chico chino de 25 y yo, una española de 20 que se sentía como la mascota, ya que todos hablaban mucho mejor que yo inglés. Todo en esa noche fue para recordar.

A lo largo de las primeras semanas seguí valorando, aprendiendo y recordando. Observé y fui conociendo el sistema de la universidad, la recepción que nos dieron a los estudiantes internacionales y como nos valoraban de sobremanera, por todo lo que podríamos aportar, gracias a nuestras diferencias culturas, enriqueciendo así a la propia universidad (la NTNU) y a sus estudiantes.

En esos días conocí también a mucha gente de mil sitios: Korea, China, Alemania, Francia, Finlandia, Suecia, Estados Unidos, Australia, Perú, Méjico, Singapur, India, Etiopía, Rusia, Zimbawe, Zambia, Italia... Sencillamente algo increíble para mi. Cualquier mínima conversación te podría hacer ver detalles de su forma de pensar y de su cultura y estos detalles de alguna forma me hacían ver mejor mi propia forma de pensar.

Las clases eran totalmente distintas a lo que yo estaba acostumbrada. Apenas eramos unas 25 personas y había al menos 12 nacionalidades, las actividades solían ser de debate así que siempre salían opiniones y puntos de vista realmente dispares. No había exámenes, tan sólo trabajos parecidos a tesinas en los que teníamos que leer tropecientos artículos y escribir sobre un tema a nuestra elección, lo cuál me pareció de los más enriquecedor, ya que tenía que conseguir ideas, elaborarlas y luego exponerlas, en lugar de memorizarlas y vomitarlas en un examen, que era básicamente a lo que me tenían acostumbrada.

Algo muy importante a tener en cuenta allí era el frío y la oscuridad. Dado que era enero, el sol salía a partir de las 9 y media y se ponía sobre las 3 de la tarde, por lo tanto, si entrabas a clase a las 9 y salías a las 14 apenas veías el sol, lo que podía llegar a ser un poco deprimente. Si a eso le sumamos una temperatura de -16º de media que sólo te dejaba salir de casa

para ir rápidamente de un sitio a otros y que el clima de la gente de allí parecía estar en consonancia con el clima, ya que la mayoría de los noruegos, aunque siempre correctos y educados, podían ser un poco fríos y secos. Por suerte para mí, encontré gente maravillosa que me hizo pasar un tiempo estupendo ya fuera jugando o compartiendo experiencias con un vaso de vino mientras esperábamos nuestras primeras auroras boreales.

Y es que si algo ha sido alucinante de mi erasmus han sido las auroras. Estuve durante semanas buscándolas, pendiente a todas horas de la página en Internet que las predecía. Las auroras pueden tener una intensidad desde 0 a 9. Sólo alcanzan el nivel 9 cuando ha habido una tremenda tormenta solar y eso se traduciría en poder verlas muy al sur. Con un nivel así se podrían ver fácilmente incluso en Londres. El caso es que cada vez que el nivel pasaba de cinco, yo me ponía dos pantalones, los de nieve encima, muchos jerséis, un buen abrigo, mis guantes (dobles también), mi gorro, mi termo y mi manta y me iba al sitio oscuro más cercano con algunos amigos a mirar al norte, a esperarlas.

Porque yo no podía irme de Noruega como habían hecho otros sin verlas. Tropecientas noches salí a buscarlas, y tropecientas noches me helé de frío, teniendo que volverme a casa desilusionada. De hecho, el día que por fin las vi, había salido sólo porque mi primo y mi compañero de piso me habían convencido. No tenía ninguna esperanza por verlas. Y sin embargo, de repente y de la nada, aparecieron unas manchas verdes en el cielo que fueron definiéndose hasta convertirse en serpientes de luz, que se movían y nadaban por la oscuridad del firmamento.

Un poco más adelante fui tan afortunada de presenciar la mayor tormenta solar del año, donde se alcanzó el nivel 7. No hacía falta irse a buscar las auroras al sitio más oscuro de la ciudad, no había que mirar al norte. Ellas venían a buscarnos a nosotros: el cielo entero estaba a rayas negras y verdes, que se movían sobre la ciudad y el fiordo. Normalmente las auroras solo se ven durante unos minutos, pero esta vez estuvieron en el cielo durante horas, cambiando de color y de forma. Es una de esas cosas que todo el mundo debería ver antes de morir.

Mucha gente me decía lo pronto que me iba a hartar de la nieve estando allí, ya que puede llegar a ser un verdadero incordio en la vida diaria, principalmente por el hielo que se crea cuando la nieve se ha pisado muchas veces. Tendrías que ver como los autobuses de línea frenaban 5 metros antes de la parada y llegaban a ésta con las ruedas totalmente paradas, deslizándose por el hielo. Te hacía plantearte muy seriamente si querías montarte en el autobus. Sin embargo, a mi me encantaba la nieve y no llegué a cansarme de ella. Podía pasarme horas enteras viendo nevar por la ventana y estar en medio de una nevada, a pesar del frío, era realmente hermoso.

En Noruega es muy típico que haya casitas de madera (llamadas Cabins) repartidas en lo más perdido de la montaña. La universidad las alquila por menos de 6 euros la noche y la gracia esta en coger un autobús que te deja en un pueblo de unos 200 habitantes y a partir de ahí con tu mochila de 12 kilos – con cosas básicas para sobrevivir una noche en la cabin, y en el peor de los casos, un par de noches en la nieve - te internas en la montaña totalmente nevada con un mapa y una brújula a buscar la cabaña.

A mí - que no estoy acostumbrada a hacer senderismo, ni perderme en una montaña en la que ni siquiera había cobertura para llamar por si había un accidente – me parecía una locura. De hecho, era un poco peligroso dependiendo de la cabin a la que fueras. Incluso la universidad daba folletos con consejos de que hacer en caso de perderte en la nieve en un caso así y como sobrevivir haciéndote un refugio bajo ésta con una cuchara. Yo fui con 10 personas más a una de las cabin más fáciles; tan sólo 3 horas de camino sobre la nieve. Los noruegos tienen una relación bastante estrecha con la naturaleza y el

deporte, y lo que a mi me parecía el fin del mundo, se lo hacían ellos día si, día no para sacar a pasear al perro. La cabin consiste básicamente en una cabaña de madera con un hornillo a base de leña, algunos colchones viejos, mesa con bancos y una guitarra. No hay luz ni agua corriente. Como extra, encontrábamos fuera una cabaña más pequeña – la sauna – y otra aun más pequeña, el baño, el cual consistía en una estructura de madera con un agujero que se usaba como retrete. Por supuesto, no había agua, ni mucho menos un conducto de desagüe. Vaya, que no era el sitio más agradable del mundo.

La mañana siguiente de haber llegado a esa cabin, tuve que levantarme para ir al "baño" cuando aun todos dormían y me encontré cara a cara con el escenario más sobrecogedor que he tenido la oportunidad de contemplar. Nevaba, el cielo estaba blanco, los árboles verdes, cubiertos de nieve, apenas si dejaban ver sus troncos. Yo estaba delante de una grandsíima explanada de nieve que en verano habría de convertirse en un bonito lago. Absoluto silencio. Nunca me había sentido tan insignificante, con tan poco derecho a estar ahí. Otro gran momento a recordar y para reflexionar.

Fui tan afortunada de ver otros lugares también preciosos, como Geiranger, uno de los fiordos más famosos de Noruega por lo bonito que es. Allí también tuve otros momentos de superación personal cuando conseguí subir a la montaña. También reuní valor y fui capaz de saltar al fiordo dos veces. Un fiordo es un accidente geográfico caracterizado por la entrada del mar en la tierra donde antes hubo un glaciar, por lo que suelen tener una gran profundidad a pesar de estar entre montañas, lo que hace que parezca que el agua sea totalmente negra. Además, el agua está realmente fría, muy salada y no es raro encontrarse con "animalitos", por ejemplo, ballenas. Por ello, no era un sitio en el que hiciera especial ilusión darse un baño. De hecho, una vez saltabas no podía estar dentro más de un minuto, o el frío podría pasarte factura.

Gracias a las infinitas charlas con gente de todo el mundo, mi inglés mejoró a una velocidad increíble y dejándome con tal soltura que pude hacer varias presentaciones para clase en inglés casi sintiéndome más segura de mi misma de lo que habría estado si hubieran sido en español. No contenta con el inglés también empecé un curso de noruego. A mi alrededor no había casi nadie que hablara menos de 3 idiomas distintos y decidí que yo no iba a ser menos. Personalmente creo, que si hay algo que te enriquece a casi todos los niveles, es aprender un nuevo idioma. No sólo te va a facilitar comunicarte con más gente y alcanzar nuevas experiencias, sino que el propio lenguaje te ayudará a conocer tu lengua materna mejor y te facilitará comprender más idiomas después, así como sus culturas. He de decir que no salí demasiado de fiesta como sería típico de otros erasmus. Por un lado, porque no es algo que me apasione, y por otro, porque era tremendamente caro. Aun así, el no salir de fiesta no me impidió conocer a un montón de gente, algunos de los cuales llegaron a ser realmente importante.

A día de hoy, puedo decir que ha sido la experiencia que más me ha cambiado y enriquecido con diferencia. He vivido con gente totalmente distinta a mi. He conocido gente, aunque sea con una breve charla, de más de 60 países distintos que me han hablado de su vida, de lo que esperan de ella y me ha hecho ver que espero yo de la mía. He visto cosas tan alucinantes que a veces pienso que lo he soñado. He hecho cosas que pensé que nunca sería capaz de hacer. La experiencia erasmus va a depender de mil cosas: de tu forma de ser, del destino, de lo que te pase por el camino, de lo que conozcas y de lo que decidas vivir. Pero algo que tengo muy claro es que, vayas a donde vayas, aprenderás y comprenderás más cosas en unos meses de lo que probablemente lo hayas hecho en años. Más que eso, aprenderás a ver y oír cosas que no habrías imaginado que sería posible experimentar.

"Berre den som vandrar, finn nye vegar." - Solo aquellos que deambulan encuentran nuevos caminos.

María Jesús Romero Pérez

Institución de acogida: Queen Mary University of London (Reino Unido)

Titulación: Odontología

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (3 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias de la Salud

Alegría, miedo, indecisión, nervios, expectación… Muchos son los sentimientos que afloran en tu interior cuando ves tu nombre reflejado en la lista de adjudicaciones Erasmus. Te das cuenta de que al pulsar la tecla de aceptar, la vuelta atrás será muy difícil y que de un modo inevitable los meses que pases en la ciudad asignada serán muy diferentes a los que vivirías de no hacerlo. Pero la verdad es que en ese momento no eres consciente ni una milésima parte de lo que esa experiencia te supondrá.

La experiencia Erasmus comienza mucho antes de la fecha escrita en la credencial de becario, comienza cuando te pones en contacto con tu futuro compañero de viaje o con tu coordinadora, en la búsqueda incesante y a veces tediosa de alojamiento en una ciudad extraña, cada vez que alguien te pregunta, en cada firma del infinito papeleo, en ese rugir de tu estómago cuando no tienes hambre… Me parece especialmente relevante, siempre que sea posible, el hecho de contactar con una persona que haya estado en ese destino pues seguramente sintió mucho de lo que tú sientes en ese momento y su experiencia, como la que yo ahora pretendo transmitir, seguro es de mucha ayuda.

Una vez plasmados los sentimientos comunes, paso a describir en primera persona lo que ha supuesto el programa Erasmus para mí, aunque estoy segura que muchos estudiantes también se verán reflejados en mis palabras.

Muchas preguntas me asaltaban cada día desde el momento que acepté: ¿Merecerá la pena? ¿Será beneficioso académicamente? ¿Me perderé momentos importantes con mi familia, mis amigos o en mi ciudad? Hoy puedo resumir la respuesta a esas preguntas en una palabra: RECOMPENSA. Y digo recompensa porque he visto premiada mi valentía, sí, ¿por qué no decirlo? Es difícil enfrentarse a lo desconocido y decir adiós por unos meses a una vida universitaria más que conocida y superada. En el momento que me subí a ese avión supe que me esperaban miles de retos, y sería absurdo negar el miedo, pero una parte dentro de mí me decía que era mucho lo que había por ganar. Y tanto.

Mi destino, nada más y nada menos que Londres, una de las ciudades más cosmopolitas y multiculturales del mundo, muy diferente a mi querida Granada. Aunque ya había estado con anterioridad, el sentimiento es muy diferente cuando pasas de ser turista a menos turista, una ciudadana temporal, por así llamarlo. Este hecho te permite relacionarte con su gente, bajarte en una parada cualquiera del metro y descubrir cada uno de sus rincones, conocer la gastronomía que existe más allá del típico "fish and chips", leer un libro tranquilamente en Hyde Park cuando la lluvia da una tregua… Creo que simplemente por esos pequeños momentos habría merecido la pena, pero aún hay más.

Estudio Odontología y por tanto tenía muchas dudas e incertidumbre en lo que incumbía a mi formación práctica con pacientes. No obstante, mis dudas se disiparon totalmente la primera vez que hablé con mi coordinadora de destino, pues más allá de su cercanía y cordialidad, desde el primer momento me dejó claro que era una estudiante más de su universidad y que por tanto tení tenía los mismos derechos (y obligaciones) que el resto de mis compañeros.

Llegó el primer reto en forma de examen práctico. Profesores hasta ese momento desconocidos tenían que valorar mi aptitud para tratar con pacientes. Todas las pruebas que había tenido similares en mi facultad

me parecieron insuficientes y me di cuenta que ante situaciones límite, la capacidad de supervivencia es inesperada, como lo fue el buen resultado del mismo. Pasé entonces al segundo reto: ir a clase con nuevos compañeros, en un edificio desconocido y en otro idioma. Nada de ello supuso un problema ya que la acogida desde el primer momento fue inmejorable y rápidamente me sentí muy integrada.

La organización de las clínicas en la facultad es muy similar a la que tenemos en Granada, pero no así su plan de estudios, en el que descubrí muchas ventajas e inconvenientes con respecto al nuestro, de los que conseguí respectivamente aprender lo ventajoso y valorar más otros aspectos que anteriormente me parecían insignificantes. Rápidamente tanto profesores como el personal de la facultad se dio cuenta de que era una estudiante internacional y por ello me ofrecieron su ayuda y valiosos consejos desde el primer momento. Con muchos de ellos entablé una afectuosa relación y les estaré eternamente agradecida por hacerme sentir parte de un todo tan complejo y estructurado en tan poco tiempo.

Los retos no desaparecieron, pues el tratar con pacientes ya lo es cada día y si a esto le añadimos las circunstancias ya mencionadas, la dificultad aumenta considerablemente. No obstante aprendí a convivir con ellos y a sacar su lado positivo, que no era poco. Y si hablamos de aprender, quizás me falte papel: nuevas técnicas, nuevos materiales, nuevas asignaturas, distintos enfoques de un mismo tratamiento, las similitudes, lo que tú también puedes enseñar a los demás… Tuve oportunidad de asistir a prácticas en lugares tan opuestos como puedan ser el humilde barrio de Whitechapel y el imponente Canary Wharf, y por tanto, con pacientes muy diferentes. Aprendí a tratar con unos y otros, adaptándome a sus peculiaridades y sin dejar muy patente mis frecuentes inseguridades. Todo ello me generó nuevos conocimientos de mi campo de estudio, conocimientos que no hubiera adquirido sino hubiera rellenado aquella solicitud Erasmus.

Pero la experiencia Erasmus no se limita a las horas que pasas en la facultad, sino también a las que pasas fuera de ella. En mi caso, me resulta muy difícil exponer lo que me ha supuesto compartir piso con dos chicos musulmanes de Pakistán y una chica inglesa de religión hindú, especialmente en lo que a aprendizaje cultural y de religión respecta. Había conocido antes a mucha gente de otros países, pues he ido como monitora en verano a colegios ingleses, pero nunca de países tan lejanos y diferentes de España como puedan ser Pakistán, Bangladesh o Azerbaiyán; y sin embargo, tras pasar largas horas de conversación desde moda hasta religión, te das cuenta que no son tantas las diferencias, que todos somos jóvenes en proceso de formación para cumplir una meta o ilusión, que nos gustan las mismas cosas y que muchas veces nos salimos de los marcados estereotipos. Aprender su gastronomía, su idioma, sus juegos, sus

costumbres… son nuevamente cosas que no hubiese aprendido si hubiera permanecido en Granada.

Otra cosa que no hubiese aprendido es la independencia que te genera el vivir sola, el salir de tu cómodo núcleo familiar y enfrentarte a las tareas rutinarias que a menudo otras personas hacen por ti. Tomas decisiones por y para ti, y tratas con problemas que hasta ese momento habían sido inexistentes como por ejemplo la administración económica, muy importante teniendo en cuenta que Londres es una de las ciudades más caras del mundo, así como los recortes e incertidumbres en la cuantía de la beca.

El vivir en otro país también me ha dado la oportunidad de conocer otras ciudades del mapa y por consiguiente lo referente a su historia, su arquitectura, su clima, sus costumbres… No es raro tener un amigo, o el amigo de un amigo, en otra ciudad con una beca Erasmus. En mi caso este hecho me permitió conocer el acento tan característico de la gente de Liverpool, ver suricatos en Leeds, la vida universitaria de Bradford, el "bullring" de Birmingham… He aprendido que un tren te lleva a otro tren. Pero es que además también fue una oportunidad para mis familiares y amigos, a los que puede enseñar un trocito de mi nueva vida y compartir momentos que sin duda quedarán para siempre en nuestros recuerdos.

Esos meses en Londres abrieron mi mente hacía nuevas perspectivas de futuro que ni siquiera me había planteado hasta entonces. Saber que soy capaz de tratar pacientes en un idioma que ya siento muy cercano y en otro país, saber que puedo valerme por mí misma y que son muchas las cosas positivas que puedes sacar de ello. Como consecuencia de ellos, mis horizontes laborales son ahora mucho más amplios. Debería también hablar de los momentos malos, quizás los hubo, pero en honor a la verdad hoy no los recuerdo. Las nuevas tecnologías te permiten prácticamente vivir en dos países a la vez, estar al día de todo lo que pasa en España, hablar y ver a diario a tus familiares, lo que hacen tus amigos y enseñarles a ellos lo que tú estás viviendo. Estás al mismo tiempo muy cerca y no tan lejos de lo que un día pensaste añorar.

Lo peor sin duda fue la despedida: decir adiós cuando te falta el aire y sabes que no es por el asma, deshacer el cuarto que poco a poco se había convertido en algo tan tuyo, llenar la maleta con miles de recuerdos y esperar que no pase de 20 kg… Hoy puedo decir con rotundidad que cogería ese avión que me llevó a Londres mil veces más. Quizás salí perdiendo en algún aspecto con mi estancia Erasmus, nunca lo sabré. Sin embargo, estoy muy segura que en conjunto he salido ganando y que lo que he aprendido jamás nadie me lo podrá arrebatar.

Aprender, aprender y aprender… ya suena muy repetitivo, pero es que esa ha sido la recompensa de la que os hablaba al principio, una gran lección que no está en los libros y que nadie, sino tú, te puede enseñar. Con todo lo dicho, creo que sobra decir que recomiendo a cualquiera vivir algo similar a lo que yo he vivido, hacer un paréntesis en tu vida y empezar punto y aparte, exprimiendo al máximo ese tiempo y sacando el jugo a cada momento. No lo dudéis, hay mucho que ganar.

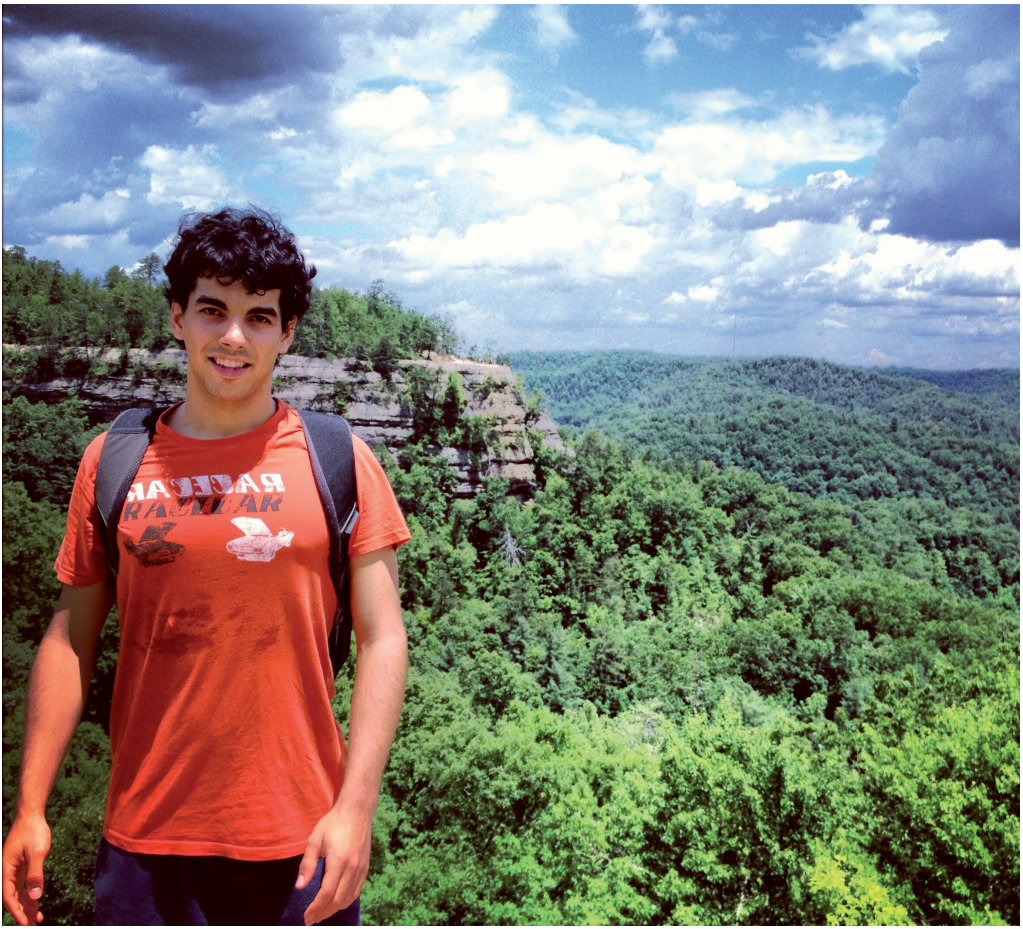
José Manuel Martín Ramos

Institución de acogida: University of Illinois (Estados Unidos)

Titulación: Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (10 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias Experimentales



Personalmente siempre me ha resultado muy enriquecedora la idea de vivir una experiencia internacional, pues ello te da la posibilidad de viajar, aprender un idioma, conocer lugares diferentes, descubrir otras culturas, aprender de gente distinta, y, gracias a la UGR, estaba oportunidad estaba al alcance de mi mano. Surgía el dilema, sin embargo, que, de realizar el 5º curso de caminos en U.S.A, se alargarían mis estudios un años más puesto que el proyecto fin de carrera tendría que cursarlo en Granada. Tras pedir consejo a algunos familiares y profesores de confianza, entendí que los beneficios de una movilidad podrían ser enormes así que decidí solicitarla. Unos meses después, me sentí muy afortunado cuando se me concedió la plaza para la Universidad de Urbana-Champaign en Illinois, que era mi primera opción, principalmente por su reconocida reputación académica.

Tras la solicitud vino la preparación y el examen TOEFL, la elaboración del acuerdo de estudios, la admisión en la universidad de destino, la búsqueda de alojamiento, los billetes de avión… A cado paso que daba, me sentía más motivado y, a pesar de que desconocía que clase de aventuras me depararía mi estancia en el extranjero, tenía muy claro que la oportunidad que la Universidad de Granada me estaba ofreciendo era única, y estaba decidido a aprovecharla al máximo.

Date tiempo. Acabas de mudarte a un país nuevo. Es normal que haya momentos difíciles

Los primeros días al otro lado del océano fueron fantásticos. Recuerdo la emoción del "ir descubriendo lo nuevo" del comienzo de mi estancia. Cualquier momento difícil, típico de los primeros días, se veía rápidamente contrarrestado con la ilusión que me embriagaba.

La primera semana estuvo llena de orientaciones, papeleo y tours por el campus. A pesar de lo de tedioso de estos trámites, gracias a ellos conocí a muchos estudiantes que se encontraban en la misma situación que yo. Además, estos días se organizaban, una infinidad de actividades para los estudiantes extranjeros y los que comenzaban la universidad. Todo estaba muy bien planeado para que te adaptaras e integraras en la vida del campus lo más rápido posible. En unos cuantos días ya me sentía un poco menos "recién llegado" al empezar a dejar el mapa en el cuarto y al quedar con mi recién formado grupo de amigos.

Una de las actividades que más me llamo la atención fue lo que allí se conoce como el "Quad day". Durante este día, las más de 600 asociaciones que hay en la universidad ponen pequeñas casetas alrededor del campus para darse a conocer e invitar a los recién llegados a unirse. Iba a ser difícil rechazar tantas opciones, y desde ese momento supe que iba a ser un año muy intenso. Debido a mi motivación y mis ganas de intentar cosas nuevas, me apunte a varias, incluso a algunas cuyas actividades se salían de lo que los americanos llamarían "mi zona de confort", como el grupo de escalada. A pesar de que en las primeras reuniones de estos clubes no me sentía muy cómodo dada mi nula experiencia en la materia, poco a poco fui conociendo a la gente y aprendiendo lo básico y pronto estas reuniones se convirtieron en uno de los mejores momentos de cada semana. Mirando atrás, la decisión de intentar actividades nuevas fue, sin duda, una de las mejores que tome durante mi intercambio.

Cambia los "no" por un "sí". Afronta retos que en otras circunstancias no harías

La última semana de agosto comenzaron las clases. La oferta lectiva era extensísima y yo quería aprovecharla al máximo, así que me registré en un montón de asignaturas que parecían muy interesantes. Sin embargo, pronto me di cuenta de que requerían una gran cantidad de trabajo por lo que decidí descartar algunas de ellas y centrarme en las que consideraba que podía aprender más. El nivel de las clases era bastante alto y en casi todas había una atmósfera de competitividad sana que impulsaba a los alumnos a dar lo mejor de cada uno. Los días relajados y de ocio del comienzo se convirtieron en tardes en el laboratorio o en la biblioteca y reuniones con compañeros para hacer proyectos en grupo.

Intenta que tus amigos no sean españoles. Conoce gente distinta

Aunque siempre conseguía encontrar tiempo para disfrutar con el grupo de estudiantes internacionales que poco a poco se iban convirtiendo en buenos amigos. Durante los fines de semana, intentábamos organizar excursiones a distintas ciudades y zonas turísticas de los alrededores. Así, entre otros lugares, tuve la oportunidad de ver Springfield, Milwaukee, Indianápolis y hacer varias acampadas en parques naturales con el club de escalada. Estas escapadas a la naturaleza me permitieron conocer auténticas maravillas paisajísticas y me ayudaron mucho a mejorar mi inglés ya que yo era el único extranjero en el club.

Una de las asignaturas que más me llamó la atención fue la de Railroad Transportation Engineering. El profesor, Barkan, con el cual entablé una buena amistad, al ver mi interés me animó a asistir a los seminarios que AREMA (la asociación de ferrocarriles de la universidad) organizaba semanalmente. En estos seminarios, que me parecían muy prácticos, distintos profesores y trabajadores de la industria daban a conocer sus puntos de vista sobre diversos temas de actualidad. Con el tiempo, me hice miembro de esta asociación, y en octubre tuve la oportunidad de hacer una visita de campo con estudiantes y profesores de varias universidades donde estuvimos construyendo y reparando parte de una vía ferroviaria. En la asignatura de Concrete (hormigón), se planteó un concurso para toda la universidad de hormigones en el que los participantes tenían que diseñar, calcular y obtener diversos hormigones que se adecuaran a otros tantos requisitos, optimizaran su coste y minimizaran su impacto ambiental. Gancarz, un amigo americano y yo nos presentamos y pese a que supuso muchas horas de trabajo en el laboratorio, el esfuerzo fue gratamente recompensado cuando nos dieron el segundo premio.

No te dejes desanimar por los fracasos. Aprende de ellos y sigue adelante

Dado el panorama laboral que sufrimos los ingenieros de caminos en España, uno de mis objetivos principales, desde el inicio de mi estancia, era conseguir unas prácticas para el verano, que me permitiese por un lado ganar algo de experiencia internacional y por otro darme a conocer a alguna empresa con el objetivo de dejar puertas abiertas a un posible regreso. Por lo tanto, durante el primer cuatrimestre, asistí a varias ferias de empleo, con este propósito en mente, compartido por la mayoría de estudiantes internacionales. Sin embargo, y pese a que varias empresas se interesaron en mi currículo, pronto me di cuenta de que esta meta no era nada fácil, ya que las empresas, en general, no contratan universitarios con un visado de estudiante de intercambio. Esto fue una contrariedad importante, pero tenía claro que no me iba a dejar desanimar y debía seguir preparándome e intentándolo.

Otra de las grandes oportunidades que tuve durante este primer semestre fue la de asistir, al congreso nacional de la Sociedad de Ingenieros Hispánicos (SHPE). Esta asociación, de la que también me hice miembro activo, organizaba numerosos eventos y conferencias en el campus, que eran muy útiles para hacer "networking". El congreso que se organizó en Forth Worth (Texas), fue una oportunidad fantástica para conocer diferentes empresas relacionadas con todos los campos de la ingeniería y aprender, entre otras cosas, formas más efectivas de buscar trabajo.

A principios de Noviembre, Fernando, un ingeniero que conocí al poco de llegar, me comentó que la ASCE (American Society of Civil Engineers) y el Colegio de Ingenieros de Caminos estaban organizando la segunda reunión de Ingenieros de Caminos de España en U.S.A. y no sólo me invitó a participar en ella, sino que además tuve la oportunidad de ayudarle en la preparación del evento, traduciendo distintos textos y cartas. En el encuentro, hubo presentaciones de ingenieros de varios países y una posterior mesa redonda que me ayudo a conocer con mayor profundidad el estado de los Ingenieros de Caminos en aquel país. Esta reunión me aportó nuevas fuerzas para seguir buscando unas prácticas tras escuchar diversas experiencias muy motivadoras de otros compañeros de profesión.

Transcurrido el primer cuatrimestre repleto de nuevas experiencias, llegó diciembre y con él, los exámenes finales. Pese a que fueron dos semanas un poco estresantes y de mucho trabajo conseguí muy buena media e incluso algunos profesores, en especial el de ferrocarriles, me insistieron en continuar profundizando con asignaturas más complejas que se impartían en el segundo cuatrimestre, consejo que decidí seguir. Para más satisfacción personal, a principios de enero, recibí una carta de la NSCS (National Society of Collegiate Scholars) en la que se me comunicaba que gracias a mis calificaciones, que se encontraban en el 10% mejor de entre todos los estudiantes de caminos, se me había concedido el diploma a la excelencia universitaria.

"Al mal tiempo, buena cara"

Tras las vacaciones de Navidad, vino el frío y una capa de 20 cm de nieve se instaló en las aceras y, muy a mi pesar, no desaparecería hasta marzo. Comenzaron las clases y con ellas un nuevo reto. Notaba que en el primer cuatrimestre me había ido muy bien, pero éste se había pasado volando, así que consciente de que me quedaban solo 5 meses de estancia en EEUU, decidí no desaprovechar ni un segundo. Además mi experiencia estaba siendo tan buena, que decidí empezar a informarme sobre la posibilidad de regresar allí para hacer un master. A lo largo del segundo cuatrimestre, el deseo de volver se iba haciendo cada día más fuerte, y a día de hoy estoy a la espera de la contestación de mi solicitud de admisión en cuatro universidades americanas (siendo Illinois mi primera opción).

En febrero comenzaron las ligas de deportes, el equivalente al Torneo Promoción de la UGR, y me apunte al equipo de baloncesto de SHPE. Además Alex, uno de mis mejores amigos en Illinois, y yo convencimos al resto del grupo de amigos para formar un equipo de voleibol. He de decir que no ganamos muchos partidos, la competencia era alta, pero fue una experiencia buenísima, que nos dio grandes momentos que recordar. Por otro lado, durante el famoso "Spring Break" varios amigos hicimos un viaje en coche alrededor de California, probablemente uno de los mejores viajes que he hecho nunca. Pudimos visitar sitios tan simbólicos como el Golden Gate en San Francisco, el Gran Cañon o las Vegas.

Involúcrate más en actividades extraescolares

A mí vuelta a España, animé a otros estudiantes a disfrutar de una oportunidad como la que yo he tenido participando en la Second International Week, que organizó en septiembre la UGR. También, y gracias a mi tutor de proyecto de fin de carrera, he realizado un par de presentaciones a los alumnos de 5º curso de la Escuela de Caminos en las que conté mi experiencia de intercambio y las lecciones aprendidas para intentar motivar a otros ingenieros a aprovechar los acuerdos de movilidad de la UGR. Yo por mi parte, espero poder volver el año que viene a Champaign a realizar mis estudios de master.

Finalmente quería concluir este relato diciendo que sinceramente espero que mi buena experiencia te anime, sí, a ti que lees estas líneas, a que emprendas una aventura internacional. A que te arriesgues y aproveches esta oportunidad. El próximo relato, lo puedes escribir tú; el hacerlo, está en tus manos.

Antonio Rivas García

Institución de acogida: Université Libre de Bruxelles (Bélgica)

Área de estudios: Arquitectura

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (10 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias Experimentales

Todo empezó con un formulario. ¿Arquitectura, Filosofía o Ingeniería de Caminos? Había acabado el bachillerato y debía elegir a qué profesión me quería dedicar. Siempre me había atraído construir, dibujar y escribir. Me fascinaba también conocer otros lugares, otras ciudades. Recuerdo quedarme embelesado con las curvas del *Oceanogràfic* de la Ciudad de las Artes y las Ciencias de Valencia. Parecía algo emocionante el mezclar arte y ciencia para crear edificios funcionales y atractivos. Fue así como decidí ser arquitecto. Esta es mi historia.

Ya en la carrera, sentía la inquietud de estudiar en el extranjero. Por ello me preparé desde el principio. Estudié inglés, obtuve el *Certificate in Advanced English* (CAE), C1, fuera adonde fuera, dominar a fondo este idioma resultaba esencial. Solicité entonces la beca Erasmus.

¿Por qué Bruselas? Buscaba contrastes. Buscaba una vida diferente en todos los sentidos; clima, comida, transporte, formas de vivir, de relacionarse. Quería vivir en el corazón político del viejo continente, conocer la cuna de la Unión Europea. Además, la llamada capital de Europa estaba repleta de *Art Nouveau*, estilo cuyas formas orgánicas me encantaban. El hecho de tener que aprender francés suponía un reto más.

Una vez en el avión, me sentí inseguro. ¿Sabré adaptarme? ¿Qué se me ha perdido en Bélgica? ¿Y si pierdo el año por no convalidar bien? ¿Y si no encuentro amigos? Siendo sincero, las primeras semanas fueron duras. Días grises, con tantas nubes y tan poca luz, precios mucho más caros, encontrar alojamiento, estar "perdido" sin conocer la ciudad, sin conocer a gente... Pero como me dijeron una vez: "Une mer calme n'a jamais fait un bon marin."

Así que poco a poco me fui acostumbrando. La institución a la que iba, la Université Libre de Bruxelles, facilitó en gran medida esa adaptación con charlas informativas, consejos y con la *Office du Logement* que me ayudó a encontrar una habitación en un *kot* - casa de estudiantes -.

La *Faculté d'Architecture La Cambre - Horta* estaba situada junto con el resto de facultades en un gran campus con grandes zonas verdes, muchas bibliotecas y hasta con mesas de ajedrez. Gracias a que estudié francés a conciencia los meses anteriores a mi llegada, no tuve demasiados problemas para seguir el ritmo de las clases. Sin embargo, sí que me resultaba difícil al principio hablar en público o explicar ideas complejas.

Me llamó la atención la metodología de algunas clases. Asignaturas como *Fonctionnement des structures* o *Synthèse méthodologique: structure et enveloppe* tocaban temas similares a los dados en la Escuela de Granada pero estaban enfocados más para comprender los conceptos de forma general y no tanto para profundizar en los cálculos de los problemas. Ahí entendí por qué se atribuye una gran formación a los arquitectos españoles, puesto que recibimos una enseñanza amplísima de cálculos estructurales además de una capacidad proyectual importante.

Modélisation géométrique 2D/3D me demostró lo avanzados que estaban en el manejo de algunos programas informáticos de diseño, tales como Revit Autodesk o Rhinoceros Grasshopper. Conocerlos me abría todo un mundo de posibilidades a la hora de pensar y crear edificios.

En *Technologie de la Construction 5: De l'image architectural au détail réel* se desarrollaba la arquitectura

sostenible. El profesor hacía hincapié en el cuidado del detalle constructivo para hacer que una vivienda fuera eficiente energéticamente. Todo ello con visitas in situ a obra. No solo aprendí cosas que nunca había visto sino que descubrí que era esto en donde me quería especializar. Es más, al acabar la carrera pienso pedir unas prácticas en el estudio *A2M Bureau d'Architecture* de mi profesor, son un equipo puntero en este tema del que puedo aprender mucho. Mi experiencia Erasmus me abrió el futuro laboral que quería, y se encontraba en Bruselas.

Desde el principio procuré ponerme en grupos de trabajo con belgas y evitar la opción fácil: estar con españoles. Me di cuenta de que al trabajar en equipo, mis compañeros se iban a formar una imagen de los estudiantes españoles de acuerdo al trabajo que yo realizara. En cierto modo estaba representado a mi país, algo así como un diplomático a pequeña escala. Fue así como en la asignatura troncal de la carrera, *Projet d'Architecture*, conocí a Nathan. Él era un bruselense que compaginaba su trabajo de camarero con los estudios. Era también un trabajador incansable que siempre tenía buenas palabras para todo el mundo. Formábamos un gran equipo, nos compenetrábamos muy bien, intercambiando ideas, debatiendo la mejor solución para el proyecto de forma que al final las entregas eran muy consistentes.

Animados por nuestro profesor, Nathan y yo nos presentamos a un Concurso de Arquitectura. ¿Por qué no? - nos dijimos. *La Maison Régionale de l'Architectureet l'Urbanisme* lo organizaba y parecía el momento adecuado de lanzarse al desafío. Y este fue parte del resultado: en el fondo es una cuestión de superación personal. Aquello no era un competición contra los demás, era más bien una carrera contra nosotros mismos, por ver cuánto podíamos dar, dónde estaban nuestros límites, cuán buena era la arquitectura que éramos capaces de proyectar. Nuestra proposición se basó en renovar la *Gare de train* (Estación de tren), dándole un carácter formal más moderno con una geometría que sirviera de transición entre la naturaleza y la ciudad. La cubierta era transitable de forma que se podía acceder a ella desde la calle. Asimismo trazamos un nuevo parque con los equipamientos correspondientes y proyectamos también un pequeño grupo de viviendas de baja densidad. Finalmente, pese al esfuerzo, no conseguimos ganar el concurso. Ahora bien, nos habíamos entregado al proyecto al 100 %. Eso era lo importante. Desarrollamos una idea de cuyo resultado aún hoy me siento muy satisfecho. Seguimos confiando en nuestras capacidades y volveremos a intentarlo. Además, gané algo de gran valor: la amistad con mi compañero. Aún hoy es mi amigo.

Por otro lado, la *Université Libre de Bruxelles* nos ofrecía a los estudiantes Erasmus un curso gratuito de francés durante todo el año y fue allí donde conocí a los que se convertirían en mi grupo de amigos: Jana, Johanna, Alexandra, Iiro, Karol, Giacomo, Michael, Elisa y Simone.

Era alucinante, ¿cómo era posible que viniendo todos de culturas y países tan diferentes nos entendiéramos tan bien? No solo eran personas muy valiosa sino que se convirtieron en mi familia durante aquella temporada. Este hecho derrumbó muchos estereotipos que inconscientemente tenía de algunos países. Hablábamos normalmente en francés y cuando tratábamos temas más complejos recurríamos al inglés para expresarnos con más precisión. Aquello me encantaba. Hablar tres idiomas -francés, inglés, español- en un mismo día me hacía sentir vivo. Disfrutaba.

Petit à petit fui conociendo la capital belga. Resultó ser vibrante, bohemia y polifacética. Decir Bruselas hace pensar en la Comisión Europea y en el Parlamento Europeo pero también en *frites*, en *gofres*, en cervezas y en chocolates. La ciudad desbordaba cultura. Estaba el *Jazz Marathon*, que era una semana en la que había conciertos gratuitos de jazz por toda la ciudad. El museo que más me impactó fue el Musée de Victor Horta, arquitecto que da nombre a la Facultad de Arquitectura en la que estaba y que se le considera un maestro del *Art Nouveau*. Incluso

fuimos a ver la obra de teatro *Les Misérables* de Victor Hugo, había que 'empaparse' de la cultura local.

Mi casa era prueba del carácter cosmopolita de la ciudad. Allí vivíamos Leo, Naomi, Laura, Ilias, Kasongo, Nelly y yo que éramos de procedencias muy variadas: Bélgica, República del Congo, Nigeria, Marruecos, España...

El nivel de vida era mucho más alto, al igual que el precio de la comida. Mi situación me impedía tener gastos superfluos, y tenía que hacer 'malabares' para ahorrar. Un buen método fue comprar en los mercados de los fines de semanas como en el de la *Place Flagey*. No solo todos los productos eran más baratos sino que eran frescos. Al final, lo que necesitaba realmente para vivir era muy poco. Además, nada me impedía disfrutar de los placeres sencillos.

Luego llega el momento de las visitas. Ahí es cuando me di cuenta del apoyo que supone la familia y los amigos. Mi casa se convirtió varias veces en una especie de hostal con pensión completa para mis allegados. Es entonces cuando aprovechaba para viajar. Visité Maastricht, Estrasburgo, Luxemburgo, Dusseldorf e incluso nos pudimos escapar con un vuelo increíblemente barato a Budapest. En uno de esos viajes, mientras iba en tren, observé que mirando el paisaje no se podía diferenciar en qué momento empezaba un país y terminaba otro. Pensé entonces que las fronteras tal vez sean solamente convenciones humanas y que es la naturaleza quien puede verdaderamente poner barreras físicas.

Durante mi estancia en Bruselas seguía de cerca lo que acontecía en España. Tanto al hablar por skype con mis padres como al leer las noticias, veía la cantidad de gente que sufría las consecuencias de la crisis. Nada de esto me era ajeno, al contrario, me consternaba y me hacía reflexionar. ¿Qué podía hacer yo frente aquello? ¿Cómo podía actuar? Llegué a la conclusión de que, dado lo privilegiado que era de poder disfrutar la beca Erasmus, debía sacarle el máximo partido a aquella oportunidad de oro. ¿Cómo? Formándome lo mejor que pudiera, a través de las clases, del idioma, incluso de las personas que conocía. Así, el gran esfuerzo que hacía la sociedad para que yo pudiera tener una ayuda económica no era un malgasto, sino una inversión de futuro.

De vuelta en Granada, me apunté a la Alliance Française para proseguir mi aprendizaje del idioma. Era necesario plasmar mis progresos en el idioma de Rousseau. Por ello, el día 3 de febrero me he examinado del Diplôme Approfondi de Langue Française (DALF), C1.

Antes de comenzar mi aventura belga, leía a menudo que el programa Erasmus es la parte más tangible del proyecto de construcción europea. Tras haberlo vivido en primera persona, constato que es cierto. Resulta muy efectivo crear lazos de amistad con jóvenes de diversos países del viejo continente. Es una forma de unir las sociedades, desde la raíz.
¿Una palabra con la que definiría mi experiencia Erasmus? Escojo un adjetivo: Intensa. Enriquecedora también me agrada pero la primera tiene más carga emocional y abarca el carácter apasionado de cada día, a nivel académico y personal. Ahora confío en ver algún día los frutos de esta experiencia Erasmus.

A veces no eres capaz de creerte lo que ves, tienes que creerte lo que sientes. Y en el instante de partir sentía que un fragmento de mi vida se me escapaba. Los nueve meses en Bruselas me habían cambiado, era alguien distinto, con otra perspectiva del mundo, de mi vida, de lo que quería hacer ella.
Hay que aceptarlo, es una etapa vital que se cierra al montar en el avión de regreso. Seguramente vuelva, pero no será lo mismo, la ciudad sí, mis días allí no. Creo que la vida es del color de los años con los que se mira. Pero que cambie de color no quiere decir que sea peor, ni mejor, sigue significando vivir.

Carlos Garzón Guinea

Institución de acogida: Technische Universität Wien (Austria)

Titulación: Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (9 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias Experimentales

¿Lo pido o no lo pido? Así empezó mi experiencia Erasmus a finales del año 2011. ¿Y si no entiendo nada de lo que me dicen? ¿Y si suspendo todas y tengo que devolver la beca? ¿Y si no conozco gente y estoy solo? ¿Y si mi novia me deja?

Infinidad de preguntas, como a otros muchos estudiantes que reciben la beca Erasmus, rondaban mi mente durante aquellos días, temeroso de que, a pesar de las buenas lenguas, todo se pusiera en mi contra.
-¿Mamá, papá, qué hago?
-No lo sé. Tienes que decidir tú si te conviene o no, -me dijo mi madre.
-Si en mi época hubiese existido el Erasmus, yo todavía estaría estudiando,- contestó mi padre.

Decidí solicitar la beca, aún dubitativo, a la espera de un destino atractivo. Tanto en la primera como en la segunda adjudicación recibí el sexto destino de mi lista de preferencias, Parma, en Italia. La verdad es que no era de mis destinos favoritos, pero ya me veía parlando italiano y comiendo pasta y pizza casi a diario. Contacté con compañeros que se encontraban en aquel momento allí, y comencé a indagar someramente en internet acerca de la ciudad. Sin embargo, el destino, siempre caprichoso, tenía guardado algo distinto para mí. Tercera adjudicación, y mi nombre aparece el primero de la lista junto a cuatro letras que, a la postre, cambiaron mi vida: *Wien*.

Con el tiempo, visitando en otras ciudades a amigos que también se encontraban de Erasmus, me di cuenta de que el sitio, al fin y al cabo, es lo de menos. No importa si Viena, Parma, Cracovia o Berlín. El espíritu Erasmus está en todas ellas, y el compañerismo y las ganas de conocer gente y hacer nuevos amigos son comunes en todos los estudiantes que se embarcan en esta aventura.

Nunca había visitado la ciudad de Viena y, siendo sincero, Austria me parecía, a priori, un país pequeño, frío y aburrido. ¡Qué equivocado estaba! Llegué allí un 1 de octubre, cargado como una mula y embutido en mil capas de ropa que, pronto, se tornaron asfixiantes. A pesar del frío exterior, en todos los países centroeuropeos los edificios están perfectamente aislados, por lo que el frío no debe ser un hándicap para los frioleros. Eso sí, ropa de abrigo extremo, botas impermeables y camisetas térmicas son imprescindibles para los valientes a los que les gusta pasear y hacer deporte en el exterior, a pesar de las inclemencias del tiempo.

Los primeros días son los más difíciles, ya que te encuentras en un país desconocido, completamente solo y, generalmente, ante un idioma con el que no te sientes cómodo. No obstante, a diferencia de España, la gran mayoría entiende el inglés perfectamente, especialmente los jóvenes, por lo que siempre puedes pedir ayuda en caso de que la necesites, y los trámites burocráticos relacionados con la universidad, el censo y la tarjeta de transporte no son tan interminables como pudiera parecer al principio. Si hay algo que he aprendido durante mi Erasmus ha sido que, tarde o temprano, todo se soluciona. Estos días, que no suelen ser más de una semana, serán los peores, sobre todo por la falta de costumbre en estos temas, pero una vez solventados empieza lo bueno y no hay nada de qué preocuparse.

Sin saber muy bien cómo ni por qué, empiezas a hacer amigos en cualquier parte, ya sea en la propia cola de inscripción para la universidad o en los cursos introductorios que ofrecen la mayoría de universidades (y que son totalmente recomendables para comprender cómo funciona tu nueva universidad). Empiezan a surgir infinidad de planes de todo tipo, y te percatas de que, al igual que tú, cientos de jó-

venes de todos los rincones del mundo han venido solos para estudiar durante un año de sus vidas en el extranjero.

Por supuesto, echas de menos a tu familia y, si tienes, a tu novia/o, pero quien te quiere cerca también te querrá lejos, y será feliz si tú también lo eres. Y lo serás, porque nunca te sentirás solo. Las pandillas comienzan a crecer y a crecer, con personas de todas las nacionalidades y colores, y conoces culturas y costumbres que nunca hubieras imaginado, a la vez que tu mente se abre porque, al fin y al cabo, no somos tan diferentes. Ellos se convierten en tu familia, y compartís juntos todas las emociones que surgen en este afortunado viaje que hemos tenido la suerte de disfrutar, en una generación en la que ya no existen las distancias, ni las barreras, ni la discriminación; personas que entrarán a formar parte de tu vida y de la que no se irán jamás, por muy lejos que os separe el destino.

Se puede disfrutar mucho, y hay tiempo para todo con una correcta organización, pero no hay que olvidar el fin del programa: estudiar y aprender. Pronto te das cuenta de que el *modus operandi* de las universidades no es el mismo que en España, pero no por ello menos válido. La mentalidad y los procesos, tanto de aprendizaje como de evaluación, te sacan de tu "zona de confort", aunque este es otro de los objetivos de la beca Erasmus: adaptarse.

Hay gente que dice que se aprende menos que en las universidades españolas, pero yo discrepo. Cada uno aprende lo que quiere, entrando en el ámbito de la responsabilidad y voluntad de cada persona. Conoces nuevos enfoques y técnicas, software e incluso calificaciones, y la mayoría de exámenes son orales, lo que te permite demostrar realmente lo que sabes, así como aprender directamente de los errores e incluso de las explicaciones del profesor en el propio examen. Y, además, una gran diferencia con respecto al sistema español es la aplicabilidad de los conocimientos teóricos a aspectos prácticos, ya que la mayoría de las asignaturas cuentan con una visita a instalaciones reales donde se puede ver físicamente lo aprendido en clase.

Es triste ver cómo hay estudiantes que malgastan esta magnífica e irrepetible oportunidad a modo de año sabático o de fiesta, encerrados en una especie de "gueto" español del que no muestran ninguna intención de salir. Es otro modo de aprovechar (o desaprovechar) tu Erasmus, pero nada recomendable. Quizá no suene muy apropiado, pero conviene no cerrarse en lo español y buscar ambientes más internacionales. A pesar de que tu inglés (o el idioma correspondiente) no sea tu fuerte, pronto comprobarás que vas siendo capaz de comunicarte y de entender cada vez un poquito más, cumpliendo otro de los objetivos básicos de tu estancia: desenvolverte en una lengua extranjera. En definitiva, puedes volver a España no aprendiendo nada nuevo, o mejorar tanto personal como académicamente, gracias a todas las vivencias y experiencias adquiridas. La elección está en tus manos.

Es una época para viajar, para conocer lugares que quedarán en tu retina a pesar de que nunca tengas la oportunidad de volverlos a visitar, nuevas culturas, gastronomías, personas, paisajes, tecnologías, idiomas. Y por supuesto, para mostrar la rica cultura española, de la cual debemos estar orgullosos.

Así mismo, es un periodo para valorar cosas y detalles con los que has convivido durante toda tu vida, pero que ni siquiera te habías dado cuenta de su existencia hasta que te faltan. El trabajo diario de las madres (o padres), capaces de hacer la compra, lavar y cocinar para varias personas y tener la fuerza necesaria para por la noche, a pesar del cansancio, pensar y preparar la comida del día siguiente, te hace madurar y comprobar el imprescindible papel que juegan en tu vida para que seas feliz. Por no hablar del maravilloso clima del que disfrutamos en Andalucía, que parece que siempre está ahí, y que se echa infinitamente de menos viviendo en otros países más septentrionales. A partir de tu año Erasmus, los atardeceres soleados de la ciudad de la Alhambra en una terraza, incluso en pleno invierno, te sabrán a gloria (por no hablar de las tapas).

En mi caso, tuve la enorme suerte de poder recorrer cada semana los majestuosos jardines del palacio

de Schönbrunn, en los que la mismísima emperatriz Sissi huía del mundanal ruido durante el siglo XIX, o visitar, en el segundo cementerio más extenso de Europa, las tumbas de los mejores compositores de la historia, como Beethoven, Strauss o Schubert, o acudir al estadio Ernst Happel en el que la selección española comenzó a erigirse en la dominadora del fútbol mundial. Todo eso es Viena, una ciudad de cuento de hadas preparada para hacerte soñar, y cuyos habitantes son increíblemente hospitalarios con los forasteros. Pero estoy seguro de que todas y cada una de las ciudades en las que se puede disfrutar de una estancia Erasmus ofrecen innumerables atracciones para cualquier estudiante, como pude comprobar en mis múltiples viajes, debido a la privilegiada situación geográfica de la capital austriaca.

Finalmente, y sin ánimo de parecer insolente, pero al fin y al cabo cierto, mi afán por permanecer unos meses más en Viena propició que fuese el único estudiante Erasmus (que yo conociese) que consiguió unas prácticas para verano relacionadas con su campo de estudio, de lo cual estoy tremendamente orgulloso. No obstante, algunos compañeros encontraron trabajo como camareros o dependientes en tiendas de ropa. Hay que saber moverse y tener claro lo que se busca en cada momento. Envié decenas de emails, pero todas las empresas rechazaron mi solicitud con diversos motivos: que si mi nivel de alemán no era lo suficientemente alto, que si era demasiado tarde para solicitar unas prácticas… Podría haberme rendido y darlo por imposible, como el resto de mis compañeros que prácticamente ni lo intentaron, pero opté por luchar y decidí llamar puerta por puerta a todos los profesores que me habían dado clase durante mi año Erasmus. La historia parecía repetirse, pero uno de ellos me dio la oportunidad de formar parte de su equipo, y colaborar en el laboratorio de hidráulica de la Universidad de Viena, haciendo justicia al famoso refrán "el que la sigue la consigue".

Aprendí muchísimo en dichas prácticas, en las que el proyecto consistía en optimizar el aliviadero (la parte por donde se libera el agua en caso de crecidas o necesidad) de una presa a escala reducida, que actualmente se encuentra en construcción en Turquía.

Así acabaron mis días en la ciudad de la que me ha enamorado, recibiendo una enorme tarta Sacher, típico dulce austriaco, de parte de mis compañeros de trabajo. Les estaré eternamente agradecido por todo lo que me enseñaron, y espero haberles causado una grata impresión.

¿Y qué pasa después? ¿Existe la llamada depresión post-Erasmus? La vuelta es dura. Obviamente que lo es, porque volver a la rutina después de un año sin parar siempre es complicado, y te sientes triste porque parece que todo ha llegado a su fin, pero al momento te das cuenta de que por supuesto que no ha acabado todo; las amistades, la gente que te quiere a pesar de que viven a miles de kilómetros de distancia, los paisajes, los buenos momentos, las experiencias, infinitas anécdotas que perdurarán en el recuerdo de todos y cada uno de los personajes que disfrutamos de esta novela de aventuras hecha por y para nosotros.

Los jóvenes españoles sabemos que estamos viviendo una época muy difícil para encontrar un empleo, pero después del Erasmus tenemos mucho menos miedo de salir al exterior, ya que si el mejor año de nuestra vida estudiantil ha sido en el extranjero, ¿por qué no vamos a poder ser igualmente felices en el mundo laboral? El mundo es nuestro, y estamos preparados para trabajar donde haga falta.

Toda esta experiencia me ha servido, así mismo, para colaborar en la medida de lo posible con el programa Erasmus, informando en la International Week a los futuros estudiantes de movilidad sobre los posibles destinos austriacos, o siendo mentor de otros estudiantes internacionales que, como yo, han tenido la gran suerte de disfrutar de este maravilloso acontecimiento, y más aún en una ciudad como Granada. A veces, todavía recuerdo aquellos días en los que dudaba de si enrolarme en esta aventura; definitivamente, elegí el camino correcto.

¿Y tú, estás preparado para soñar?

Helena Villar Segura

Institución de acogida: Grande École de Commerce INSEEC (Francia)

Titulación: Administración y Dirección de Empresas y Derecho

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (9 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias Sociales y Jurídicas

La butaca de París

Se va a cerrar la puerta y recuerdo: "las llaves", de un manotazo las cojo dejando caer al suelo todo lo que las rodea y salgo corriendo escaleras abajo. Llego tarde. Cuando me acerco a las puertas del edificio me detengo, es imposible no mirar dos veces al más grandioso de los monumentos de toda la capital francesa, respiro y entro. En la puerta un hombre me mira con curiosidad, ¿quizá olvidé la etiqueta del vestido?, ¿me maquillé sin cuidado?, ¿la ropa no encaja para la ocasión? De cualquier forma no puedo perder más tiempo, subo hasta arriba y busco mi asiento. Aún con nervios me remuevo en la butaca de la Ópera de París... justo a tiempo: comienza la función.

Subiendo el telón diferencio a una persona con más miedo que estatura. A un día de coger el avión que cambiaría su vida, los nervios la revolvían en la cama y no le permitían dormir. En unas horas se montaría en un tren que la llevaría al aeropuerto y antes de darse cuenta estaría a los pies de la más maravillosa de las ciudades: París. Desde mi posición de espectadora sonrío y me dispongo a recordar mi yo hace unos meses y un puñado de semanas.

Todo es nuevo cuando empiezas un Erasmus, el idioma, la cultura, la gente y la universidad… pero lo que más te hace darte cuenta del cambio es que, por primera vez, tienes que buscarte no solo las habichuelas, sino todos los ingredientes del potaje que ya no te pondrá mamá.

En los primeros dieciocho días no haría mucho más que buscar alojamiento en aquella ciudad que tan reacia es a recibir a los nuevos inquilinos. De hotel en hostal, pasando por casa de algún conocido que se convertiría en amigo, busqué hasta el punto de querer regresar a España más por desesperación que por ganas. Sin embargo, como todo lo que se busca con mucho empeño, el piso llegó y con él la factura. Vivir en París no es barato, pero merece tanto la pena… Con el objetivo de reducir un poco el alquiler astronómico mi compañera y yo decidimos compartir hasta la cama y así pasamos un primer cuatrimestre adaptándonos a esa nueva forma de vida y a ese piso de perdidos por París que se convertiría en un lugar lleno de recuerdos. De vez en cuando, entre risas y cervezas aún recordábamos las primeras semanas que parecían tan lejanas y tan duras, los momentos en los que tanto pensamos darnos por vencidas y volver a casa. Pero sobre todo brindaríamos por la decisión que tomamos al quedarnos, ni todo el oro del mundo es capaz de pagar las experiencias que da un Erasmus, y mucho menos los amigos de todas partes y para toda la vida que se sacan de él.

Mexicanos y colombianas con acento peculiar, holandesas con acento imposible, franceses y francesas de origen camerunés, indio o vietnamita. Estadounidenses con ganas de comerse esta parte del mundo. Y chinos, muchos chinos, más que paradas de metro… que esa era otra historia… Cada 5 minu-

tos y dos calles había había un lugar donde coger "le metro", el cual te llevaría en 3 minutos a la calle más cercana y en lo que venía siendo como mínimo una hora y media al lugar de encuentro de ese día, y es que París es una ciudad donde los tiempos se miden de otra manera, debe ser por eso que le llaman la ciudad del amor, porque entre que llegas y no llegas a donde debes, te da tiempo a encontrar tu amor a primera vista, enamorarte y si me apuras a romper la relación.

De cualquier forma… de lo que de verdad se enamora uno es de sus calles, de sus rincones perdidos y de sus avenidas grandiosas. De los cafés bajo toldos rojos frente a la calle y de sus peculiares edificios. Y a ritmo acelerado, más del que uno cree y menos de lo que uno espera, van pasando las semanas. Entre viajes y excursiones, conocí de una punta a otra París. Ni veinte años viviendo en cualquier parte te permiten conocer tanto un lugar como una experiencia de ese tipo, pero sobre todo porque recibes visitas entusiasmadas por recorrer tu ciudad adoptiva y repites cada ruta hasta cerrar los ojos y recordarla, pero lo mejor es que uno nunca se cansa.

Nunca se cansa de soñar con los ojos abiertos, ni de cerrarlos y pedir en silencio que no se acabe. Nunca se cansa de viajar al "Mont de Saint-Michel" al volante de un coche de alquiler y con la compañía de amigos nuevos que parecen de siempre. Ni de pasar frio en un lugar llamado Estrasburgo aún en territorio galo pero a las puertas de Alemania. Tampoco uno renunciaría jamás a un viaje de autobús de bajo precio y muchas horas para cambiar de país y aparecer una tarde en Ámsterdam y la siguiente en Bruselas. Y si hay que cometer una locura y coger un vuelo a China para atravesar el continente y conocer un nuevo mundo, lo que no faltan son ganas. No faltan ganas de nada, y se está dispuesto a todo, a aprender de los detalles, a comer, cenar y desayunar lo mismo con tal de ahorrar para poder disfrutar de ciertos viajes que se recordarán para siempre. Y lo peor de todo, es que sin previo aviso llegan los exámenes, y el agobio, y el nuevo idioma y las barreras. Y los miedos vuelven, pero como todo reto, solo consiste en ponerle mucho… mucho empeño. Todas las grandes murallas se superan escalando y el camino de ascenso se disfruta como ninguno, sobre todo desde el recuerdo.

Y el caso es… que el tiempo va y viene, no se detiene y te devuelve a casa por Navidad. Me recibieron entre villancicos y turrón, entre el jamón que tanto se echa de menos y los abrazos que no dieron los últimos cuatro meses. Y yo sonreía, por la felicidad de estar entre los míos y por la de saberme de vuelta al que ahora ya era mi segundo hogar. Como alma que lleva el diablo me marché de España dispuesta a no dejar pasar un minuto sin disfrutar. Pero por desgracia, los minutos acordaron jugar en mi contra y por no darme no me daba tiempo ni a contarlos.

La segunda etapa volaría, y es que cada vez que ponía un pie en las calles de París me volvía a convencer de que aquel era "mi lugar". Cuentan que la Torre Eiffel es el mejor de los edificios, pero… ¿y el

encanto de la ciudad vista desde los ojos del Sacre Coeur?, ¿y cómo dejar atrás la orilla del río debajo de Notre Dame?, sería tan injusta si no hablase de Versalles y sus jardines coloreados en verano y en invierno… Y tampoco me perdonaría no hablar del Louvre, el museo infinito. O de Art et Metiers, Saint Germain, Saint Jacques y Hotel de Ville. De los músicos de la calle, del metro y de la ciudad que me harían parar mi día y sentarme a escuchar.

Porque París… París no es fiesta, ni ciudad del amor, ni la Torre Eiffel. París no es la mejor ciudad de Erasmus ni la peor, ni un lugar para vivir ni para no hacerlo. París no es los Campos Elíseos vestidos

de luces por Navidad, ni el Arco del Triunfo enseñándote el anochecer desde lo más alto. Tampoco es el Arco de la Defensa lleno de ejecutivos y gente con mucha prisa. París es lo que tú quieres que sea, en lo que tú la conviertes. París… como todo, depende de los ojos con los que se mire, pero es tan fácil verla grandiosa… Quizá sea porque durante un Erasmus es muy sencillo ser feliz, porque a pesar de su desmerecida mala fama, convierte a las personas, sí, pero en auténticas "buscadoras". Buscadoras de lugares escondidos, de personas desconocidas y de aventuras nuevas. De culturas diferentes, de formas de enseñanzas distintas y de experiencias inolvidables.

Pasé el mejor año en aquel lugar. El más productivo, el más enriquecedor, y el más inesperado. Visité Disney como si mi infancia jamás me hubiera abandonado y asistí a clases utilizando un teclado francés como si nunca antes hubiera tecleado. Hubo cosas increíbles e increíblemente increíbles. Hubo momentos de agobio que se superaron con esfuerzo y momentos de nostalgia que aún hoy tengo, pero esta vez recordado aquella etapa.

Desde aquí, desde donde repaso una y otra vez cada detalle de semejante experiencia, a veces se me escapa media lágrima y una sonrisa. En alguna ocasión me creo dentro de la Opera disfrutando de algún espectáculo peculiar que vale su peso en oro. Otras, tan solo me doy cuenta de que todo pasó. Pero no lo puedo controlar y me prometo volver, aún sabiendo que será una promesa difícil. De cualquier manera estoy segura de que un día me pasearé de nuevo por allí y aunque con unos ojos distintos, no podré evitar pensar que el día que cogí el vuelo de ida tomé la mejor decisión de mi vida.

María Alejandra Domínguez Crausaz

Institución de acogida: HEC Montréal (Canadá)

Titulación: Administración y Dirección de Empresas

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (5 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias Sociales y Jurídicas

No todas las personas valoran las oportunidades que proporciona la Universidad de Granada a través de los planes de movilidad internacional. Poder disfrutar de una estancia en otra universidad ya sea esta europea, americana, asiática u otra es un privilegio que yo hoy puedo contar y compartir a través de estas líneas. En mis años de carrera la UGR me ha hecho crecer, me ha formado y me ha abierto las puertas al mundo laboral.

Pisar otro país es ya algo tan accesible para todos que con tan sólo un clic se puede comprar un vuelo a través de compañías *Low Cost* y llegar al lugar deseado. Sin embargo, viajar a otro país para realizar un intercambio académico requiere mucho más, tanto a nivel de preparativos como a nivel personal. Pero lo más importante es lo que supone irse de casa o de la ciudad en la cual estabas haciendo tu carrera universitaria y llegar a lo desconocido, a lo nuevo y por supuesto a lo muy esperado. Es como enfrentarse nuevamente al primer día de clases de primero año, convivir con personas de otros países y culturas que seguramente no compartan muchas de tus costumbres, pensamientos o incluso forma de ver la vida. Cursar las asignaturas en otro idioma es uno de los grandes retos personales y académicos a superar cuando uno decide enrolarse en la aventura de la movilidad internacional.

Mi camino hacia Canadá comenzó en agosto de 2012 cuando aún aquí en España estando de vacaciones ya me preparaba con mucha ilusión por llegar a la ciudad tan esperada, Montreal, una ciudad muy cosmopolita, la segunda mas poblada del país, una de las mas educadas del mundo y la que concentra el mayor número de estudiantes universitarios per cápita de todo el norte del continente americano. En cuanto al idioma, aunque su lengua oficial sea el francés cuando entras en cualquier tienda te saludan en francés e inglés "Bonjour/Hi" lo cual resulta muy llamativo para alguien que desconoce que es una población bilingüe. Otro punto a comentar inverosímil de esta ciudad es el clima, el cual varia drásticamente de -30 en invierno a 30 grados en verano. Hay mucha vida subterránea debido a las bajas temperaturas que se padecen en invierno.

Explorar una cuidad por tus propios medios hace que te ocurran cosas que en el momento no te hacen gracia pero que al final terminan siendo hilarantes y se recuerdan con cariño. La primera vez que fui al supermercado me parecía todo muy barato, lo cual me sorprendía porque según tenía entendido Canadá no se caracterizaba por ser un país especialmente barato, lo cual me sorprendía porque según tenia entendido Canadá no se caracterizaba por ser un país especialmente o parte de la comida en tiendas de origen hindúes. ¡fue todo un descubrimiento!

Recuerdo que una de mis primeras clases fue magnífica y causó un pubarato. Al llegar a la caja fue tal mi asombro cuando me dijeron que los precios estaban marcados sin IVA por lo que que todo costaba un 15% más ya que había que sumarle el TPS (impuesto federal al impuesto) y el TVQ (impuesto al consumo de Quebec). Gracias a situaciones como estas, pude descubrir las maravillosas fruterías y verdulerías hindúes que venden todo a un precio mucho mas económico. Una vez más, esto me lleva a la conclusión de que quién me iba a decir que me iba a ir a Canadá e iba a terminar comprandnto de inflexión en mi vida… la asignatura en cuestión era "Création d'entreprises" (creación de empresas). Tuve la oportunidad de asistir en una de las salas de la facultad de HEC Montréal a la conferencia de "Les Dragons" que es la versión quebequense de los "Dragon's Den" americanos. Se trata de una emisión televisiva en la cual emprendedores presentaros sus

planes de negocios a los cinco multimillonarios "Les Dragons" para intentar convencerles que inviertan en sus proyectos.

Pero se preguntarán porque mi vida dio un giro en dos horas. La razón es que a partir de ese momento decidí completamente que a mi vuelta a España iba a apostar por el emprendimiento al 100%. Siempre había querido emprender y poder aplicar en mi propio negocio todos los conocimientos adquiridos pero en esos precisos instantes lo tuve más claro que nunca.

A lo largo del cuatrimestre, en dicha asignatura tuvimos que presentar un proyecto de empresa que iba a ser valorado por un jurado externo. Finalmente mi compañera y yo obtuvimos uno de los premios (125 dólares para cada una y el pase a presentar en la siguiente convocatoria de "Les Dragons" nuestro proyecto). Lamentablemente, este último no tuvo lugar puesto que yo tenía que volver a España. De todos modos, es muy gratificante saber que mis estudios en la UGR hicieron que pudiera estar al mismo nivel que un estudiante de HEC Montréal, considerada ésta una de las escuelas de negocios más relevantes e influyentes del mundo.

Al llegar a Granada y terminar los últimos dos exámenes que me faltaban para licenciarme, no dudé ni un minuto en ponerme a trabajar para lograr mi objetivo, crear mi propia empresa. El esfuerzo y el apoyo de la UGR, hizo que lo consiguiésemos. Hoy somos una pequeña empresa *Spin Off* de la Universidad de Granada que proveemos alojamiento para estudiantes y profesores extranjeros.

Otra de las asignaturas influyentes en mi formación en Canadá ha sido "Habilités de direction" (habilidades de dirección). Cada dos semanas nos hacían hacer un simulacro delante de la clase y de una cámara. Nos asignaban una situación desconocida hasta el momento de la grabación de un problema que podía sucedernos en la empresa y que teníamos que resolverlo en 25 segundos a 2 minutos. Esta actividad me ayudó enormemente a enfrentarme en primer lugar a hablar en público y en otro idioma sin tener previamente nada preparado y a saber reaccionar ante posibles situaciones aparentemente reales.

Cuando nos mudamos a otro país, aunque sea por tan solo unos meses, entra en nuestros planes poder conocer otras ciudades. Dichos planes y estudiar en HEC Montreal son compatibles ya que a mitad del cuatrimestre, hay dos semanas de "break" . En mi caso, lo pude aprovechar al máximo ya que hice un tour por la costa este estadounidense con mi amiga Camila. Algunos de mis compañeros de la casa, se fueron a Cuba y otros decidieron ir a conocer la costa oeste de los Estados Unidos. Yo me reservé New York para el final de mi estancia.

En cuanto al alojamiento, tuve la suerte de encontrar una casa a dos minutos a pié de la universidad, lo que me evitaba tener que desplazarme en metro todas las mañana y me permitía volver a almorzar cuando tenia horario completo. Asimismo, con las bajas temperaturas es de agradecer vivir tan cerca de la universidad ya que el frío que se pasa es inexplicable. Para daros un ejemplo, cuando las temperaturas eran muy bajas no podía respirar sin tener una bufanda que me cubriese la nariz porque sino me dolían las fosas nasales. ¿impensable, verdad?

En Maison Dolbeau, así se llamaba la casa que compartía con 15 personas de diferentes puntos del mundo. Lo fascinante de este tipo de vivencias es que te permite descubrir las costumbres y culturas de otras personas que hasta ese momento son extrañas para uno. Lo más trascendental es saber llevar la situación y aprender a convivir con todas las personas que nos rodean, es decir, otro de los grandes retos del intercambio. De igual forma, con el paso de las semanas, vas aprendiendo pequeñas cosas de los respectivos países de cada uno de tus compañeros a través de conversaciones o de la mera observación, lo cual resulta muy fructífero para la culturalización personal. Compartir el día a día con otras personas hace que finalmente te entiendas mejor con unos que con otros y termines haciendo buenos amigos

y eso es lo que te llevas de vuelta a casa, además de todas los momentos vividos que jamás olvidarás. Por otra parte, resulta imprescindible mencionar la manera en la cual somos capaces de desenvolvernos en otro idioma como si lo hubiésemos hablado durante toda la vida. En mi caso, a priori dominaba bien el francés por lo que intentaba no hablarlo. Esto último no fue un problema ya que en Maison Dolbeau nadie se comunicaba en francés, todos lo hacíamos en inglés lo que para mí fue uno de los mejores aspectos, ya que en dos semanas mi inglés evolucionó hasta el punto en el que ya no tenía vergüenza para hablar y lo hacía con total soltura y naturalidad.

HEC Montréal puso a mi disposición vía correo electrónico un *buddy* (mentor) el cual me asesoró en cuestiones básicas como el funcionamiento de la universidad, por donde comenzar a buscar alojamiento, cuales eran las mejores zonas para vivir, entre otras cuestiones que en su momento eran existenciales para mi. Una vez llegada a la ciudad, el equipo de relaciones internacionales me recibieron en el aeropuerto y tenían preparada una *welcome week* de actividades para que todas las personas de intercambio nos pudiésemos conocer al mismo tiempo que descubríamos la ciudad. ¡fue increíble!

Puedo decir sin duda alguna que la de HEC Montréal ha sido una experiencia única en mi trayectoria académica y profesional. Cinco días más tarde de mi vuelta de Canadá, comencé las prácticas de empresa en "Axesor" las cuales ya me habían sido otorgadas con antelación. Actualmente, además de gestionar mi pequeña empresa, trabajo en Granada en "Northgate Arinso" como *Junior SAP Consultant* y he decir que una de las primeras cosas que me preguntaron en la entrevista es que les contase mi experiencia y aprendizaje en Canadá. Trabajo en inglés y francés y ésta es otra de las cosas que le debo a mi intercambio ya que pude mejorar mi nivel de idiomas, lo que me permite hoy poder comunicarme con total soltura.

Los meses de estancia en Canadá fueron muy enriquecedores tanto a nivel académico y profesional como personal. Es por esto que siempre que tengo la oportunidad de hablar y contar mi experiencia lo hago e intento que todo aquel que pueda vivir lo mismo que yo, lo intente porque fue simplemente increíble. Es otro mundo, es estar rodeada de profesores de diversas nacionalidades, que han impartido clases en importantes universidades de todo el mundo, de compañeros de clase que hablan mínimo 3 idiomas, de convivir con personas de otras culturas y de todo eso uno aprende y le ayuda a querer seguir progresando. No solo recomiendo esta experiencia a estudiantes sino también a profesores ya que hasta donde llegan mis conocimientos, HEC Montréal invita a profesores europeos y creo que es una experiencia única para ambas partes como búsqueda de propósitos de desarrollo de capacidad y competitividad académica. Más de uno de mis profesores, entre ellos puedo mencionar a Claude Ananou y Louise Peloquin se vieron muy interesados en la forma de enseñanza universitaria española y frecuentemente me preguntaban sus inquietudes. Un punto que llamó negativamente mi atención es que los alumnos del Bachelor in Business Administration lo que sería el equivalente al grado de ADE, no tienen ninguna asignatura de derecho a lo largo de la carrera.

Todo tiene un final y yo dejé Montreal 8 de enero de 2013. Recuerdo que fui la penúltima en irme de la casa, quedaba mi amiga austriaca Katharine que fue a despedirme a las cinco de la mañana a pesar del frio que hacía. Al cerrar la puerta de mi habitación sabía que se quedaba atrás una época que me había aportado muchísimo en mi vida y que gracias a ello el camino sería más fácil.

Contando mi experiencia a través de estas líneas he querido trasmitir mis vivencias y espero haber sabido describir la importancia que tiene la dimensión internacional en el curriculum de la vida. Para concluir quiero recomendarles a todos los estudiantes que no duden ni un segundo en irse a estudiar al extranjero, no hay que temerle a nada. Los cambios son buenos y enfrentarse a lo desconocido es aún mejor. Cuando uno deja su ciudad, la curiosidad se vuelve continua, pues todo es nuevo y quieres conocerlo. ¡No dejes escapar las oportunidades, pues quizás mañana ya no las tengas!

Francisco Javier Puertas Puerta

Institución de acogida: KU Leuven (Bélgica)

Titulación: Administración y Dirección de Empresas y Derecho

Año académico de la movilidad: 2012/2013 (10 meses)

Mención a la Excelencia en la Movilidad Internacional de Estudiantes (2013) - Área de Ciencias Sociales y Jurídicas

Una experiencia multicultural y de descubriemiento personal

Es difícil condensar en unas líneas un año de tu vida, más uno tan lleno de experiencias y repercusiones para tu futuro personal y profesional. El programa Erasmus no es sólo un intercambio académico con otra Universidad para estudiar un curso en el extranjero, tampoco es simplemente viajar y estar de fiesta lejos de casa; ni siquiera es únicamente una experiencia personal en un ambiente extraño y diferente; va más allá de todo eso y supone un proceso de descubrimiento personal y del mundo que nos rodea, proceso que no acaba con la vuelta a casa tras finalizar la estancia.

Como cualquier otro estudiante que se va de Erasmus y que vive intensamente la experiencia, considerando su ciudad de destino como la mejor y su experiencia como la más apasionante; no puedo evitar decir que Lovaina es una ciudad maravillosa, que destaca por su ambiente estudiantil y por la simbiosis Ciudad-Universidad, enriqueciendo aún más si cabe la experiencia Erasmus. Tanto la ciudad como la Katholieke Universiteit Leuven se vuelcan por completo con el estudiante, con un trato administrativo y docente propio de una de las mejores Universidades europeas, con cerca de 600 años de historia (fundada en 1425).

Sin embargo, como casi todo en la vida, incluso una experiencia tan inolvidable como ésta no se encuentra exenta de dificultades. Ese primer día de viaje es el momento de las dudas, en el que después de 21 años viviendo en casa con mis padres, siendo hijo único, de repente te ves sólo, a más de 2000 km del hogar y con más de 3 meses por delante hasta Navidades para volver a casa; todo parecía un error. Aún más considerando mi naturaleza menos extrovertida pre-Erasmus y que no iba a Lovaina con más que algún que otro conocido. Sin embargo, dichos momentos de dudas se esfumaron casi de inmediato.

Los comienzos fueron muy intensos, en plena vorágine de actividades en la "Orientation Week", trámites como la tarjeta del móvil con número belga, la apertura de cuenta bancaria para poder pagar con tarjeta sin problema en los supermercados belgas (la mayoría rechazaban o cobraban comisión si intentábamos utilizar la española); registros diversos en el Ayuntamiento (Stadkantoor) y la Universidad, etc. Todo ello unido a las típicas compras para el piso. Es entonces cuando uno descubre que puede sobrevivir sólo, que lo que parecía imposible en casa y requería de ayuda familiar, se puede hacer de modo independiente.

Este mismo comentario es aplicable al aprendizaje de idiomas. Se exigía para este destino un mínimo de B2 en inglés, aunque antes de ir acababa de obtener el C1 (muy recomendable el tener un nivel alto de inglés para este destino tan exigente). Sin embargo, *listening* y *speaking*, las deficiencias crónicas del aprendizaje del inglés en España, eran mis mayores debilidades.

Dentro de esos registros iniciales, destacan por su importancia dos asociaciones, ESN, la cual es internacional y adaptada a cada país o ciudad universitaria (la inscripción como miembro proporcionaba descuentos, acceso a excursiones y la posibilidad de colaborar como voluntario esporádico, como así hicimos un amigo y yo en la visita a Ámsterdam, gestionando el transporte en autobús y el alojamiento); y Pangaea, un punto excepcional del sistema universitario y estudiantil de Leuven. Por el módico precio de 5€, recibías una taza y el carnet de miem-

bro, el cual daba derecho a café o té gratis durante todo el año, todas las veces que se quisiera, sin tasa, sólo presentando la taza de Pangaea. Además, como miembro tenías derecho a descuentos en su bar, al uso de facilidades como la mesa de ping-pong (en la que un día celebramos un torneo entre polacas, belgas, un danés, un griego y el que escribe) o salas de estudio, juegos de ajedrez, etc.

Pangaea es un símbolo de la KULeuven y su gente. En mi oportunidad de voluntariado, sirviendo algunos días en su bar (renovando la leche, el azúcar, preparando café, etc.), tuve el placer de hablar con gente de todas partes del mundo (no sólo Erasmus); y de conocer diferentes culturas, maneras de ser y particularidades de cada uno. Siempre que ibas a Pangaea encontrabas a alguien conocido, y si no, tras tu parada a por un café, salías con una nueva amistad y compañía para jugar al ping-pong, al ajedrez o para salir de fiesta con otro círculo de gente.

Son dignos de mención el conocimiento de idiomas y el nivel de preparación, no sólo del personal docente, sino de los propio alumnos de la KULeuven; muchos de los cuales, cursando conmigo asignaturas de Master (pues las de Bachelor eran inferiores a la mayoría de las que para nuestro Learning Agreement de 4º LADE – Derecho se requerían), eran ya licenciados por ésta u otras Universidades de Bélgica u otras partes del mundo. Los profesores, en particular de la rama de Derecho, ocupaban en su mayoría puestos de relevancia en nuestras instituciones europeas, entre ellos mi profesor de *European Competition Law*, Jacques Steenbergen, (actual Director de la Autoridad de Competencia de Bélgica); o mi profesor de *Solvency of Financial Institutions*, (Director de Unidad de Seguros y Pensiones de la Comisión Europea por más de 20 años); sin olvidar a otras eminencias como al señor Koenraad Lenaerts, (Vicepresidente del Tribunal de Justicia de la Unión Europea).

Esto es sólo una muestra indicativa del nivel de exigencia en esta Universidad de Lovaina, de reconocido prestigio en toda Europa y la más importante Bélgica, con la mitad de sus titulaciones impartidas en inglés y el resto en neerlandés (algunas permiten la entrega de trabajos o la realización de exámenes en inglés, aunque la docencia sea en neerlandés). Ha de recordarse la dificultad extrema, aunque parezca lo contrario, de los exámenes con formato "open-book", en los cuáles se dispone por el estudiante de todos los materiales del curso, incluyendo en mi último examen hasta el acceso a internet (con la salvedad de redes sociales, e-mail y otras formas de comunicación); en los cuáles, con el tiempo dado, no se podía recurrir a todo el material y había que gestionar muy bien los plazos y dominar la asignatura, para salir airoso de los mismos.

Independientemente de que desde mi punto de vista (compartido por muchos otros), el programa Erasmus es una de las mejores iniciativas de integración y fomento de sentimiento europeo, de las promovidas por la UE; el hecho de realizar la estancia en Bélgica, en una ciudad situada a menos de 20 kilómetros de Bruselas resultó aún más inspirador. El contacto con las instituciones comunitarias, la enseñanza impartida por profesores que ocupan cargos en las mismas y la oferta de visitas para conocer su funcionamiento, hacen que el sentimiento de pertenencia a la UE y el reconocimiento a su entramado institucional se incrementen.

Erasmus ha supuesto un aumento de mi nivel de cultura Belga y Europea en general, con especial acercamiento a las dos Guerras Mundiales que asolaron Europa y devastaron Bélgica (pude visitar el Museo de la I Guerra Mundial en Ypres, visitar los cementerios en que los soldados aliados caídos descansan y ver el sitio de la Batalla de Passchendaele; unido a visitar los Guetos de Cracovia y Varsovia, y el Campo de Auschwitz, durante mis visitas a Polonia). Sin embargo, además de conocer de cerca dichas tragedias de nuestra era, también pude ver de cerca el proceso de unificación, de perdón y de fraternidad que inspiró los inicios de las Comunidades Europeas, la actual UE y el objetivo fundamental de nuestro programa Erasmus (como consejo, no dejar sin visitar el Parlamentarium de la UE en Bruselas).

La inmersión cultural que he vivido y que ha hecho de Bélgica mi segundo país (a pesar de los lazos que me unen con Polonia), me ha llevado a enfocar un Erasmus viajero a nivel principalmente nacional. Mientras que muchos de mis compañeros no cesaban de viajar por Europa [yo tampoco he desperdiciado la oportunidad de ir a Aquisgrán en Alemania; Ámsterdam, Rotterdam o Maastricht en Países Bajos (las dos primeras excursiones con ESN Leuven); Luxemburgo, Francia (con una visita a París durante el verano) y cómo no, Polonia, país de residencia de mi pareja], siempre enfoqué mi Erasmus a conocer en profundidad mi país de estancia. Por ello, también me animé a cursar una asignatura optativa de Arte Flamenco y Cultura Europea, organizada por eminencias belgas del arte, que nos llevaron a conocer una variante alejada de mis estudios (pero que siempre me ha apasionado), viendo en primera persona y con las mejores explicaciones, obras de los pintores flamencos de los siglos XIV-XVI.

Inundaría estas páginas relatando mis excursiones por Bélgica, país que me enorgullece conocer extensamente; y del que, a pesar de sus particularidades, podríamos aprender mucho. Las facilidades para viajar por Bélgica en tren son increíbles, destacando el formato de GoPass 10, que por 50€ permite realizar 10 trayectos para personas menores de 26 años, entre cualesquiera dos puntos de la geografía belga (incluyendo trasbordos). Así, ciudades como Amberes, Bruselas, Malinas, Lieja, Gante, Brujas, Tournai, Mons, Charleroi, Dinant, Namur, Arlon, Ostende o Ypres (con su innovador museo sobre la I Guerra Mundial), han sido algunas de mis múltiples excursiones por territorio belga, tanto en zona flamenca como en valona; sintiéndome orgulloso de haber sido guía en alguna de estas ciudades de mi mejor amiga belga y casi una institución en Lovaina, Sèverine, futura estudiante Erasmus en Barcelona el cuatrimestre próximo. A dicha amiga la conocí en Amberes (Antwerpen en flemish), el 30 de Septiembre de 2012, en mi primera excursión fuera de Lovaina, junto a un español, otra muchacha belga (ambas eran buddies de amigas comunes), una irlandesa y tres polacas; una de las cuales, Sylwia, es mi pareja desde hace más un año. Fue entonces uno de esos momentos en los que te dabas cuenta de que hablabas en inglés con otro español, que daba igual tu nacionalidad y que te sentías extraño y perteneciente a una comunidad más grande al mismo tiempo, rodeado de gente de otros países, siendo todo multicultural y personalmente enriquecedor y apasionante.

De todos los momentos y experiencias que he vivido este año, de todas las amistades (en su mayoría internacionales) que he ganado y de todas las lágrimas que derramé al acabar mi experiencia Erasmus (como me dijera un amigo, "prueba de que hay algo bueno por lo que llorar"), por sobre todas las visitas, imágenes, satisfacciones académicas y profesionales; me quedo con las personas, cuya nacionalidad, origen cultural, religión u orientación, dejaron de importar. Del hermetismo de vivir en mi hogar a conocer Europa, las distintas culturas y diversidades, a encontrar pareja en una polaca, a esos maravillosos momentos en los que, aún echando de menos a tus compatriotas, te encuentras rodeado de belgas, polacas, irlandeses, holandeses… nada importa, allí se es un mismo sentimiento, una amistad o incluso un amor.

No en vano, aún en proceso de superación de la famosa "depresión post-Erasmus" (la cual, al menos en mi caso se ha producido en realidad); con la ilusión de conocer más mundo, de profundizar en este sentimiento integrador que se debería potenciar, no sólo dentro de la UE, sino de un modo global, con la perspectiva de hacer prácticas en alguna de nuestras instituciones comunitarias, de aprender más idiomas y seguir mejorando con mi nivel de inglés y francés; provocan en mi caso, un europeísta convencido, el solicitar un 2º Erasmus, aún sin beca, aún con los miedos burocráticos que conlleva, pues la experiencia multicultural lleva a descubrir una nueva persona dentro de cada uno de nosotros, una persona más tolerante, más sociable y comprometida de lo que el hermetismo y el encerramiento local nos enseñan. Parafraseando el lema de la UE, el programa Erasmus es un motor para que los ciudadanos de sus estados miembros formemos una sociedad "unida en la diversidad".

Vicerrectorado de Relaciones Internacionales y Cooperación al Desarrollo
Universidad de Granada
Complejo Administrativo Triunfo
Avenida del Hospicio s/n
18071 Granada